BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

PETRONIO

EL SATIRICÓN

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

LISARDO RUBIO FERNÁNDEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., esta obra ha sido revisada por MANUEL C. DÍAZ Y DÍAZ.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1978.

Depósito Legal: M. 17488 - 1978.

ISBN 84-249-3510-1.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid. 1978. — 4876.

INTRODUCCIÓN

LA NOVELA LATINA

Frente a otros géneros literarios como el épico y el dramático que en Roma gozaron de gran predicamento desde los orígenes de su literatura, la novela surge tarde y sólo está representada por dos obras: *El Satiricón*, de Petronio, y *El Asno de Oro*, de Apuleyo. Anteriormente los romanos parecen haberse contentado con traducciones de los cuentos milesios griegos, que leían con avidez en tiempos de paz y se llevaban entre sus enseres personales en período de campaña para entretener sus horas de ocio en la vida de campamento.

Por novela se entiende literatura narrativa no histórica, pues, como observó Menéndez y Pelayo, «la definición de la novela como *historia ficticia* incurre en una contradicción en los términos, pues la verdad es esencial en la historia. Si toda historia es o debe ser verdadera, parece difícil que pueda haber *historia ficticia*» [1].

---

[1] M. MENÉNDEZ PELAYO, *Orígenes de la novela*, IV, ed. nacional, Madrid, 1962, pág. 206. Sobre la novela en la antigüedad clásica disponemos de dos libros recientes en España: C. MIRALLES, *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968 y C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

Para el gran sabio español en el nombre poco exacto y comprensivo de novela entran el cuento y la leyenda, la pintura de costumbres y la narración de sucesos maravillosos. Desde el género heroico, degeneración de la epopeya, hasta el pastoril, extensión de la poesía bucólica, todo cabe dentro de la novela. La forma de estas composiciones es variadísima; unas veces están en prosa, otras en verso, otras en prosa entremezclada de verso. Son las composiciones más libres en su forma, y menos reductibles a moldes determinados. Pero siempre presentan la narración como carácter distintivo.

Según esto, el nombre de novela es adecuado para designar las obras de Petronio y Apuleyo. Novela es *El Satiricón*, a pesar de los extraños elementos combinados en su composición. En cuanto a *El Asno de Oro* no se puede dudar de la unidad interna que existe en su estructura, como se verá en su lugar.

PETRONIO

Petronio y su obra plantean un sinfín de difíciles problemas. Del autor no sabemos nada con absoluta certeza; en cuanto a su obra, sólo nos ha llegado en parte e ignoramos lo que esta parte podría representar en el supuesto conjunto primitivo, cuyas líneas generales no logramos reconstruir: ni siquiera estamos de acuerdo sobre el tema que el autor pretendió desarrollar.

1. *La obra.*

Entre las obras de la literatura antigua que han llegado a la actualidad, pocas hay cuya transmisión

acuse a través de los siglos estragos y peripecias más curiosas que *El Satiricón*. Le falta el principio y el final, como es bien comprensible y ocurre con otros textos, ya que lo más expuesto a perecer en un libro son siempre las primeras y últimas hojas del mismo. Pero, en el caso de *El Satiricón*, lo conservado ha ido apareciendo por partes y al azar de las circunstancias en diversas bibliotecas europeas: los editores han tenido que ir encajando los trozos dispersos para reconstruir en la medida de lo posible su primitiva unidad. Naturalmente, hay muchísimas lagunas más o menos extensas, y también no pocas «piezas» para las que no se encuentra sitio y que han de relegarse a un apéndice en las ediciones críticas o de cierta pretensión científica.

La colección de fragmentos, tal como la leemos actualmente, se ha constituido en tres etapas escalonadas a un siglo de distancia entre sí.

El primer manuscrito de Petronio apareció en 1476 y sirvió de base a la primera edición que de nuestro autor hizo Francisco Puteolano (Milán, 1482). Contiene la mayoría de las aventuras de Encolpio y el principio de la cena de Trimalción. No se conoció otro texto de Petronio hasta la segunda mitad del siglo XVI.

A partir de 1564 se descubren nuevos fragmentos que van encajando en el texto primitivo y lo completan en unos cuantos puntos; estos sucesivos hallazgos dan lugar a las importantes ediciones de Sambucus (Viena, 1564), Juan Tornesio (Lyón, 1575) y Pedro Pithoeano (París, 1577), que sucesivamente amplían la edición de 1482. Completan el texto, aunque no mejoran lo ya conocido, pues los nuevos manuscritos son menos fidedignos que el primitivo de Francisco Puteolano.

Para lograr progresos substanciales en el conocimiento de *El Satiricón* hemos de esperar todavía cerca de otro siglo más y llegar al año 1663, fecha en que, en la biblioteca de Nicolás Cippio, aparece el importan-

tísimo códice *Traguriensis* (hoy *Parisinus 7989*). El *Traguriensis*, llamado así por haberse descubierto en la ciudad yugoslava de Traur, contiene en una primera parte los poemas de Catulo, Tibulo y Propercio; luego viene un largo fragmento que fue fácil identificar con la cena de Trimalción, cuyos primeros capítulos ya se conocían, como queda dicho.

Sin embargo hemos de recordar aquí que la autoridad del códice *Traguriensis*, aunque está fechado (20 de noviembre de 1423), tardó en imponerse al mundo erudito. Antes de incorporarlo a las ediciones de Petronio, se publicaron ediciones especiales del códice en 1664 (Padua y París) y 1665 (Upsala), que suscitaron numerosas y apasionadas controversias en pro y en contra de la autenticidad de la obra; hubo incluso un auténtico congreso en 1668 para estudiar el manuscrito y zanjar definitivamente la cuestión. La inmensa mayoría de los asambleístas reconoció la autenticidad del códice y se dictaminó que «la Cena era del mismo autor que las Aventuras de Encolpio».

Después de este dictamen no se hicieron esperar las nuevas ediciones que incorporarían el contenido del *Traguriensis* a la novela de Petronio: las encabeza Michael Hadrianides, cuyo trabajo publicó el impresor Juan Blevio, en Amsterdam, el año 1669. Esta fecha cierra, pues, el período de dos siglos de descubrimientos que fueron desenterrando la obra de Petronio en sus dimensiones actuales.

Con esto la edición «completa» de Amsterdam quedaba de hecho todavía demasiado «incompleta» para los admiradores de Petronio. Surge entonces la era de falsarios[2] que pretendieron completarla de verdad (!).

[2] Entre ellos figuró el humanista español José Marchena y Ruiz (1768-1820), de Utrera. Fraguó un texto que llenaba una laguna de *El Satiricón* «con tal destreza que fue reconocido

El más célebre fue el francés Francisco Nodot, un militar que aseguraba haber hallado en 1668, en Belgrado, un nuevo manuscrito sin las lagunas de los conocidos anteriormente. Publicó, pues, su sensacional edición de Petronio en Rotterdam, en 1692, y en París el año siguiente. Aunque la crítica de su tiempo tardó poco en desenmascarar la supercheria del falsario, sus interpolaciones tuvieron bastante éxito y figuran todavía en la mayoría de las ediciones posteriores. No hemos acogido esos suplementos en nuestra traducción.

Así, pues, desde 1669 sólo hubo para nuestro texto mejoras de detalle: consistieron en aprovechar exhaustivamente los datos suministrados por los manuscritos, en casos de discrepancia, y en enmendar por conjetura los pasajes corrompidos, pero siempre en la extensión marcada por el *Traguriensis*. En este sentido hace época la edición crítica monumental de Francisco Bücheler (Berlín, *apud* Weidmannos, 1862).

2. *El autor.*

A la vez que se constituía la colección de fragmentos de *El Satiricón* se iba identificando a «su» autor, Petronio, con cierto personaje consular llamado igualmente

como auténtico por los críticos más autorizados de Alemania» (J. Hurtado y A. Palencia, *Historia de la Literatura Española*, 4.ª ed. Madrid, 1940, pág. 811); cuando, después, quiso repetir la hazaña añadiendo 40 versos a Catulo, tuvo menos suerte y se descubrió el doble fraude. El texto de Marchena puede leerse en la edición de Díaz y Díaz (Introducción, págs. CIII-CV). Sobre esta falsificación cf. igualmente Menéndez Pelayo, *Biblioteca de Traductores españoles*, III, ed. nacional, Madrid, 1953, 15; y, como estudio general sobre la figura del abate Marchena, ver igualmente Menéndez Pelayo, *Estudios y discursos de crítica histórica* IV, ed. nacional, Madrid, 1942, páginas 108-221.

Petronio y del cual Tácito nos da las siguientes noticias en el libro XVI (capítulos XVII-XIX) de sus *Anales*:

«En el transcurso de breves días cayeron en la misma redada Aneo Mela, Cerial Anicio, Rufrio Crispino y Petronio...

»Por lo que atañe a Petronio, he de insistir en algunos antecedentes. Pasaba el día durmiendo y dedicaba la noche a sus quehaceres y diversiones; así como otros alcanzan la gloria trabajando, él la había alcanzado vegetando; y no se le tenía por un vicioso, como a la mayoría de los que dilapidan sus bienes, sino por un refinado vividor. Cuanto mayor era la despreocupación y abandono reflejados en sus palabras y su conducta, mayor era también la simpatía que despertaba su aparente sencillez. En la dignidad de procónsul, en Bitinia, y luego en la de cónsul, se mostró enérgico y a la altura del cargo. Posteriormente, recayendo en sus vicios reales o aparentes, fue admitido en el reducido número de los favoritos de Nerón. Era el árbitro de la elegancia: el príncipe, por hastío, no encontraba agradable y delicado sino lo que previamente Petronio le recomendaba. De aquí la envidia de Tigelino, como ante un rival que le llevaba ventaja en la ciencia del placer. Aprovecha, pues, la pasión dominante del príncipe, su crueldad, y airea a sus ojos la amistad de Petronio con Escevino: antes compra entre sus esclavos a un delator y, sin dar lugar a la defensa, encarcela a la mayoría de los restantes.

»Casualmente el César había ido a pasar aquellos días en Campania y Petronio lo había acompañado hasta Cumas, donde se le dejó detenido. No resistió la idea de aguardar entre el temor y la esperanza. Sin embargo, tampoco se quitó de repente la vida, sino que se abría caprichosamente las venas, las cerraba, las volvía a abrir, y a la vez charlaba con sus amigos sin adoptar un tono serio ni pretender dejar a la posteridad un

ejemplo de valor. Escuchaba a sus interlocutores, que para nada mencionaban la inmortalidad del alma ni las bonitas máximas de los filósofos; tan sólo quería oír poesías ligeras y versos fáciles. Recompensó a algunos de sus esclavos e hizo azotar a otros; asistió a comidas, se entregó al sueño para que su muerte, aunque forzosa, pareciera natural. No trató de adular con misivas, como suelen hacer los condenados a la última pena, ni a Nerón ni a Tigelino ni a ningún otro personaje influyente; al contrario, bajo el nombre de jóvenes impúdicos y mujeres depravadas, describió el inaudito refinamiento de las orgías del príncipe y, lacrado el relato, lo envió a Nerón. Acto seguido, destruyó su anillo por temor a que se usara luego para ocasionar nuevas víctimas.»

La creencia en que Tácito nos habla aquí del autor de *El Satiricón* se ha impuesto desde el siglo XVI entre las personas cultas; y no han faltado eruditos que llegaron hasta el extremo de identificar *El Satiricón* con el libelo a que se refiere Tácito en los párrafos anteriormente citados. Lo inverosímil de esta última pretensión salta a la vista: el personaje de Tácito escribe su libelo pocas horas antes de morir; y lo que nos queda de *El Satiricón*, aún siendo al parecer una mínima parte de la novela primitiva, como luego diremos, exigiría no obstante varios días de dedicación aunque sólo fuera para el trabajo material de copiarla. Por otra parte, si Nerón hubiera tenido en su poder el libelo en cuestión, ¿cómo no iba a destruir en el acto un libro destinado a ridiculizarlo y cuya primera copia —y al parecer única— tenía en sus manos? ¿No hubiera incluso movilizado su censura a la caza de otros posibles ejemplares? Y, por último, el personaje consular llamado Petronio trazó el retrato de Nerón con toda su depravación; ahora bien, tal retrato es irreconocible en ninguno de los personajes de nuestra novela.

De un siglo a esta parte han sido contadísimos los eruditos que han creído leer en *El Satiricón* el libelo a que alude Tácito, y su opinión no es compartida por nadie en la actualidad.

En cambio, con el tiempo, se ha ido afianzando cada vez más la identidad del autor de *El Satiricón* con el cortesano de Nerón. Los intentos de nuestro siglo por situar al Petronio novelista cronológicamente después de Marcial (tesis de Paoli) e incluso después de Apuleyo, a finales del siglo II o primeros decenios del III (tesis de Marmorale), han dado lugar a múltiples réplicas con nuevos argumentos a favor de la tesis tradicional [3].

Especialmente en el último decenio se ha consolidado la datación tradicional con nuevos e importantes estudios, entre los que merecen destacarse, como autoridades en la materia las obras de J. P. Sullivan, P. G. Walsh, K. F. C. Rose y Pierre Grimal [4]; este último resume el sentir de todos ellos en las siguientes palabras: «Las probabilidades más fuertes están a favor de la fecha tradicional, una fecha próxima al 62 después de Jesucristo» [5].

---

3 U. E. PAOLI, «L'età del Satyricon», *Studi Ital. di Filologia Class.*, 14 (1937), 3-46; E. V. MARMORALE, *La questione petroniana*, Bari, 1948. Contra su tesis: G. FUNAIOLI, «Ancora sull'età di Petronio», *Rendic. Accad. Bologna* (1936-37), 46-59; R. BROWING, «The date of Petronius» *Classical Rewiew* (1949), 12-14; G. BRUGNOLI, «L'intitulatio del Satyricon», *Riv. di Cultura Classica e Medioevale*, 3 (1961), 317-331; etc. Para una exposición más pormenorizada del debate hasta el año 1968 remitimos a la edición que citaremos en su lugar de M. Díaz y Díaz, Introducción, págs. X-XLVI.

4 J. P. SULLIVAN, *The Satyricon of Petronius, a literary Study*, 1968; P. G. WALSH, *The roman novel*, 1970; K. F. C. ROSE, *The date and author of the Satyricon*, 1971; P. GRIMAL, Introducción al *Satiricon* (traducción de A. Ernout) «Livre de poche», 1972.

5 *O. c.*, p. III.

Sin embargo, muy a última hora y cuando ya parecía que todo estaba dicho sobre el tema, nos vemos sorprendidos por un artículo muy sugestivo y documentado de René Martin que renueva la «cuestión petroniana» [6]. Este autor sostiene que el poema sobre la guerra civil incluido en la obra de Petronio (capítulos 119-124) no es una parodia de Lucano, como comúnmente se cree, sino de Silio Itálico; ahora bien, como este autor escribe sus *Punica* entre los años 85-101 de nuestra era, la composición de *El Satiricón* sería por lo menos unos treinta años posterior a la época de Nerón. Y, naturalmente, admitida esta tesis, tampoco podríamos seguir identificando al Petronio novelista con el Petronio consular y amigo de Nerón cuya vida y muerte nos ha referido Tácito. La cuestión petroniana no parece, pues, quedar definitivamente zanjada todavía.

3. *Otras cuestiones.*

«La obra de Petronio», como actualmente figura en nuestras ediciones, comprende una nutrida serie de fragmentos más o menos largos agrupados en tres apartados (las tres partes en que aparece dividida la novela en muchas ediciones):

a) Ascilto, capítulos I-XXVI.
b) La Cena de Trimalción, caps. XXVII-LXXVIII.
c) Eumolpo, capítulos LXXIX-CXLI.

Como queda dicho, después de los dos siglos que duró el descubrimiento y consiguiente agrupación de estos fragmentos bajo el nombre de un solo autor y de

---

6 R. MARTIN, «Quelques remarques concernant la date du Satyricon», *Rev. des Études Latines* 53 (1976), 182-224.

una obra primitiva única, ya llevamos casi otros tres siglos más leyendo «la obra de Petronio» en forma substancialmente invariable. Sin embargo, la costumbre no ha de transformarse en certidumbre hasta el punto de hacernos olvidar la azarosa historia de la transmisión de la obra y borrar toda sombra de duda en lo que atañe a nuestro autor y a nuestra novela.

Nunca han faltado dudas sobre la legitimidad de tal agrupación y de su atribución a un autor único. De hecho, es evidente que no hay unidad visible entre la Cena y las aventuras del dúo Encolpio-Eumolpo. Ningún episodio de la Cena es indispensable para comprender las aventuras que le siguen, ni tampoco para entenderlas mejor. Se han señalado además notables diferencias de estilo, de lengua y de psicología entre las dos partes esenciales de *El Satiricón.* Claro que lo inconexo de las partes se atribuye al estado fragmentario de la obra; las diferencias de estilo, lengua y psicología pasan por denotar simplemente el gran mérito de «un» autor que sabe adaptarse a la materia que trata y a las circunstancias en que escribe [7].

No obstante, los mismos hechos han dado lugar a otras hipótesis e interpretaciones que merecen al menos una mención, si no una amplia discusión.

Para unos, el texto de la Cena no encaja con el resto de la novela y ha de considerarse como una pieza inventada en su totalidad por algún falsario más hábil que Nodot y demás interpoladores de Petronio.

Para otros, el texto de la Cena es auténtico, pero no de la pluma que escribió las Aventuras de Encolpio: se trataría de dos o más autores distintos, identificados alegremente y sin las debidas garantías por nuestros sabios modernos.

7 A. Collignon, *Étude sur Pétrone,* París, 1892, págs. 351-356.

Prescindiendo de estas y otras dudas conexas, ¿qué representa, extensivamente, lo que subsiste frente a lo que se ha perdido?

Una nota del códice *Parisinus* 7975 sitúa nuestro actual capítulo XX en el primitivo libro XIV de Petronio. En otro códice, el *Parisinus* 7989, es decir, el famoso *Traguriensis,* consta (?) que la Cena es tan sólo un fragmento de los libros XV y XVI de la obra primitiva. Si estos datos fueran exactos, nos faltarían por lo menos trece libros en su totalidad: sólo tendríamos tres, y éstos con múltiples lagunas, es decir, algo así como la sexta parte del original, según los cálculos más optimistas [8].

Cerraremos este apartado de dudas con unas palabras sobre el nombre del novelista y el título de su obra.

El único nombre seguro de nuestro autor es el de Petronio. Como *praenomen* se le han atribuido los de *Titus,* o *Caius* o *Publius*; ya nuestro Gonzalo de Salas, en el prólogo de su edición de 1629, discute las razones en que se pretende fundar tales atribuciones. Como *cognomen* suele dársele el de *Arbiter,* que en el texto de Tácito, antes referido, más bien parece una aposición calificativa: «Petronio, árbitro (= *Arbiter*) de la elegancia». El último trabajo que conocemos sobre esta cuestión [9] sostiene que el autor de *El Satiricón* se llamaba *Titus Petronius Niger,* que fue cónsul alrededor del año 62.

8 Sobre las cuestiones aquí planteadas puede consultarse: A. Collignon, *Étude sur Pétrone* (libro básico para toda la problemática de Petronio); E. Paratore, *Il Satyricon di Petronio,* Florencia, 1933; «Petronio del III secolo», *Paideia* 3 (1948), 261-271; y, entre los autores más recientes, B. E. Perry, *The ancient Romances,* Berkeley, 1967, págs. 190 ss.; P. G. Walsh, *o. c.,* pág. 73.

9 K. F. C. Rose, «The author of the Satyricon», *Latomus* 20 (1961), 821-25; y, sobre todo, su libro fundamental ya citado, *The date and author of Satyricon,* Leyde, 1971.

En cuanto al título de la novela, parece seguro el de *Satiricón* que le da el más antiguo de los códices, el *Bernensis 357* (siglo IX); otros manuscritos, por ejemplo el *Parisinus 8049* (siglo XII), hablan de «Sátiras». «Satiricón» es una forma griega, en genitivo plural, que llevan varias novelas griegas, el *Ephesiacón* de Jenofonte de Éfeso, el *Aethiopicón* de Heliodoro, etc. Debe entenderse que estos adjetivos sustantivados en genitivo estarían, en principio, regidos por el sustantivo *libri*, es decir, «libros de temas satíricos, efesíacos, etíopes, etc.».

4. *El escritor.*

Unos párrafos de *El Satiricón* (capítulo 132) definen muy claramente el ideal artístico de Petronio. Reclama para el escritor sencillez, naturalidad y franqueza en la descripción de la vida humana tal cual es: «¿Por qué, Catones, me miráis con ceño fruncido y condenáis mi obra de una franqueza sin precedentes? Aquí sonríe, sin mezcla de tristeza, la gracia de un estilo limpio, y mi lengua describe sin rodeos el diario vivir de las gentes».

«Nada hay tan falso como un necio prejuicio de la gente, ni tan insensato como una fingida austeridad».

Este programa del más puro realismo está plenamente logrado en la novela. *El Satiricón* es un modelo y tal vez el más perfecto del realismo en la literatura latina. No faltan ciertamente otros muchos cuadros realistas, principalmente entre los satíricos; pero éstos, con la forma burlona y la forma poética, mixtifican un tanto la pura descripción. Petronio en cambio no añade aditivos: parece hacer consistir el arte del escritor en la reproducción pura y simple de las cosas que imagina tener a la vista. Las escenas populares, las conversaciones anodinas, las aventuras groseras, las costumbres inmundas que llenan su libro, le parecen interesantes por sí mismas. Como un realista contemporáneo mira y describe objetivamente cosas ajenas al *mundo aristocrático* al que verosímilmente pertenece y para el cual escribe. El estilo de Petronio, sus medios expresivos, están en total acuerdo con la materia que trata. Todos los tonos son oportunamente mezclados: el cómico y el trágico, el burlesco, el patético. Expresiones solemnes y retóricas se funden o alternan con otras de la más baja trivialidad. De la complejidad de elementos fantásticos y lingüísticos surge un arte nuevo, con un aspecto sin duda barroco, pero con el genio inconfundible de la fuerza creadora.

Para Petronio, como para los insuperables escritores de nuestra picaresca, la vulgaridad de los temas no implica vulgaridad en la ejecución. Petronio conoce el arte de escribir y maneja la lengua del Lacio con una maestría insuperable. Es cierto que los gramáticos tienen especial predilección por Petronio, en quien ven una mina de «incorrecciones» y giros que «anuncian» las lenguas románicas; es de rigor que unas cuantas páginas de Petronio figuren en toda antología de latín vulgar. Pero ello no ha de llamar a nadie a engaño. En realidad, en Petronio hay dos estilos notoriamente distanciados: el del propio Petronio, que es estilo de gran señor, y el que Petronio presta a sus personajes plebeyos, en cuya boca abundan las incorrecciones morfológicas y los giros sintácticamente inadecuados. Este desdoblamiento estilístico es una gran novedad en la literatura latina. Anteriormente se consideraba indispensable la unidad de tono a lo largo de una obra. Por ello, en una comedia todos los personajes, cultos o ignorantes, señores o plebeyos, hablan exactamente el mismo lenguaje: la educación —la educación del escritor, se entiende— los iguala a todos, y todos se expresan en la mejor latinidad del *sermo urbanus*; los

historiadores, por afán de unidad estilística, redactan a su modo los discursos que ponen en boca de sus personajes, aunque más de una vez tuvieran a mano los discursos «reales» pronunciados por ellos. Petronio es el primero en romper con tal norma estilística: hace hablar y actuar a los personajes conforme a su ambiente social y a la formación que les corresponde.

5. *Ediciones.*

Hemos citado antes las ediciones que se recomiendan por su interés histórico. Entre las de mayor interés científico, hay que recordar especialmente: la *editio maior* de F. Bücheler (Berlín, Weidmann, 1862; reimpresión en 1958); la *editio minor* de F. Bücheler-W. Heraeus (con numerosas reimpresiones); la de A. Ernout (colección «Belles-Lettres», 1929, con sucesivas reimpresiones); la de K. Müller (Munich, 1961; reimpresión en 1965); la de M. Díaz y Díaz, con traducción española, dos volúmenes («Alma Mater», Barcelona, 1968-69); la muy reciente de C. Pellegrino, con comentario (Roma, 1975).

Abundan igualmente las ediciones por separado de la Cena de Trimalción. Es muy valiosa, entre otras, la de L. Friedländer (con comentario y traducción alemana, Leipzig, 1891, reeditada posteriormente). Sin texto latino, es magnífico el comentario de P. Perrochat: *Le Festin de Trimalcion: Commentaire exégétique et critique* («Les Belles Lettres», 1939).

Léxico: J. SEGEBADE, E. LOMMATZSCH, *Lexicon Petronianum* (Teubner, 1898; reimpresión en 1962).

Entre las mejores ediciones antiguas de Petronio, suele recordarse la que nuestro González de Salas dedicó al conde-duque de Olivares con introducción, texto, comentario e índices: *T. Petroni Arbitri Satiricon Josephi Antoni Gonsali de Salas* (Francfort, 1629).

6. *Traducciones castellanas de Petronio.*

Si hemos de juzgar por el número de ediciones y reediciones que, en versión castellana, tenemos de Petronio, cabe pensar que nunca tuvo Petronio tantos admiradores como en nuestro siglo, y concretamente en la última década.

Tomás Meabe es traductor (a través del francés) del texto que publicó en París (sin fecha). José Menéndez Novella, muy a principios de siglo, publicó *El Satiricón o Sátira de costumbres romanas por Tito Petronio Arbiter* (sin año; el prólogo lleva la fecha de 1902). Tampoco lleva año una versión de Roberto Robert: *Petronio, El Satiricón*, Valencia, F. Sempere; a pesar de su mediocridad como traducción y de la lamentable nota introductora «Breve noticia sobre el autor y la obra», el libro ha sido reeditado en 1969 (Valencia, «Ediciones Prometeo»). Anónimo y sin fecha hay un *Tito Petronio Arbiter, El Satiricón* (Madrid, Vda. de Rodríguez Serra). Como traductor y editor publicó Juan B. Bergua una versión sin originalidad en Ávila (1932; reedición, Madrid, 1964). Sin fecha sale en Buenos Aires una versión de J. G. Krohn; e igualmente en la Argentina aparece en «Clásicos Inolvidables» otra versión, cuya segunda edición lleva la fecha de 1959 (es una reproducción de la de Meabe). En Barcelona (1965) publica Enrique Palau en «Obras Maestras» su versión: *Petronio, El Satiricón y otros escritos.* En 1966 nos encontramos con *Cayo Petronio, El Satiricón*, Madrid, EDAF. «Clásicos Aguilar» nos ofrecen el año siguiente una primera traducción con méritos propios, debida al profesor Francisco de P. Samaranch, de la Universidad de Puerto Rico: *Petronio, El Satiricón* (Madrid, 1967; reedición en 1973). En 1968-1969 aparece en «Alma Mater» la edición crítica y traducción de nuestro colega

Manuel C. Díaz y Díaz (dos volúmenes), único autor entre nosotros que ha sopesado su texto y lo ha interpretado en consecuencia. En 1971 vuelve a salir una versión anónima más (firma la introducción León-Ignacio): *Petronio, El Satiricón*, 1.ª edición de bolsillo (Madrid-Barcelona). Y también en Barcelona sale en 1975 la más reciente traducción de Petronio (ed. Lumen).

Esperamos que nuestra interpretación, aún después de tantas otras tan recientes, merezca la atención del lector castellano que aspire a penetrar en la obra apasionante de Petronio.

Hemos seguido el texto latino de A. Ernout, *Pétrone: Le Satiricon*, París, «Les Belles Lettres», 5.ª tirada, 1962.

7. *Petronio en España.*

La influencia de la novela latina en las letras españolas habría sido —según Menéndez y Pelayo— mínima, y concretamente la de Petronio habría sido nula.

En la *Bibliografía Hispano-Latina Clásica* de nuestro gran polígrafo hay bajo el nombre de «Apuleyo» exactamente cien páginas de «traducciones», «imitaciones» y «analogías» más o menos remotas en nuestra literatura (tomo VI, págs. 85-184) contra sólo seis páginas en el correspondiente apartado de «Petronio» (tomo VII, págs. 349-354).

Esta desproporción es un claro indicio de que Apuleyo ha tenido en España (y en tiempos pretéritos) más éxito que Petronio; en nuestro siglo, como hemos visto al señalar las traducciones de *El Satiricón*, se ha producido una notable reacción favorable a Petronio.

Si Collignon ha podido escribir todo un volumen sobre Petronio en Francia (*Pétrone en France*, París, 1905), no parece existir materia para una obra paralela en España tan interesante como el libro francés.

Sin embargo Menéndez y Pelayo parece haber minimizado demasiado el peso de la novela latina, y sobre todo de la novela de Petronio, en nuestro país. Nos referimos a esta cuestión al tratar de Apuleyo (últimas páginas de nuestra introducción a dicho autor).

NOTA BIBLIOGRAFICA

I. LA NOVELA EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, tomo IV: Apéndice I, *La novela entre los latinos*, Madrid, ed. nacional, 1962, págs. 205-266.

C. Miralles, *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968.

B. E. Perry, *The Ancient Romances*, Berkeley, 1967.

A. Ruiz de Elvira, «El valor de la novela antigua», *Emerita* 21 (1953), 64-110.

A. Scobie, *Aspects of the Ancient Romance and its Heritage*, Meisenheim am Glan, 1969.

J. M. Walker, *The Satyricon, the Golden Ass and the Spanish golden age picaresque novel*, 1971.

P. G. Walsh, *The Roman novel. The Satyricon of Petronius and the Metamorphoses of Apuleius*, Cambridge, 1970.

II. PETRONIO

A) Texto

F. Bücheler, *Petronii Saturae*, Berlín, 1958 (reimpresión).

A. Ernout, *Pétrone: Le Satiricon*, París, 5.ª ed., 1962.

M. Díaz y Díaz, *Petronio Arbitro: Satiricón*, texto revisado y traducido, 2 volúmenes, «Alma Mater», Barcelona, 1968.

L. Friedländer, *Petronii Cena Trimalchionis*, Amsterdam, 1960 (reimpresión).

E. V. MARMORALE, *Petronii Arbitri Cena Trimalchionis*, Florencia, 2.ª ed., 1961.
A. MARZULLO, M. BONARIA, *Petronio Arbitro: Il Satiricon*, Bolonia, 1962.
K. MÜLLER, *Petronii Arbitri Satyricon*, Munich, 2.ª ed., 1965.
C. PELLEGRINO, *Petronii Arbitri Satyricon*, Roma, 1975.

Léxico

I. SEGEBADE, E. LOMMATZSCH, *Lexicon Petronianum*, Leipzig, 1898 (reimpresión 1962).

B) ESTUDIOS

G. BAGNANI, *Arbiter of Elegance. A Study of the Life and Works of C. Petronius*, Toronto, 1954.
R. BROWING, «The date of Petronius», *Classical Review*, 1949.
G. BRUGNOLI, «L'intitulatio del Satyricon», *Riv. di Cultura Classica e Medioevale* 3 (1961), 317-331.
A. COLLIGNON, *Étude sur Pétrone*, París, 1892.
G. FUNAIOLI, «Ancora sull'età di Petronio», *Rendic. Accad. Bologna* (1936-37), 46-59.
E. V. MARMORALE, *La questione petroniana*, Bari, 1948.
R. MARTIN, «Quelques remarques concernant la date du Satyricon», *Rev. des Études Latines* 53 (1976), 182-224.
U. E. PAOLI, «L'età del Satyricon», *Studi Ital. di Fil. Class.* 14 (1937), 3-46.
E. PARATORE, *Il Satyricon di Petronio*, Florencia, 1933.
—, «Petronio del III secolo», *Paideia* 3 (1948), 261-271.
P. PERROCHAT, *Pétrone, Le Festin de Trimalción. Commentaire exégétique et critique*, París, 3.ª ed., 1962.
K. F. C. ROSE, «The author of the Satyricon», *Latomus* 20 (1961), 821-825.
—, *The date and author of the Satyricon*, Leyde, 1971.
J. P. SULLIVAN, *The Satyricon of Petronius. A literary Study*, Londres, 1968.

ARGUMENTO

Nos hallamos en los alrededores de Nápoles

1.ª PARTE. ASCILTO

1-2. Encolpio, protagonista de la novela, lamenta la decadencia de la oratoria.

3-5. Agamenón le replica que si la preparación escolar de la juventud es defectuosa, la culpa recae principalmente sobre los padres.

6-8. Ascilto, acompañado de Encolpio, aburrido por la disertación, ha desaparecido; Encolpio va en su búsqueda y lo encuentra en un lupanar. Ambos logran salir del antro con bastantes apuros.

9-11. Van al encuentro de Gitón, el querido de Encolpio; Gitón se queja de la violencia a que le ha sometido Ascilto. Discusión entre Encolpio y Ascilto.

12-15. Ya reconciliados, Encolpio y Ascilto intentan vender un manto robado. Se les acerca un comprador que llevaba encima la túnica raída que ellos habían perdido y en la que habían cosido su dinero. Se entabla una discusión que termina con el cambio de ambas prendas. Vuelven muy satisfechos a cenar.

16-26. De pronto se les presenta Psique, la sirvienta de cierta mujer llamada Cuartila; Psique acusa a estos hombres de haber perturbado el sacrificio que su señora estaba ofreciendo a Príapo. Acto seguido entra también Cuartila, reclamándoles una reparación del sacrilegio. Cuartila somete al trío

Encolpio, Ascilto y Gitón a todos sus caprichos. Por último logran evadirse y piensan incluso en alejarse del país, pero en esto llega un esclavo de Agamenón a recordarles que están invitados a cenar en casa de Trimalción.

2.ª Parte. LA CENA DE TRIMALCIÓN

27-28. El baño previo; Trimalción se da a conocer jugando a la pelota.

29-30. La casa y el comedor: su decoración.

31-32. Trimalción hace su entrada solemne cuando ya se ha iniciado la cena.

33. Mientras se sirven a los invitados unos huevos con sorpresa, Trimalción concluye una partida de dados que había iniciado.

34. Se sirve un vino centenario. Reflexiones de Trimalción sobre la brevedad de la vida.

35. Un plato con los doce signos del Zodíaco.

36. Otra sorpresa. El servidor «Trincha».

37-39. Se explica a Encolpio quién es la mujer de Trimalción y quiénes sus amigos; entretanto, Trimalción explica por su parte el significado del plato con los doce signos del Zodíaco.

40-41. Nuevo plato: un jabalí con gorro de liberto.

42-46. Trimalción sale un momento: los invitados charlan libremente.

47-48. Vuelve el anfitrión y toma la palabra: confidencias muy personales y erudición del nuevo rico.

49. Nuevo plato sorpresa: un cerdo.

50. Origen de los famosos bronces de Corinto.

51. La historia del frasco irrompible.

52. Trimalción, bebido, quiere bailar y que baile Fortunata, su mujer.

53-55. Amenidades.

56. Rifa burlesca.

57-58. Ascilto y Gitón son llamados al orden.

59. Los homeristas.

60. Otro plato sorpresa.

61-62. Historia del hombre-lobo.

63. Otras historias terroríficas.

64-66. Varias intervenciones de los convidados.

67. Fortunata y Centella.

68. Intermedio.

69. Último servicio y postre.

70-71. Embriaguez general. Trimalción lee su testamento.

72. ¡«Ojo al perro»!

73. Otra vez al baño.

74. Violenta discusión entre Trimalción y su esposa, Fortunata.

75-76. Cómo se enriqueció Trimalción.

77. Meditación sobre la muerte.

78. Trimalción representa el ensayo de su propio entierro. Entretanto el trío Encolpio, Ascilto y Gitón se escabullen.

3.ª Parte. EUMOLPO

79-82. Nuevas desavenencias entre Encolpio y Ascilto disputándose a Gitón.

83-87. Cuando, para distraer su despecho, visita una galería de arte, Encolpio conoce al poeta Eumolpo e intima con él.

88-89. Reflexiones de Eumolpo sobre la decadencia moral y artística; su poema modélico sobre la conquista de Troya.

90. Encolpio invita a Eumolpo a cenar con él.

91. Encuentro de Encolpio con Gitón: se reconcilian.

92. Gitón es una vez más motivo de reyerta: esta vez entre Encolpio y Eumolpo.

93-94. Encolpio se quiere suicidar: Gitón y Eumolpo llegan oportunamente para evitar el suicidio.

95-96. Lucha épica entre Eumolpo y el posadero.

97-99. Gitón, en la posada, burla las pesquisas de Ascilto; y para evitar de modo definitivo su persecución, Gitón, Encolpio y Eumolpo se embarcan juntos para el extranjero.

100-104. Grave contratiempo: Licas, el propietario de la nave, y Trifaina, una gran dama viajera, son los enemigos más temibles de Encolpio y Gitón. Deliberación con Eumolpo sobre el modo de escapar del barco y salir del terrible aprieto.

105-106. Licas y Trifaina reconocen a Encolpio y Gitón: el castigo ejemplar parece inevitable.

107. Eumolpo interviene, sin éxito, en su favor.

108-110. Se entabla una dura reyerta. Llega la calma y se acuerda un tratado de paz.

111-112. Para distraer los ánimos, Eumolpo cuenta la historia de la Matrona de Éfeso.

113. Una vez más, Gitón es motivo de discordia: ahora entre Trifaina y Encolpio.

114-116. Sobreviene una tormenta en la que perece Licas. Los supervivientes se enteran de que han ido a parar a Crotona, donde la gente anda toda a la caza de testamentos.

117. Eumolpo se finge rico y sin herederos para explotar la avidez de los crotonienses.

118. Eumolpo expone su teoría sobre el poema épico.

119-124. Una muestra de lo que ha de ser un poema: *La Guerra Civil.*

125. El ardid de Eumolpo con los crotonienses tiene éxito.

126-135. Aventura amorosa de Encolpio (que ahora se llama Polieno) con la crotoniense Circe. Impotencia de Encolpio. Sarcasmos de Circe. Operaciones mágicas para devolver a Encolpio su virilidad de antaño.

136-138. El percance de las ocas sagradas de Oenotea, la sacerdotisa de Príapo que debía curar a Encolpio, obliga a éste a huir.

139. Pasión de Crisis, sirvienta de Circe, por Encolpio.

140. Aventura de Eumolpo con la hija de la matrona Filomena.

141. Eumolpo pone a sus herederos una condición para entrar en posesión de sus bienes: han de comer su cadáver.

(*Aquí queda interrumpida la novela.*)

EL SATIRICÓN

1.ª Parte: ASCILTO

1. «... ¿No será una nueva especie de Furias lo que
atormenta a nuestros declamadores? Oídlos recitar:
'¡Estas heridas las he recibido por la libertad del pue-
blo! ¡Este ojo lo he sacrificado por vosotros! ¡Dadme
un guía, que me conduzca junto a mis hijos, pues los
tendones de mis pantorrillas[1] han sido seccionados y
no pueden sostener el peso de mi cuerpo'. Aún este 2
énfasis sería tolerable si abriera el camino a futuros
oradores. Ahora estos temas grandilocuentes y estas
frases tan huecas como altisonantes sólo logran un re-
sultado: que los jóvenes, al llegar al foro, se crean trans-
portados a un nuevo mundo[2]. Y así, según mi opinión, 3
la juventud, en las escuelas, se vuelve tonta de remate
por no ver ni oír en las aulas nada de lo que es real-
mente la vida. Tan sólo se les habla de piratas con

1 Alusión a la bárbara costumbre de cortar a los prisioneros los tendones de las corvas para imposibilitarles la huida.

2 En el Imperio, en lugar de debatir los graves problemas del Estado, maestros y alumnos trataban en sus ejercicios de declamación temas imaginarios e insustanciales, en que lo único que importaba era destacar de algún modo y arrancar aplausos aun a costa del buen gusto. A esta preparación escolar inadecuada a la vida hay repetidas alusiones en Séneca el Retórico (ver, por ejemplo, *Controversias*, prólogos de los libros III y IX) y otros autores.

cadenas apostados en la costa, de tiranos redactando
edictos con órdenes para que los hijos decapiten a sus
propios padres, de oráculos aconsejando con motivo
de una epidemia que se inmolen tres vírgenes o unas
cuantas más; las palabras y frases se recubren de mie-
les y todo —dichos o hechos— queda como bajo un
rocío de adormidera y sésamo.

2. Los que se educan en este ambiente son tan in-
capaces de tener buen gusto como los cocineros de
2 tener buen olfato. Permítaseme, oh retóricos, afirmar
con vuestra venia que, ante todo, sois vosotros quienes
habéis echado a perder la elocuencia. Al reducirla a
una música ligera y vana, a una especie de entreteni-
miento, habéis convertido el discurso en un cuerpo
3 sin nervio, sin vida. La juventud no se entretenía en
declamaciones cuando Sófocles o Eurípides crearon la
4 lengua en que debían expresarse. El maestro a la som-
bra de su escuela no había asfixiado todavía el genio
cuando Píndaro y los nueve líricos[3] renunciaron a
5 cantar en el ritmo homérico. Y para no invocar ya
tan sólo el testimonio de los poetas, tampoco veo, por
cierto, que Platón ni Demóstenes hayan acudido a esa
6 clase de ejercicios. La noble y —permítaseme la ex-
presión— púdica elocuencia no admite aderezos ni
redundancias, pero se yergue esbelta en su natural
7 belleza. Últimamente, de Asia ha pasado a Atenas esta
verbosidad hueca y desmedida; cual astro maligno, ha
asolado el alma de nuestra juventud y sus aspiraciones
de grandeza; entonces la elocuencia, al ver falseadas
sus normas, detuvo su marcha y enmudeció.

[3] Para Quintiliano (*Institución Oratoria*, X, 61), los líricos son nueve incluyendo a Píndaro, que supera en mucho a todos los demás. Un escoliasta de Píndaro cita estos nueve nombres al lado del de Píndaro: Alceo, Alcmán, Anacreonte, Baquílides, Íbico, Safo, Simónides, Estesícoro y Corina. Así sale la cuenta de *El Satiricón*: «Píndaro y los nueve líricos».

Para resumir, ¿quién desde entonces ha alcanzado 8
una fama comparable a la de un Tucídides o un Hipe-
rides? Ni la misma poesía ha recobrado su brillante y
sano aspecto; al contrario, entre todas las manifesta-
ciones del arte, envenenadas en cierto modo por el
mismo manjar, ninguna pudo alcanzar las canas de la
longevidad. Hasta la pintura ha corrido la misma triste 9
suerte desde que la audacia egipcia tuvo la ocurrencia
de condensar en reglas los principios de un arte tan
ilustre.»

3. Agamenón no pudo tolerar que mi declamación
bajo el pórtico se alargara más que sus propias y sudo-
rosas sesiones en la escuela: «Muchacho —me dijo—,
puesto que tu lenguaje está reñido con las aficiones del
público y puesto que, como caso totalmente excepcio-
nal, cultivas el sentido común, te voy a revelar los se-
cretos de nuestro arte. En el fondo, los maestros no 2
tienen la menor culpa en lo que atañe a los ejercicios
declamatorios: ellos se ven en la necesidad de ponerse
a tono con los insensatos. Pues si sus lecciones no gus-
taran a la juventud, 'se quedarían solos en sus escue-
las', como dice Cicerón.
»Los falsos aduladores que van a la caza de una 3
cena entre la gente rica tienen como preocupación
primordial pensar en lo que resulte más grato a sus
oyentes; el único medio de conseguir lo que pretenden
es efectivamente tender al oído ciertas trampas. El 4
caso del maestro de oratoria es el mismo: como el
pescador, si no pone en su anzuelo un cebo que a cien-
cia cierta atraiga los pececillos, perderá el tiempo sobre
su roca, sin esperanza de botín.

4. »¿Cuál es la conclusión? Hay que echar la culpa
a los padres: no quieren que sus hijos se formen en
una severa disciplina. En primer lugar cifran sus es- 2

peranzas, como toda su vida, en la ambición. Luego, por ver cumplidos pronto sus votos, lanzan al foro a esas inteligencias todavía muy verdes pretendiendo revestir a sus hijos recién nacidos con el ropaje de la oratoria, que es, según propia confesión, la cosa más
3 grande del mundo. Si aceptaran unos estudios graduados, dando tiempo al joven para formar su espíritu en el estudio de la filosofía, para trabajar su estilo con despiadada crítica, para escuchar con calma los modelos que se propone imitar, para convencerse que no es lo mejor aquello que deslumbra la infancia: entonces la gran oratoria volvería a reinar con toda su autoridad.

4 »Hoy los niños no hacen más que jugar en la escuela, los jóvenes hacen el ridículo en el foro, y, lo que es más vergonzoso que ambos extremos, nadie quiere reconocer en la vejez la desacertada enseñanza de su in-
5 fancia. Pero no vayas a creer que yo condeno la improvisación sin pretensiones de un Lucilio. Yo mismo voy a expresar mis ideas en un breve poema:

5. *»Si alguien aspira a un arte sobrio y se interesa por grandes temas, empiece por adaptar su vida a la estricta norma de la austeridad. No le importe el palacio insolente con su altiva mirada, ni vaya tras los déspotas como cliente a la caza de una cena; no se entregue al vicio ni ahogue en vino el calor de su inspiración; no vaya al teatro contratado para aplaudir de oficio a los artistas. Pero si a uno le sonríe la ciudadela de Minerva en armas o la tierra habitada por el colono Lacedemonio o la mansión de las Sirenas, entonces consagre a la poesía sus primeros años, beba a pleno pulmón en la fuente Meonia.*

»Luego, saturado ya de la socrática grey, dé rienda suelta a su libertad y blanda las armas del gran Demóstenes.

»Que entonces te envuelva el destacamento romano, el cual, liberado del acento griego, infundirá a tus palabras la savia de una nueva inspiración. Dejando el foro, corra a veces tu pluma sobre la plana para cantar la fortuna con sus característicos vaivenes. Sírvante de alimento las guerras cantadas en tono heroico y no pierdas de vista la impresionante sonoridad del indomable Cicerón.

»Pertrecha tu mente con todas esas virtudes; y entonces, saciado en dilatada corriente, brotarán de tu pecho palabras dignas de las Musas.»

6. Como yo prestaba atención a Agamenón, no me di cuenta de la huida de Ascilto...

Y mientras en el ardor de la conversación yo deambulaba por el jardín, entró en el pórtico un nutrido grupo de estudiantes; al parecer acababan de oír una improvisada declamación de no sé qué individuo como réplica al alegato de Agamenón. Como los jóvenes se 2
burlaban de las ideas y su disposición en el conjunto del discurso, aproveché la ocasión para desaparecer e irme corriendo en busca de Ascilto. Pero no recordaba 3
exactamente el camino ni sabía dónde estaba nuestra hospedería. En consecuencia, no hacía más que ir y 4
venir sobre mis propios pasos hasta que, harto de correr y bañado de sudor, me dirijo a cierta anciana que vendía legumbres silvestres y le pregunto:

7. «Por favor, abuela, ¿sabrías acaso decirme dónde está mi casa?» Le hizo gracia el chiste tan insulso, y me contestó: «¿Cómo no lo voy a saber?» Se puso de pie y echó a andar adelantándoseme. La tomé por una 2
adivina y...

Al poco rato, cuando habíamos llegado a un barrio bastante apartado, la amable vieja retiró la cortina de una puerta y dijo: «Esta debe ser tu morada.» Yo pro- 3
testaba que no reconocía la casa, cuando veo a ciertos individuos paseándose misteriosamente entre dos hile-

4 ras de letreros y de prostitutas desnudas. Tarde, de-
masiado tarde ya, comprendí que se me había llevado
a un burdel.

Maldiciendo, pues, la emboscada que me había ten-
dido la vieja, me cubro la cabeza y echo a correr por
el centro del lupanar hasta la salida de enfrente. En
el mismo umbral de la puerta me cruzo con Ascilto,
tan extenuado y moribundo como yo: se diría que lo
5 había llevado allí la misma vieja. Después de saludarlo
amablemente, le pregunté qué hacía en un sitio tan
poco recomendable.

8. Llevándose las manos a la cabeza para secarse
el sudor, dice: «¡Si supieras lo que me ha ocurrido!»
2 «¿Qué pasa?», pregunto. Y él, desfallecido, contesta:
«Como andaba desorientado por toda la ciudad, sin
saber dónde estaba mi paradero, se me acercó un buen
padre de familia que se ofreció muy cortésmente para
3 acompañarme. Luego, por unos callejones tortuosos y
muy oscuros, me trajo a este lugar y, con el dinero en
la mano, me hizo una propuesta deshonrosa. La alca-
hueta ya había cobrado un as como precio de la habita-
ción; ya el hombre me había puesto la mano encima,
y, si yo no hubiera podido más que él, habría pasado
un mal rato.»

....

Tanto es así, que por todas partes toda aquella gente
me parecía entregada a la bebida del satirión[4].

....

Aunando nuestras fuerzas, nos deshicimos de aquel
impertinente.

....

9. (ENCOLPIO). Como entre niebla, vi a Gitón de pie
en la esquina de una calle y me dirigí a su encuentro.

[4] Planta afrodisíaca.

Le pregunté si el hermanito[5] nos había preparado 2
algo para almorzar. El chiquillo, sentándose sobre la
cama, se secó con el dedo pulgar las lágrimas que le
saltaban de los ojos. Yo, preocupado ante el aspecto 3
del hermanito, pregunté qué había pasado. El mucha-
cho, después de resistirse un buen rato, al ver que a los
ruegos yo añadía ya las amenazas, consintió en hablar:
«Ese, tu hermano o compañero, vino hace un instante 4
a mi departamento y quiso atentar contra mi honor.
Como yo quería chillar, echó mano a la espada dicien- 5
do: 'Si tú eres una Lucrecia, te has encontrado con un
Tarquinio'.»

Al oír eso, apuntando con mis puños a los ojos de 6
Ascilto, pregunto: «¿Qué contestas, monstruo invertido,
que ni el aliento tienes limpio?» Ascilto fingió indignar- 7
se y, blandiendo sus puños con mayor vigor todavía
y a mayor altura que los míos, chilló diciendo: «¿Te 8
quieres callar, gladiador obsceno, a quien la arena ha
desechado cuando ya habías sucumbido? ¿Te quieres 9
callar, asesino nocturno, que ni aun cuando pasabas
por valiente pudiste con una mujer honrada y que en un
bosque me adoptaste como hermano por la misma
razón que ahora te acompaña en la hospedería ese
chiquillo?» «Desapareciste —le dije— mientras yo ha-
blaba con el maestro Agamenón»[6].

10. «Idiota de remate, ¿qué iba a hacer si me estaba
muriendo de hambre? ¿Querías que siguiera escuchan-
do sus frases, es decir, su música de vasos rotos y sus
interpretaciones de sueños? Por Hércules, eres bastante 2
más ruin que yo, ya que por cenar fuera de casa has
aplaudido al poeta.»

[5] La palabra «hermano», que encontraremos repetidas veces en Petronio y Apuleyo, tiene en el lenguaje erótico el sentido de «querido» o «amante» de hombre a hombre.

[6] Cf. *supra*, cap. 6.

3 Así, acabando en sonrisas la más sucia de las dis-
cusiones, ya en paz, pasamos a otra cosa.

....

4 Una vez más volvió a mi recuerdo la ofensa de As-
cilto: «Mira —le digo—, veo que no podemos enten-
dernos. En consecuencia, repartamos los bártulos que
tenemos en común e intentemos buscar fortuna cada
uno por su lado. Tú eres persona culta y yo también.
5 Para no hacerte la competencia, yo me ofreceré para
cualquier otro servicio: pues, de lo contrario, tendría-
mos diariamente mil motivos de fricción y nos lleva-
rían en lenguas por toda la ciudad.»
6 Ascilto no se negó a ello, añadiendo: «Por hoy, ya
que nos hemos comprometido a cenar como profeso-
res que somos, no perdamos la noche. Mañana, ya que
así lo dispones, me buscaré habitación y algún herma-
nito.»
7 Mi respuesta fue: «Diferir lo que está acordado es
perder el tiempo.»

....

Sólo la pasión me hacía romper así tan bruscamente con él. Iba ya tiempo, en efecto, que aspiraba a quitarme de encima a este importuno vigilante para volver a mi vida de antaño con Gitón.

....

11. Cuando hube echado un vistazo por toda la
ciudad, volví a mi celdilla y, después de unos besos muy
espontáneos, estrecho fuertemente en mis brazos al
chiquillo rebosando de aquella felicidad soñada y en-
2 vidiable. No había concluido la escena, cuando Ascilto,
apareciendo por la puerta al acecho y violentando el
cierre, me sorprendió en plena fiesta con el hermanito.
Llenó la celda de risas y aplausos, estiró la manta que
3 yo me había echado encima y dijo: «¿Qué estabas ha-

ciendo, venerable hermano? ¿Ah? ¿Estáis acampando
por parejas?»
Pero no se atuvo tan sólo a las palabras; soltó la 4
correa de su saco y empezó a sacudirme sin cumplidos,
sazonando además los golpes con sarcasmos obscenos:
«¡Tal reparto, entre hermanos, ni pensarlo!»

12. Llegábamos al mercado al caer el día. Allí vimos
un sinfín de mercancías; por cierto no eran de alta
calidad; pero, aunque poco recomendables, pasaban no
obstante fácilmente bajo la oscuridad del atardecer.
Como también nosotros habíamos traído el manto 2
robado, quisimos aprovechar la gran oportunidad y,
en un rincón, empezamos a agitar una punta de la
prenda por ver si casualmente su colorido podía atraer
algún comprador. Al poco rato un campesino, cuya cara 3
me era familiar, se acercó en compañía de una mujer-
cita y se puso a examinar el manto con mucho interés.
Ascilto se fijó a su vez en la espalda del rústico com- 4
prador y, de pronto, se quedó de piedra. Tampoco yo 5
me sentí indiferente al observar a aquel hombre, pues
me parecía el que había encontrado mi túnica en el
despoblado. Desde luego era el mismo. Pero Ascilto 6
no se atrevía a creer en lo que veía y, para no dar un
paso en falso, empezó por acercarse él también, como
si fuera un comprador, y, estirando la punta de la tú-
nica que cubría la espalda del labriego, se puso a palpar
minuciosamente la prenda.

13. ¡Oh maravillosa jugada de la Fortuna! El cam-
pesino aún no había tenido la curiosidad de registrar
las costuras, y ni siquiera manifestaba interés en vender
lo que él tomaba por desecho de algún mendigo. Ascilto, 2
al ver intacto nuestro tesoro y la poquita cosa que era
el vendedor, me apartó un poco de la gente, diciéndo-
me: «¿Sabes, hermano, que ha vuelto a nuestras manos

3 el tesoro por el que tanto suspiraba? Allí está la túnica
y, por lo que se ve, con las monedas de oro intactas.
¿Qué hacemos? ¿A qué título reivindicaremos nuestro
bien?»

4 Loco de alegría, no tanto por tener a la vista el botín cuanto por ver a la Fortuna liberarme de una infamante sospecha, yo dije que no había que andar con rodeos, que había que acudir sencillamente a la ley; esto es, si se negaba a devolver el bien ajeno a su legítimo dueño, se le citaría ante la justicia.

14. Ascilto, al contrario, desconfiaba de los procedimientos legales. Decía: «¿Quién nos conoce aquí? ¿Quién dará crédito a nuestras afirmaciones? Yo soy partidario de comprar sencillamente, por nuestro que sea, lo que acabamos de reconocer; es preferible recuperar por poco dinero nuestro tesoro que embarcarnos en un pleito peligroso»:

2 *¿De qué sirven las leyes donde sólo reina el dinero, donde la pobreza nunca puede salir triunfante? Incluso los Cínicos, que andan siempre con la alforja a cuestas, más de una vez, y hasta con cierta frecuencia, venden la verdad a buen precio. Así, pues, la justicia no es más que una mercancía pública y el caballero que preside el tribunal ratifica las transacciones.*

3 Pero no disponíamos más que de una moneda de
dos ases y la reservábamos para comprar unos garban-
4 zos y unos altramuces. Así, pues, para que entretanto
no se nos escapara la presa, decidimos colocar el manto
aunque fuera a bajo precio, contando con la compensa-
ción del otro negocio más redondo para aliviar la pér-
5 dida. Extendemos, pues, nuestra mercancía; de pronto
la mujer del rostro velado, la que acompañaba al cam-
pesino, después de examinar con atención los detalles,

agarró con ambas manos el borde del manto, diciendo
a voz en grito que había cogido a unos ladrones. Nos- 6
otros, aunque desconcertados por completo, para no
quedar visiblemente cortados, también nos echamos
sobre la túnica rota y sucia, y, con la misma indigna-
ción, protestamos de que ellos retuvieran unos des-
pojos que eran nuestros. Pero en modo alguno eran 7
comparables las partidas en litigio; y los revendedores
que habían acudido al oír nuestro griterío, se reían,
como es natural, de nuestra indignación, ya que la
otra parte reclamaba un preciosísimo manto, y nos-
otros, un harapo que apenas aprovechaba para remien-
dos. Entonces, Ascilto logró acallar las risas y, consegui- 8
do el silencio, dijo:

15. «Vemos que cada cual tiene especialísimo cari-
ño a lo que es suyo; que nos devuelvan nuestra túnica
y que se lleven su manto.» Al campesino y a su mujer 2
les gustaba el cambio, pero unos consejeros jurídicos
—por no llamarlos rateros nocturnos—, deseando ha-
cerse con el manto, pretendían que ambas prendas
fueran depositadas en sus manos y que al día siguiente
un juez dictaminara el caso. Y no se trataba ya tan sólo 3
de dilucidar lo que parecía el motivo de la controversia,
sino de una cosa muy distinta, a saber, la sospecha de
robo que recaía sobre ambas partes. Ya se inclinaban 4
por secuestrarnos, y no sé quién entre los revendedo-
res, un calvo con la frente toda abultada, que ocasional-
mente intervenía en pleitos, había echado ya mano al
manto, afirmando que lo presentaría el día siguiente.
Por lo demás era fácil adivinar que aquellos pícaros no 5
pretendían sino hacer desaparecer la prenda en cuanto
la tuvieran en sus manos, contando con que nosotros
no acudiríamos a la cita por temor a vernos acusados
de robo.

....

6 Eso mismo era exactamente lo que también nosotros
deseábamos. Ahora bien, la oportunidad contribuyó a
que se vieran satisfechas las aspiraciones de ambas
7 partes. Efectivamente, el campesino, indignado de ver-
nos exigir la presentación del harapo, le tiró a Ascilto
la túnica a la cara y, al quitarnos así todo motivo de
reclamación, mandó que depositáramos en mano de una
tercera persona el manto, convertido ahora en único
objeto de discusión.

....

8 Recobrado pues, al parecer, nuestro tesoro, nos fui-
mos corriendo a la hospedería; dentro, y a puertas
cerradas, nos echamos a reír de la sutileza tanto de los
revendedores como de los impostores, que derrocharon
habilidad para devolvernos nuestro dinero:

No quiero alcanzar al instante lo que anhelo: la victoria fácil no me gusta.

....

16. Pero al acabar de engullir la cena dispuesta por
el servicial Gitón, un atrevido y estruendoso empujón
hizo retumbar la puerta.
2 Sobrecogidos y pálidos, preguntamos quién era. Con-
testación: «Abre y lo verás.» Mientras intercambiamos
esas palabras, la cerradura se desprende y cae por sí
misma; la puerta se abre de pronto y da libre paso al
3 intruso. Era una mujer con la cabeza cubierta: precisa-
mente la que, momentos antes, acompañaba al campe-
sino. Nos dice: «¿Os figurabais que os habíais reído de
mí? Yo soy la sirvienta de Cuartila, cuyo sacrificio ha-
4 béis perturbado ante la gruta. Aquí la tenéis: viene en
persona a la hospedería y pide permiso para hablaros.
No os alarméis. No viene con reclamaciones ni pretende
castigar vuestro error: al contrario, pregunta qué divi-

nidad favorable ha podido mandar a estos jóvenes tan
simpáticos hacia la zona de su residencia.»

17. Seguíamos aún en silencio y sin inclinarnos
a una u otra opinión, cuando se presentó personalmente
Cuartila en compañía de una doncella y, sentándose
sobre mi lecho, se puso a llorar largamente. Aun enton- 2
ces nos abstuvimos de pronunciar una sola palabra:
esperamos estupefactos el final de aquellas lágrimas
que constituían una estudiada escena de dolor. Por fin, 3
cuando la teatral tormenta acabó de tronar, la dama
se quita el manto que cubría su altiva cabeza y, con
las manos entrelazadas tan estrechamente que hasta le
crujían las articulaciones, dice: «¿Cómo se ha de cali- 4
ficar vuestra audacia? ¿Dónde habéis estudiado el arte
de una piratería que supera a cualquier leyenda? Dios
me perdone: me dais compasión, pues nadie ha puesto
impunemente su mirada en lo que estaba vedado; y más 5
en nuestra comarca, tan poblada de divinidades que
resulta más fácil encontrarse con un dios que con un
hombre. Y no creáis que me ha traído aquí el afán de 6
venganza; me preocupa más vuestra juventud que mi
ofensa. En efecto, aún sigo creyendo que sólo por im-
prudencia habéis cometido el inexpiable crimen. Yo 7
misma, en la noche aquella de mi oprobio, sentí unos
escalofríos tan mortales que sospecho un acceso de fie-
bre terciana. Por ello he pedido mi curación al sueño:
se me ha ordenado venir a buscaros y se me indicó
cierto ardid para calmar la virulencia del mal. Pero el 8
remedio de mi mal no es lo que tanto me atormenta;
mi mayor dolor es una tortura del corazón, una tortura
que me coloca en el inevitable trance de morir: con-
siste en la angustia de que podáis divulgar, con la in-
discreción propia de la juventud, lo que habéis visto
en la capilla de Príapo y de que podáis publicar los
secretos designios de los dioses. Me arrodillo, pues, a 9

vuestras plantas y tiendo hacia vosotros mis manos suplicantes pidiendo y rogando que no toméis nuestras ceremonias nocturnas como objeto de bromas y de risas, ni dejéis traslucir esos secretos que en tantos siglos apenas mil hombres han llegado a conocer.»

18. Tras esta súplica se deshizo otra vez en lágri-
mas, apoyando sobre mi lecho el rostro y busto entre
2 largos suspiros y sollozos. Yo, bajo la impresión simul-
tánea de la compasión y del miedo, la exhorto a ani-
marse y a no pensar más en su doble preocupación:
3 pues ninguno de nosotros divulgaría sus misterios y,
además, si un dios le había indicado algún otro remedio
para su terciana, nosotros estábamos dispuestos a se-
cundar la divina providencia hasta exponiendo la pro-
4 pia vida. Se puso muy contenta con esta promesa, me
besó con mucha efusión y, pasando de las lágrimas a
la risa, acarició suavemente con su mano los mechones
5 de pelo que me colgaban tras la oreja y añadió: «Es-
tablezco una tregua con vosotros, desisto del pleito que
os tenía planteado. Pero si no hubierais accedido a dar-
me el remedio que solicito, ya tenía a punto para ma-
ñana un pelotón encargado de vengar mi oprobio y res-
tablecer mi honra:

6 *»Sentirse despreciado es vergonzoso; dar leyes es
motivo de orgullo. Tengo a pecho el poder seguir libre-
mente el camino que me plazca. Hasta el sabio plantea
conflictos cuando se ve despreciado. El que no se en-
cona suele salirse con la suya.»*

....

7 Luego, de repente, se puso a aplaudir y a reír de
tal manera que nos quedamos asustados. Lo mismo
hizo la sirvienta que la había precedido, y lo mismo
la doncellita que la había acompañado al entrar.

19. Toda la estancia resonaba al son de aquellas risas estudiadas, y aún ignorábamos el motivo de aquel cambio de humor tan instantáneo. Fijábamos sucesivamente nuestra mirada inquisidora en nuestros propios compañeros y en aquellas mujeres.

....

«En consecuencia, he dado la orden de no admitir 2
hoy a nadie, absolutamente a nadie, en esta hospedería:
así podré recibir sin molestias de ninguna clase el tra-
tamiento que vais a darme para mi terciana.» Al oír 3
estas palabras de Cuartila, Ascilto quedó perplejo unos
instantes; por mi parte, más helado que un invierno de
las Galias, tampoco pude proferir una sola palabra.
No obstante, al considerar la compañía, no podía ver 4
demasiado negra la situación. Por un lado había efec-
tivamente tres mujercitas, por demás endebles en caso
de intentar algo; por nuestra parte éramos también
tres, que por lo menos éramos del sexo fuerte y, en
todo caso, estábamos dispuestos a cualquier eventua-
lidad. Más todavía: yo ya había apareado las fuerzas 5
por si era preciso dar la batalla: yo haría frente a
Cuartila, Ascilto a la sirvienta y Gitón a la doncellita.

....

En aquel instante se derrumbó toda nuestra for- 6
taleza; quedamos atónitos, y la muerte, que parecía
insoslayable, empezó a velar con su sombra nuestros
desventurados ojos.

....

20. «Por favor, señora —le digo—, si preparas un golpe mortal, dalo pronto: no hemos cometido un crimen tan horrendo como para tener que morir entre torturas.»

....

2 La sirvienta, que se llamaba Psique, extendió cuidadosamente una alfombra sobre el pavimento.

....

Intentó despertar en mí una pasión que mil muertes habían ya enfriado.

....

3 Ascilto se había cubierto la cabeza con el manto, pues recordaba que es peligroso meterse en intimidades ajenas.

....

4 La sirvienta sacó de su seno dos lazos: con uno ligó nuestros pies, con el otro nuestras manos[7].

....

5 Ascilto, en un momento en que la conversación de-
caía, interviene: «¿Y qué? ¿Yo no me merezco un
trago?» La sirvienta, comprometida por mi sonrisa,
6 aplaudió diciendo: «Ya te he servido, muchacho; y,
por cierto, ¿es posible que hayas podido tú solo con
7 tan copiosa dosis del mágico filtro?» «¿Es verdad —pre-
gunta Cuartila— que Encolpio se tomó todo el sati-
rión?»

....

Todo su cuerpo se estremeció bajo una carcajada no exenta de gracia.

....

8 El propio Gitón acabó por no poder aguantar la risa, sobre todo cuando la jovencita se echó a su cuello y, sin que el muchacho se resistiera, le dio un sinfín de besos.

....

7 Evidentemente se alude ahí a una operación mágica análoga a otras detalladamente descritas en la novela latina, como veremos.

21. Queríamos, pobres de nosotros, pedir auxilio; pero no había nadie para venir en nuestra ayuda; y, además, cuando yo hacía ademán de pedir socorro a los ciudadanos, Psique me pinchaba las mejillas con una aguja del pelo, mientras que la doncellita, con un pincel empapado también con satirión, mantenía a raya a Ascilto.

....

Por último llegó un indecente bailarín ataviado con 2
un suave paño de lana verde arrayán y arremangado hasta la cintura... que sucesivamente nos malhería con sus descoyuntadas nalgas o nos infectaba con nauseabundos besos, hasta que Cuartila, con una vara de ballena en la mano y bien arremangada ella tambien, le ordenó que dejara en paz a aquellos desgraciados.

....

Ambos juramos por todo lo que había de más sa- 3
grado que tan horrible secreto moriría entre nosotros dos.

....

Entraron un sinfín de entrenadores de palestra que 4
nos frotaron debidamente con aceite y nos volvieron a
poner en forma. Sea como fuere, repuestos ya del can- 5
sancio, nos vestimos para cenar y nos mandaron pasar
a una sala inmediata donde estaban dispuestos tres
lechos con el dispositivo completo de un esplendidísimo
banquete. Siguiendo, pues, la invitación nos instalamos 6
allí, y, tras unos maravillosos entremeses iniciales, hasta
se nos inunda con vino de Falerno. Agasajados luego 7
con unos cuantos platos más, cuando ya nos empezá-
bamos a caer de sueño: «¿Cómo —dice Cuartila—,
pensáis ahora en dormir, sabiendo que esta noche se
debe íntegramente al culto de Príapo?»

....

22. Como Ascilto, agobiado por tantos contratiem-
pos, se caía de sueño, aquella sirvienta que había su-
frido sus desplantes le untó toda la cara con grandes
manchas de hollín y, sin que él se diera cuenta en su
estado de sopor, le entiznó también los labios y la es-
2 palda. Yo, tan rendido como él y por los mismos per-
cances, había empezado a saborear el sueño; y toda la
comparsa, tanto dentro como fuera, hacía otro tanto:
unos yacían desperdigados al pie de los convidados;
otros, apoyados en las paredes; otros se habían quedado
en el mismo umbral de la puerta con las cabezas re-
3 costadas una sobre otra. Las lámparas, faltas ya de
aceite, derramaban también ellas un tenue y último
resplandor, cuando entraron en la sala dos esclavos
sirios para escamotear una botella. Cuando se la dis-
putan ávidamente entre la vajilla de plata, la rompen
4 por estirar cada uno en sentido opuesto. También volcó
la mesa con la vajilla, y al caer de bastante altura una
copa sobre el lecho donde dormía la sirvienta, por
poco no le rompe la cabeza. El golpe le hizo chillar:
gracias a eso se descubrió a los ladrones y se desper-
5 taron parte de los borrachos. Los dos sirios que habían
entrado a robar, al verse sorprendidos, se dejaron caer
al pie de la mesa tan al unísono como si lo hubieran
tenido previsto, y se pusieron a roncar como si llevaran
horas durmiendo.

6 Ahora, despabilado ya el maestro de ceremonia, ha-
bía echado aceite a las lámparas moribundas, y los es-
clavos, después de frotarse un poco los ojos, se habían
reintegrado al servicio; en esto entra una instrumen-
tista que al ruido metálico de sus platillos acabó de
despertarnos a todos.

23. Se reanudó, pues, el banquete y una vez más Cuartila nos invitó a beber: al son de los platillos se acentuaba su alborozo de bacante.

....

Entra entonces un indecente bailarín, la persona más 2
insulsa del mundo y muy digno cliente de aquella casa.
Tras unas palmadas de sus manos dislocadas y unos
profundos suspiros, declamó un poema como éste:

Aquí, acudid aquí en seguida, alegres maricones; 3
apresurad el paso, venid corriendo, venid al vuelo, con
vuestras piernas delicadas, con vuestras manos tenta-
doras; ¡oh ternura la vuestra, oh veteranía del amor,
oh castrados de Delos!

Tras recitar sus versos, me escupió el más infecto 4
de los besos. Luego, se instaló en mi lecho y, desplegan-
do todo su vigor, venció mi resistencia y me arrancó
las vestiduras. Me molió las ingles de mil maneras sin 5
resultado alguno. Por su frente sudorosa caían arroyos
de esencias y entre las arrugas de sus mejillas se veía
tal cantidad de pasta, que aquello parecía una pared
desconchada y a punto de derrumbarse bajo un agua-
cero.

24. No pude contener por más tiempo mis lágri-
mas y, reducido al colmo de la desesperación, le digo:
«¿No habías prometido, señora, darme un *embasice-*
to?»[8]. Se puso ella a aplaudir con cierta dulzura, di- 2
ciendo: «¡Oh, qué hombre tan agudo! ¡La gracia in-
agotable de esta tierra! ¿Cómo? ¿No sabías que em-
basiceto quiere decir íncubo?» Luego, para que mi 3
colega no saliera mejor parado que yo: «Me remito a
vuestra rectitud de conciencia —les digo—; ¿ha de ser
Ascilto el único en la sala libre de servicio?» «Bueno 4
—replica Cuartila—, que le den también a Ascilto el
embasiceto.»

---

8 «Embasiceto», en griego, quiere decir, a la vez, «copa» y «cinedo» o «galán». Encolpo esperaba, pues, recibir una copa, cuando se vio sorprendido por los asaltos del galán.

Ante esta orden, el íncubo cambia de montura y salta sobre mi compañero, a quien tritura con sus apretones y besos.

5 Gitón, entretanto, se había puesto en pie y reventaba
de risa. Cuartila le echó el ojo y con el mayor interés
preguntó a quién pertenecía aquel muchacho. Le dije
6 que era mi hermanito: «Entonces —replica—, ¿por qué
no me ha besado?» Y, llamándolo a su lado, le aplicó
7 un beso. Luego, introduciendo su mano bajo la ropa
de Gitón y manoseando a aquel inexperto mancebo,
dice: «Mañana esgrimirá amablemente sus armas como
anticipo de mis delicias; hoy, después de un banquete
regio, no quiero un plato vulgar.»

25. En esto se le acercó Psique, sonriente, y le susurró al oído unas palabras que no pude captar: «Sí, sí —dice Cuartila—; has hecho bien de advertírmelo. ¿Por qué no? ¿No es la linda ocasión de desflorar a nuestra querida Panucha?»

2 Al punto traen a una chiquilla muy bonita y que
no parecía tener más de siete años; era precisamente
la que al principio había acompañado a Cuartila a nues-
3 tro aposento. Todos aplaudían y reclamaban la boda.
Yo quedé atónito y aseguraba que ni Gitón, un joven de
lo más recatado, se prestaría a tal descaro, ni una chi-
quilla de tan corta edad podría someterse a la ley im-
4 puesta a la mujer. «Bueno —dice Cuartila—. ¿Es ella
acaso más joven que lo era yo cuando soporté al hom-
bre por primera vez? ¡Persígame la ira de Juno si guar-
5 do algún recuerdo de mi estado virginal! Cuando apenas
sabía hablar, retozaba con los críos de mi edad; des-
pues, al correr de los años, me fui entregando a otros
cada vez mayores, hasta alcanzar la edad adulta que
6 veis. De ahí arranca, sin duda, aquel proverbio que

dice: 'Podrá con el toro quien haya podido con el novillo'.»[9].

Así las cosas, y temiendo que en mi ausencia aún le fuera peor a mi hermanito, me levanté para asistir a la ceremonia nupcial.

26. Ya Psique había envuelto la cabeza de la niña
con el velo colorado, ya el embasiceto abría la marcha
con una antorcha en la mano, ya le seguían en larga
hilera y aplaudiendo aquellas mujeres en estado de
embriaguez. Habían dispuesto en la sala nupcial la
alfombra de la profanación. Entonces, Cuartila, bajo 2
el incentivo de aquella parodia voluptuosa, se levantó
igualmente, cogió a Gitón por la mano y lo arrastró al
dormitorio.

Era evidente que el muchacho no había puesto 3
mucha resistencia; y tampoco la niña se había desolado
y palidecido ante la palabra «boda». Encerrados ellos 4
ya a solas, nosotros nos sentamos a la puerta de la sala.
Cuartila, tomando la iniciativa, echó una mirada indis-
creta por una rendija maliciosamente preparada y ob-
servaba con libidinosa curiosidad aquel juego infantil.

Con las caricias de su mano me atrajo a mí también 5
a su lado para que presenciara la escena, y, como se
tocaban las caras de todos los espectadores, aprovecha-
ba los entreactos para acercar sus labios a los míos y
darme, como de paso, unos cuantos besos seguidos.

....

Y, tumbados en la cama, pasamos sin sobresaltos 6
el resto de la noche.

....

9 El proverbio que Cuartila cita aquí en sentido obsceno alude a la conocida anécdota del atleta Milón de Crotona, que, sirviéndose de un ternero recién nacido, recorría diariamente varios estadios con el animalito a cuestas; no interrumpió su ejercicio y, así, andando el tiempo, logró transportarlo cuando su tamaño era ya el de un toro adulto.

7 Había llegado ya el tercer día, es decir, el de la es-
perada francachela [10]. Pero plagados de golpes como
estábamos, nos atraía más la ocasión de escapar que
8 la de descansar. Así, pues, en nuestra congoja, deliberá-
bamos sobre los medios de evitar la tormenta que tenía-
mos encima. En esto, un esclavo de Agamenón vino a
sacarnos de nuestra incertidumbre: «¿Cómo? —dice—.
¿No sabéis quién invita hoy? Es Trimalción, persona
9 elegante por demás: tiene un reloj en el comedor, y
un trompetero apostado al lado para saber en todo ins-
tante las horas de menos que ha de vivir.»
10 Así, pues, olvidando todas nuestras calamidades,
nos aseamos con esmero y encargamos a Gitón, que
desempeñaba muy a gusto su papel de esclavo, de acom-
pañarnos al balneario.

2.ª PARTE: LA CENA DE TRIMALCIÓN

27. Entretanto, sin desnudarnos, nos fuimos a pa-
sear... o, mejor dicho, a pasar un rato entretenido
acercándonos a los corrillos, cuando, de pronto, vemos
a un viejo calvo, vestido con una túnica rojiza, que
jugaba a la pelota con unos esclavos jovencitos y de
2 largas melenas. A nosotros no nos llamaron tanto la
atención los esclavos —aunque valían la pena— cuanto
el propio dueño, que calzaba sandalias y se entrenaba
con pelotas verdes. Ya no volvía a coger la pelota que
se le caía al suelo, sino que un esclavo tenía un saco
lleno e iba abasteciendo a los jugadores de nuevas pe-
3 lotas. Observamos todavía otras particularidades: ha-
bía dos eunucos, uno a cada extremo del campo; uno
tenía en la mano un orinal de plata; el otro contaba

[10] Aquí empieza el banquete de Trimalción, es decir, lo que esencialmente merecía pervivir y ha pervivido de la obra de Petronio.

las pelotas, pero no las que pasaban de mano en mano
al desarrollarse el juego, sino las que caían al suelo.
Estábamos, pues, admirando esas finuras, cuando llega 4
corriendo Menelao: «Este es —dice— el que os invita
a su mesa, y ya estáis asistiendo al preludio de la cena.»
No había concluido su frase Menelao, cuando Trimal- 5
ción produjo un castañeteo con los dedos, y a esta
señal acudió el eunuco tendiéndole el orinal en pleno
juego. Aliviada ya su necesidad, pidió agua para las 6
manos, se enjuagó un poquito y se limpió a la cabellera
de un esclavo.

28. Sería prolijo enumerar todas sus singularida-
des. Entramos, pues, al balneario. Estuvimos un mo-
mento al calor del sudadero y salimos al agua fría.
Ya Trimalción, todo inundado de perfumes, se estaba 2
secando, pero no con paños corrientes, sino con toallas
de la más fina lana. Mientras tanto, tres masajistas be- 3
bían vino de Falerno en su presencia, y, al pelearse por
él, lo desparramaban en abundancia: «Es mío —decía
Trimalción—, y lo beben a mi salud.» Luego, envolvie- 4
ron al señor en una manta escarlata y lo colocaron en
una litera: ante ella desfilaban cuatro corredores con
ricos y llamativos collares, y un carretón en el que iban
los amores de Trimalción, es decir, un mancebo ya en-
trado en años, legañoso y más repulsivo que su propio
dueño. Ya en marcha, se le acercó al respaldo un mú- 5
sico con unas flautas en miniatura y, como si confiara
al oído algún secreto, le fue entonando canciones du-
rante todo el trayecto.
Nosotros seguimos su marcha, harto maravillados, 6
y con él llegamos a la puerta, en cuyo montante había
un letrero con esta inscripción:

«TODO ESCLAVO QUE SALGA A LA CALLE SIN PERMISO DEL 7
DUEÑO RECIBIRÁ CIEN LATIGAZOS.»

8 En la misma puerta, con uniforme verde puerro y cinturón rojo cereza, estaba el portero limpiando
9 guisantes en una fuente de plata. Sobre el dintel colgaba una jaula de oro donde una urraca de varios colores saludaba a los que entraban.

29. En medio de mi asombro ante tantas maravillas, me caí de espaldas y por poco no me rompo las piernas. Pues, a la izquierda, al entrar y a corta distancia de la cabina del portero, había un perro descomunal, atado con una cadena: era una pintura sobre la pared; y encima, en letras capitales, se leía: «CUIDADO CON EL
2 PERRO». Mis compañeros se echaron a reír. Yo, cuando recobré la serenidad, no acababa de observar la super-
3 ficie total de aquella pared. Había un mercado de esclavos con sus rótulos al cuello, y el propio Trimalción, con largas melenas de esclavo y un caduceo en la mano,
4 entraba en Roma bajo la dirección de Minerva. Luego, se veía cómo había estudiado contabilidad, cómo había llegado a administrador: un hábil pintor había representado exactamente toda su vida con las respectivas
5 leyendas. Al final del pórtico, Mercurio levantaba a Trimalción por la barbilla y lo transportaba a un ex-
6 celso trono. A su lado estaban la Fortuna, con un gran cuerno de la abundancia, y las tres Parcas hilando
7 sendas ruecas de oro. También observé en el pórtico un equipo de corredores a pie que se entrenaban bajo
8 la dirección de un técnico. Además vi en el rincón un gran armario con un nicho donde había unos Lares de plata, una Venus de mármol y una caja de oro no muy pequeña donde, según decían, se guardaba la primera barba del señor.
9 Pregunté, pues, al guardián del atrio qué representaban los cuadros centrales: «La Ilíada y la Odisea —me dijo—; y, del otro lado, la fiesta de gladiadores que dio Lenas.»

30. Me faltaba tiempo para contemplar tantas maravillas...

Ya habíamos llegado al comedor. Allí, en la antesala, estaba el procurador recibiendo cuentas. Y lo que me causó mayor admiración fueron unos fascios con hachas colgados en el marco de la puerta y cuyo extremo inferior terminaba como en un espolón de bronce de un navío con la siguiente inscripción:

«A GAYO POMPEYO TRIMALCIÓN, SÉVIRO AUGUSTEO[11]. SE 2
LO DEDICA SU TESORERO CINAMO.»

Con la misma dedicatoria colgaba también de la 3
bóveda una lámpara de dos brazos. En cada una de las dos hojas de la puerta había sendos cuadros: uno, si no me falla la memoria, con esta inscripción:

«LA ANTEVÍSPERA Y LA VÍSPERA DE LAS KALENDAS DE ENERO NUESTRO DUEÑO GAYO CENA FUERA DE CASA.»

El otro representaba la órbita lunar y los siete pla- 4
netas. Unas bolitas de distintos colores marcaban los días fastos y los nefastos.

Satisfechos de saborear esas delicias, nos disponía- 5
mos a entrar ya en el comedor, cuando un jovencito esclavo, que tenía asignado ese oficio, nos sorprendió con esta exclamación: «¡Con el pie derecho!» Realmen- 6
te nos causó cierta sensación el temor de que alguno de nosotros pudiera infringir la regla protocolaria al cruzar el umbral. Ahora, al echar adelante, todos a una, 7
el pie derecho, un esclavo desnudo se arrojó a nuestras plantas y se puso a suplicarnos que lo libráramos

---

11 Los séviros de Augusto formaban, como su nombre indica, un colegio de seis miembros cuya misión era organizar el culto del emperador en las colonias italianas. Era un cargo modesto, desempeñado generalmente por libertos.

del castigo: al parecer no era grave la falta que lo
8 ponía en peligro; se había dejado robar en el balnea-
rio la ropa del tesorero, lo que suponía apenas unos
9 diez sestercios. Echamos, pues, atrás nuestro pie de-
recho, y presentándonos al tesorero, que estaba enton-
ces contando las piezas de oro, le rogamos que per-
10 donara al esclavo. Muy orgulloso, levantó la mirada y
nos dijo: «No me importa tanto la pérdida como el
11 descuido de esa nulidad de esclavo. Me perdió mi ropa
de mesa, que me había regalado un cliente para mi
cumpleaños; desde luego era púrpura de Tiro, pero
ya había sufrido una lavada. En fin, ¿qué le vamos a
hacer? Lo dejo en vuestras manos.»

31. Nos sentíamos muy obligados por tan insigne
favor, cuando, al entrar en el comedor, nos salió al
paso aquel mismo esclavo por quien habíamos interce-
dido, y con gran asombro por nuestra parte nos plantó
toda una profusión de besos a la vez que nos daba las
2 gracias por nuestra amable bondad: «Por lo demás,
vais a saber ahora mismo —dice— a quién habéis hecho
el favor. El vino del dueño es el agradecimiento del es-
canciador.»

....

3 Por fin nos instalamos en la mesa. Unos esclavos de
Alejandría nos echaron agua de nieve para lavarnos las
manos; les siguieron otros por el lado de los pies y
4 nos quitaron los padrastos con destreza sin igual. Y ni
aun en tan desagradable menester se quedaban calla-
5 dos, sino que realizaban su tarea canturreando. Yo quise
averiguar si toda la servidumbre se componía de can-
6 tantes, y para ello pedí bebida. Un esclavo muy dispues-
to me atendió con una melodía de la misma aspereza,
y así ocurría cada vez que reclamábamos un servicio

cualquiera. Aquello parecía un coro de pantomimo y no 7
un comedor de una casa particular.

Sacaron unos entremeses de lo más espléndido; 8
pues estaban ya instalados todos los comensales, ex-
cepto el propio Trimalción, a quien, según nueva moda,
se reservaba el lugar preferente. En la bandeja de los 9
entremeses había un asno en bronce de Corinto con
alforjas, las cuales, de un lado, iban llenas de aceitunas
blancas, y del otro, de aceitunas negras. Dos fuentes 10
forman como un tejado sobre el asno; en sus bordes
llevan inscrito el nombre de Trimalción y el peso de
su plata. Dos pasarelas soldadas entre sí tenían encima
unos lirones salpicados con miel y adormidera.

Había también salchichas calientes sobre una pa- 11
rrilla de plata, y, bajo la parrilla, ciruelas de Siria con
gajos de granada.

32. En medio de esta ostentación y a los acordes
de la música nos trajeron ya al propio Trimalción y lo
colocaron sobre unos cojines minúsculos. Su aparición
arrancó una sonrisa de sorpresa. En efecto, de un manto 2
escarlata salía su cabeza rapada, y alrededor del cuello,
ya recargado con los pliegues de su ropa, había añadido
una servilleta con una amplia franja roja y volantes
colgando por todas partes. Llevaba en el dedo meñique 3
de la mano izquierda un gran anillo ligeramente do-
rado [12], y en la última falange del dedo siguiente una
sortija de oro —a mi parecer— auténtico, pero con
unas inscrustaciones de hierro, como si fueran estre-
llas. Y para no lucir sólo esas riquezas, descubrió su 4

12 Legalmente, sólo los ciudadanos del orden ecuestre podían llevar anillo de oro; a Trimalción le corresponde, pues, llevarlo de hierro; procura satisfacer su vanidad con un anillo dorado y otro de oro auténtico, pero recubierto de incrustaciones de hierro formando estrellas.

brazo derecho con un brazalete de oro y una placa de esmalte engarzada en un aro de marfil.

33. Luego, cuando se hubo mondado los dientes con un hilillo de plata, dijo: «Amigos míos: por mi gusto aún no hubiera venido al comedor, pero por no retrasarme demasiado y haceros esperar más, he sacrificado toda complacencia conmigo mismo. No obstante,
2 vais a permitirme terminar mi partida.» Tras él llegaba un esclavo con un tablero de terebinto y unos dados de cristal. Observé un detalle que es ya el colmo del refinamiento: en lugar de piedrecitas blancas y negras
3 como peones, usaba denarios de oro y plata. Y mientras él, continuando la partida, agotaba el léxico de todos los tejedores y nosotros saboreábamos todavía los entremeses, he aquí que nos traen un azafate donde había una gallina de madera, con las alas desplegadas en círculo, en la postura que suelen adoptar para in-
4 cubar sus huevos. Se acercaron en seguida dos esclavos y, a los agudos acentos de una melodía, empezaron a escarbar en la paja, de donde sacaron huevos de pavo
5 y los repartieron a los convidados. Trimalción se volvió ante este cuadro, diciendo: «Amigos míos: son huevos de pavo que yo mandé echar a una clueca. Y, por Hércules, me temo que estén ya empollados. Probemos,
6 no obstante, a ver si aún se pueden tomar.» Nos pasan unas cucharas que no pesaban menos de media libra cada una, y rompemos los huevos, que resultaron ser
7 obra de pastelería. Yo estuve a punto de tirar mi ra-
8 ción, pues me parecía ver ya formado el pollito. Pero oí a un veterano comensal de la casa comentar: «Aquí dentro ha de haber algún bocado exquisito.» Seguí, pues, ya a mano, quitando cáscara y me encontré con un papafigo rebozado con yema de huevo y pimienta.

34. Ya Trimalción, después de dejar el juego, se había hecho servir de todo y, con su voz sonora, nos

había autorizado a repetir, si alguien quería más vino con miel, cuando de pronto la orquesta da la señal y desaparecen los entremeses en manos de un coro de
cantores. En el bullicio, un plato de postre se le fue 2
accidentalmente de la mano a un esclavo, que intentó recogerlo del suelo. Trimalción, que se dio cuenta de ello, mandó abofetear al esclavo y tirar otra vez aquel
plato. Apareció en seguida el encargado de la limpieza 3
y se puso a barrer la plata con los demás desperdicios.
Inmediatamente después entraron dos etíopes, de larga 4
cabellera, con unos pequeños odres, como los que sirven para regar la arena del anfiteatro: nos echaron vino en las manos, pues allí nadie ofrecía agua.

Se felicitó al dueño de la casa por esas finuras: 5
«Marte —dice Trimalción— ama la igualdad. Por eso he mandado que a cada uno se asignara una mesa. De paso, esos esclavos tan malolientes, al estar menos hacinados, nos darán menos calor.»

Acto seguido se trajeron unas ánforas de vidrio cui- 6
dadosamente selladas y en cuyo cuello había un rótulo con esta inscripción: «FALERNO OPIMIO, CENTENARIO»[13].
Mientras leemos los letreros, Trimalción, dando unas 7
palmadas, dice: «¡Ay! El vino vive bastante más que la pobre criatura humana. Bebamos, pues. El vino es vida. Y lo que os sirvo es auténtico Opimio. Ayer no saqué un vino tan selecto, y eso que mis invitados eran
de bastante más categoría.» Mientras bebíamos, pues, 8

13 El vino de Falerno, en Campania, era uno de los más apreciados de Italia en la Antigüedad. La cosecha de Falerno en el consulado de Opimio (121 a. J. C.) fue célebre; según Plinio (*Historia Natural*, XIV, 3), aún se bebía (?) en el siglo I. Si se tomara la etiqueta de Trimalción como documento histórico, la composición del *Satiricón* se situaría en el 21 a. J. C., fecha que nadie ha tomado nunca al pie de la letra ni puede tomarse, por múltiples razones. Trimalción ha puesto caprichosamente a su vino la etiqueta de «Falerno Opimio Centenario» para proclamar su excelencia, pero sin preocupaciones cronológicas exactas.

y nos extasiábamos ante tales magnificencias, un es-
clavo trajo un esqueleto de plata [14], tan bien armado,
que sus articulaciones y vértebras móviles podían girar
9 en cualquier dirección. Después de dejar caer este es-
queleto varias veces sobre la mesa y hacerle tomar
varias actitudes gracias a sus articulaciones movibles,
Trimalción añadió:

10 «*¡Ay! ¡Pobres de nosotros! ¡Qué poquita cosa es
el hombre! ¡He aquí en qué pararemos todos nosotros
cuando el Orco se nos lleve! ¡A vivir, pues, mientras
tengamos salud!*»

35. A la oración fúnebre siguió una bandeja cuyo
tamaño no respondía a nuestra expectación; su origi-
2 nalidad atrajo, no obstante, todas las miradas. Era una
bandeja circular y tenía representados a su alrededor
los doce signos del zodíaco; sobre cada uno de ellos,
el artista había colocado el especial y adecuado manjar:
3 sobre Aries, garbanzos, cuya forma recuerda la testuz
del borrego; sobre Tauro, carne de ternera; sobre Gé-
mini, testículos y riñones; sobre Cáncer, una diadema;
4 sobre el León, un higo chumbo; sobre Virgo, la ubre
de una cerda que no había críado; sobre la Libra, una
balanza que de un lado tenía una torta y del otro una
tarta; sobre Escorpión, un pescadito de mar; sobre Sa-
gitario, una liebre, sobre Capricornio, una langosta;
sobre Acuario, una oca; sobre Piscis, dos barbos.

---

14 Trimalción sigue aquí una costumbre egipcia adoptada sucesivamente por griegos y romanos: «Entre los egipcios, por lo menos en los banquetes de los ricos, al terminar la comida, un hombre da la vuelta con una figurita de madera en ataúd, pintada y esculpida con mucho realismo...; muestra esta figura a cada uno de los comensales, diciéndoles: 'Mira a éste, luego bebe y diviértete; tal has de verte tú después de muerto'» (Heródoto, II, 78).

En el centro, un terrón, arrancado con su césped, 5
sostenía un panal de miel. Un esclavo egipcio pasaba 6
alrededor ofreciendo el pan en una olla-horno de plata...
...Y el propio Trimalción, con su voz espantosa, se
puso a chirriar una canción del mimo de Laserpicio.
Al vernos poner mala cara ante aquellos manjares tan 7
vulgares, nos dice: «Os doy un consejo: comamos. Es la
ley del banquete.»

36. Después de estas palabras de Trimalción, acu-
dieron al son de la música cuatro servidores danzando
y retiraron la parte superior de la bandeja. Al quitarla, 2
vemos debajo —es decir, en una segunda bandeja—
jugosos pollos, ubres [15], y en el centro una liebre a la
que se habían aplicado unas alas, con lo que recordaba
a Pégaso. También observamos junto a cada uno de 3
los cuatro ángulos un Marsias con un pequeño odre
de donde una salsa cargada de pimienta caía sobre el
pescado, que ahora nadaba como en un nuevo criadero.
Estalla un aplauso general, iniciado por la servidumbre 4
de la casa, y, con la sonrisa en los labios, atacamos
aquellos manjares selectos. Trimalción, no menos satis- 5
fecho de un éxito como aquél, «Trincha», dice. Al punto 6
se adelantó el trinchante y, adaptando sus movimientos
al compás de la música, fue troceando la vitualla con
el estilo de un conductor luchando en su carro a los
acordes del órgano. Entretanto, Trimalción no cesaba 7
de repetir con el más insistente tono de voz: «Trincha,
trincha.»

Yo sospechaba alguna alusión humorística en esa
palabra tantas veces repetida; me permití interrogar
en ese sentido al comensal que tenía a mi derecha y

---

15 Manjar muy apreciado en la Antigüedad, como se ve por varias referencias literarias (por ejemplo, en Marcial, *Epigramas*, XIII, 44).

que había asistido con frecuencia a fiestas como ésta:
8 «¿Ves —me dice— al que está trinchando las vituallas?
Se llama Trincha. Así, pues, cada vez que Trimalción
dice 'trincha', llama y da órdenes con una sola palabra.»

37. Ya no pude tomar un bocado más, sino que,
volviéndome hacia aquel hombre para conocer todos
los detalles posibles, extendí ampliamente mi interroga-
torio, empezando por preguntar quién era aquella mujer
2 que iba y venía por todas partes. «Es —me dice— la
mujer de Trimalción, se llama Fortunata [16] y cuenta su
3 dinero midiéndolo a celemines. Y hace poco, muy poco,
¿quién era? ¡Perdóneme tu Genio tutelar! No hubieras
4 aceptado de su mano un pedazo de pan. Y ahora, sin
saber cómo ni por qué, se ha visto transportada al cielo
5 y es el brazo derecho de Trimalción. En una palabra,
si en pleno mediodía ella le dijera que es de noche, él
6 quedaría convencido de ello. Él, personalmente, no sabe
lo que tiene, por ser tan acaudalado. Pero esa alimaña
7 está en todo, hasta en lo que menos te figuras. Es abs-
temia, sobria y persona de buen consejo: ya lo ves, es
oro puro, por ese lado. Pero por otra parte es una mala
8 lengua, una urraca entre surco y surco. Cuando ama,
sabe amar; pero cuando no ama, no ama. En cuanto a
Trimalción, tiene posesiones cuya extensión sólo está
al alcance del vuelo del gavilán, y, además, dinero y más
9 dinero. En la celda de su portero hay acumulada más
plata que la equivalente a cualquier otro patrimonio
10 en su totalidad. En cuanto a sus esclavos, ¡huy, huy,
huy!, no creo que ni el diez por ciento conozcan a su
11 amo. Y, para abreviar, a él no le importaría enterrar
bajo una mata de ruda a cualquiera de esos infelices.

38. »Y no vayas a pensar que Trimalción compre
nada. Todo se produce en su casa: lana, limones, pi-

16 Es decir, «Afortunada».

mienta; si pidieras leche de gallina, aparecería allí [17].
En pocas palabras: la lana que allí se producía era 2
de escasa calidad: Trimalción compró carneros de Ta-
rento para renovar su ganado. Para producir en casa 3
miel ática, mandó importar abejas de Atenas; de paso,
las abejas del país mejorarán de clase por virtud de
las de Grecia. Y he aquí que estos días ha escrito a la 4
India solicitando semillas de setas. No tiene ninguna
mula que no sea hija de un onagro. ¿Ves todos esos 5
cojines? No hay ninguno que no contenga lana de color
púrpura o escarlata. Hasta ahí llega la felicidad de ese
corazón.

»Y no se te ocurra menospreciar a los libertos com- 6
pañeros suyos. Tienen las espaldas bien guardadas.
¿Ves al último del último banco? Hoy tiene sus ocho- 7
cientos mil sestercios. Partió de la nada. Hace poco
acarreaba al hombro fajos de leña. Pero, según dicen 8
(yo no sé nada, pero lo he oído), se pudo hacer con el
gorro de un íncubo y encontró así un tesoro. Yo no 9
tengo envidia a nadie cuando un dios le hace un regalo.

»Aún le duele la bofetada de la liberación [18] y ya
sueña con la buena vida. Por lo cual acaba de publicar 10
el siguiente anuncio: 'Gayo Pompeyo Diógenes alquila
su buhardilla a partir de las kalendas de Julio porque
él se ha comprado una casa'. ¿Y el que ahora vegeta 11
en el puesto que dejó vacante el liberto? ¡Qué buena
vida se ha llevado! No se lo echo en cara. Vio en sus 12
manos un millón de sestercios, pero tuvo la desgracia
de arruinarse. Creo que tiene hipotecado hasta el último
cabello; y, por Hércules, no fue suya la culpa, pues
nadie le aventaja en bondad; la culpa es de los malditos
libertos que le arramblaron con todo. Enteraos bien: 13

17 Proverbio que aún pervive en italiano para aludir a un imposible: «Vi troveresti il latte di gallina, se tu il volessi.»

18 Alusión a la leve bofetada que el señor daba a su esclavo al concederle la libertad.

la olla de los amigos hace malo el cocido[19], y en cuanto
14 las cosas se tuercen, ¡adiós amigos! ¡Y qué bonito ne-
gocio el suyo, así como lo ves! Fue empresario de pom-
15 pas fúnebres. Su mesa, a diario, era como la de un rey:
jabalíes de rizada pelambre, pastelería, aves, cocineros,
panaderos. Se tiraba al suelo más vino en su mesa que
el que se guarda en otra bodega cualquiera. ¡Un sueño,
16 más que humana realidad! Al ir a menos su situación,
y por temor a que sus acreedores lo creyeran tamba-
learse, proclamó una subasta con el siguiente anuncio:
'Gayo Julio Próculo subastará lo que sobra en su casa'.»

39. Trimalción interrumpió tan amenas noticias;
pues ya se había retirado el primer servicio y los ale-
gres comensales se dedicaban otra vez a beber y a char-
2 lar ruidosamente. El anfitrión, pues, reclinado sobre
el codo, «Es preciso —dice— que vosotros mismos ani-
méis vuestro vino; es preciso que los peces puedan
3 nadar. Por favor, ¿os creéis que voy a contentarme con
la cena presentada en el azafate?

»'*¿Es eso conocer a Ulises?*'

»Pues, ¿qué? Aun comiendo, hay que saber litera-
4 tura. Descansen en paz los huesos de mi patrono por
haber tenido a bien hacer de mí un hombre de sociedad.
A mí no se me puede presentar ninguna novedad, como
lo ha demostrado ese plato.

5 »Ese cielo que veis, donde tienen su mansión los
doce dioses, se transforma sucesivamente en otras tan-
tas figuras. Primero se convierte en Aries. Y así, todo
aquel que nace bajo ese signo tiene muchos rebaños,
mucha lana; tiene además la cabeza dura, una frente
sin pudor y la córnea ocular muy aguda. Bajo este

[19] Adaptación de un proverbio griego similar.

signo nacen la mayoría de los pedantes y peleones.»
Nosotros aplaudimos la gracia del astrólogo, y él prosi- 6
gue: «Luego el cielo entero se vuelve Toro. Y por eso
nacen entonces los rebeldes, los boyeros y los que saben
buscarse el pasto por sí mismos. En Gémini nacen 7
las carrozas de dos caballos, los toros, la virtud fecun-
dante y los que comen a dos carrillos. Bajo el signo de 8
Cáncer he nacido yo: por eso ando sobre tantas piernas
y tengo tantos bienes en tierra y mar, pues al cangrejo
le va tan bien un elemento como el otro. Y por eso,
desde hace tiempo, no pongo nada por encima de esa
constelación: para no eclipsar mi propia estrella. Bajo
el signo del León nacen los zampones y los mandones.
Virgo es el signo de las mujeres, de los esclavos fugi- 9
tivos y de los que arrastran grilletes. La Balanza, el 10
de los carniceros, de los perfumistas y de cuantos
venden a peso. El Escorpión, el de los envenenadores 11
y asesinos. Sagitario, el de los bizcos, que echan el
ojo a las legumbres pero cogen el tocino. Capricornio, 12
el de los desgraciados, a quienes les salen cuernos de
tanto sufrir. Acuario, el de los cantineros y los alcor-
noques. Piscis, el de los cocineros y retóricos[20]. Así va 13
girando el mundo, como la rueda de un molino, y a
cada instante trae algún daño al hombre, tanto si nace
como si muere. ¿Qué significan la mata de césped que 14
veis en el centro y el panal de miel que hay encima?
Yo no hago nada sin intención. La tierra, nuestra madre, 15
está en el centro: es redonda como un huevo y encierra
en su seno toda clase de bienes, como un panal de miel.»

40. «¡Estupendo!», fue nuestra exclamación uná-
nime; y, levantando los brazos al cielo raso de la es-

[20] Una vez más (cf. *supra*, 1-5) se compara la Retórica al arte culinario: tanto el cocinero como el retórico han de halagar el gusto del cliente para conquistarlo.

tancia, juramos que no admite comparación con Hiparco y Arato[21]; en esto se presentan unos servidores y extienden sobre los lechos unas colchas en cuyos bordados se veían redes, cazadores al acecho con sus ve-
2 nablos y todo un equipo de caza. No sabíamos todavía ni por sospecha a qué venía todo aquello, cuando fuera del comedor surge un inmenso clamor y he aquí que una jauría de perros de Laconia entran corriendo al-
3 rededor de la mesa. Tras ellos llega un aparador en el que iba un jabalí de tamaño poco común, además con un gorro de liberto en la cabeza; de sus defensas colgaban dos cestas de hoja de palmera, una llena de dátiles de Caria y la otra de dátiles de la Tebaida.
4 Alrededor del animal y hechos de pasta dura se agrupaban pequeños lechoncitos, como colgados de la ubre: daban a entender que lo que iba allí era un jabalí-hembra. Las crías se repartieron entre los invitados para que se las llevaran a casa.

5 Ahora bien, para trinchar el jabalí no se presentó el conocido «Trincha»[22] que había hecho las porciones al servir las aves de corral; acudió un barbudo gigante, con las piernas fajadas y una cazadora jaspeada. Echó mano a su puñal de caza y descargó un fuerte golpe al costado del jabalí: por el boquete de la herida
6 salieron volando unos tordos. Ya estaban a punto unos pajareros con sus cañas de liga, y en un instante se hicieron con las avecillas que revoloteaban por el come-
7 dor. Cuando se hubo entregado a cada invitado su pajarito, Trimalción añadió: «Ya veis qué bellotas tan
8 finas ha comido ese cerdo montés.» Acto seguido se acercaron unos esclavos a las cestas que colgaban de las defensas del animal y distribuyeron a partes iguales

21 Arato fue el poeta y gran astrónomo que escribió los *Fenómenos*, verdadero manual de la Astronomía antigua. Hiparco (160-125 a. J. C.) fue un comentarista de Arato.

22 Cfr. *supra*, capítulo 36.

entre los asistentes a la cena tanto los dátiles de la Tebaida como los de Caria.

41. Entretanto, yo, acurrucado en mi rincón, daba vueltas y más vueltas en mi pensamiento tras el posible significado del jabalí servido con su gorro de liberto.
Después de agotar todas las más disparatadas conje- 2
turas, me atreví a preguntar a mi amable informador sobre la cuestión que me atormentaba. Contestación: 3
«Eso te lo puede decir muy bien hasta el esclavo que te sirve; no se trata de ningún enigma, sino de una cosa muy sencilla. Este jabalí estaba destinado, como último 4
plato, a la cena de ayer; los invitados lo rechazaron; por eso vuelve hoy a la mesa en calidad de liberto.»
Yo maldije mi estupidez y no volví a preguntar nada 5
más, para que no me tomaran por persona que nunca había asistido a banquetes de postín.

Durante este diálogo, un hermoso esclavo, muy joven, 6
coronado de sarmientos y hiedras, se proclamaba sucesivamente Bromio, Lieo o Euhio[23] mientras daba la vuelta a la mesa con una cestita de uvas e interpretaba con finísima voz unos poemas de su amo. Al oír su ar- 7
monía, Trimalción se volvió y dijo: «Dionisio, sé libre.»[24]

El esclavo quitó el gorro al jabalí y se lo puso él mismo. Entonces, Trimalción añadió: «No me negaréis 8
—dice— que el dios Liber es de mi propiedad.» Aplaudimos la gracia de Trimalción, y a medida que el esclavito va pasando a nuestro alrededor, nosotros lo vamos cubriendo de besos.

Después de este servicio, Trimalción se levantó y se 9
fue al excusado. Viéndonos así liberados de nuestro

23 Los tres nombres significan sucesivamente «Baco Tonante», «Baco Ebrio» y «Baco Inspirado».

24 «Dionisos, sé libre.» Hay en el original un juego de palabras sin traducción posible, ya que *liber* significa a la vez «libre» y, con mayúscula, *Liber*, el dios romano de origen itálico que fue asimilado a *Dionysos-Bacchus*.

déspota, tratamos de animar la conversación entre los
10 invitados. Dama fue el primero en tomar la palabra
después de reclamar una copa de mayor tamaño: «Un
día —dice— no es nada. Mientras das media vuelta se
hace de noche. Por eso, lo mejor es ir directamente
11 de la cama a la mesa. ¡Bonito día de frío hemos tenido!
Apenas me hizo entrar en calor el baño. Desde luego,
12 beber caliente es el mejor abrigo. Yo he bebido a
jarros y estoy borracho perdido. El vino se me ha
subido a la cabeza.»

42. Seleuco interviene en la conversación y dice:
«Yo no me baño a diario, pues el baño consume como
el batán; el agua tiene dientes y nuestro corazón se
2 disuelve un poco cada día bajo sus efectos. En cambio,
cuando me tomo un trago de vino con miel, me río
del frío a mis anchas. Por lo demás, tampoco me fue
3 posible bañarme: hoy tuve que ir a un entierro. Una
excelente persona, el bueno de Crisantemo, ha rendido
el alma. Ayer, todavía ayer, dialogó conmigo. Aún me
4 parece que le estoy hablando. ¡Ay, ay! Andamos por
el mundo como globos hinchados. Somos menos que
las moscas; ellas, al menos, tienen cierto poder; pero
nosotros no somos más que burbujas. Y ¿qué le hubiera
5 pasado si no se hubiera atenido a un régimen? Estuvo
cinco días sin llevar a la boca ni una gota de agua ni
una migaja de pan. Con todo, se ha ido a donde iremos
todos. Son los médicos quienes lo echaron a perder,
o, mejor dicho, fue su fatal destino, pues el médico no
6 es más que un consuelo moral. Lo cierto es que tuvo
buen entierro: le sirvió de féretro el lecho que utilizó
en vida, con sus buenas mantas. Se le lloró muy bien
(había manumitido a cierto número de esclavos), aun-
que su esposa le haya escatimado las lágrimas. ¿Qué
hubiera pasado si él no la hubiera tratado tan bien?
7 Pero la mujer... ¡qué ave de rapiña es la mujer! Nadie

debiera tener condescendencia con una mujer: es como
echar agua al pozo. Pero un viejo amor es como un
cáncer.»

43. Ya se ponía pesado; Filerón lo interrumpió
vivamente: «Volvamos al mundo de los vivos. El di-
funto ya tiene lo que podía esperar: vivió bien, murió
bien. ¿De qué se puede quejar? Salió de la nada y
hubiera estado dispuesto a hozar un estercolero para
recoger de un bocado un cuarto de as. Así ha crecido
como ha crecido: como un panal de miel. Por Hércules, 2
me figuro que habrá dejado sus cien mil sestercios bien
redondos, y todo en moneda contante y sonante. Y para 3
decirlo todo, pues yo me he alimentado con lengua
de perro, era un descarado, una mala lengua, la Dis-
cordia en carne y hueso. Su hermano fue todo un carác- 4
ter, amigo para el amigo, daba a manos llenas y tenía
la mesa bien abastecida. En sus principios tuvo que
desplumar aves de mal agüero, pero la primera vendi-
mia le hizo recobrar el aplomo: vendió el vino al precio
que quiso. Y, para acabar de enderezarle la barbilla, le
sobrevino una herencia donde robó bastante más de
lo que correspondía a su lote. Aquel alcornoque que 5
era el otro, por estar reñido con su hermano, legó su
patrimonio a no sé qué engendro de la Tierra[25]. Uno
va lejos cuando huye de los suyos. Consideró como 6
oráculos a sus esclavos y éstos lo echaron a perder.
Nunca se acierta cuando uno se fía demasiado pronto,
y menos que nadie acierta el hombre de negocios. Lo
cierto es que supo aprovecharse de la vida mientras
fue de este mundo... (Lo que cuenta) es que a uno se
le dé, no que se le prometa. Verdadero niño mimado 7
de la Fortuna, en sus manos el plomo se volvía oro.
Ello resulta fácil cuando todo va sobre ruedas. Y

25 Expresión despectiva proverbial para decir «uno cualquie-
ra», «el primero que a uno se le ocurra».

¿cuántos años te crees que se llevó consigo? Setenta
y tantos. Fue resistente como el cuerno; llevaba bien
8 sus años, negrote como un cuervo. Yo conocía a este
hombre desde tiempo inmemorial, y todavía conservaba
su verde vigor. Por Hércules, no dejaba en paz en su
casa ni a la perra. Más todavía: le atraían los man-
cebos; un hombre con todos los refinamientos del gusto.
No se lo echo en cara: he ahí lo único que se llevó
consigo.»

44. Tales fueron las palabras de Filero; y he aquí
ahora las de Ganimedes. «Estáis charlando de lo que
nada importa al cielo ni a la tierra y, entretanto, nadie
se preocupa de lo que escuece la carestía de la vida.
2 Por Hércules, hoy no pude catar un bocado de pan.
Y si esta sequía continúa... Llevamos ya un año de
3 hambre. ¡Malditos ediles, por entenderse con los pana-
deros! «Apóyame y te apoyaré yo a ti.» Y entretanto
el pueblo humilde padece; pues para las mandíbulas
4 de los más ricos siempre es fiesta de Saturno[26]. ¡Oh!
¡Si tuviéramos todavía aquellas fieras que me encontré
yo aquí al principio, a mi llegada de Asia! Aquello era
5 vivir. Si la flor de harina de Sicilia no era de buena
calidad, sacudían leña a todos estos peleles, de tal
6 modo que el propio Júpiter se sentía celoso. Recuerdo
a Safinio; vivía junto al antiguo arco de triunfo, cuando
yo era niño: más que un hombre, era pura pimienta.
7 Calcinaba la tierra bajo sus pisadas; pero era un hom-
bre recto, seguro, amigo de sus amigos; con él podías
jugar con toda confianza a pares y nones en plena os-
8 curidad. En las asambleas edilicias, había que ver cómo
cardaba el pelo a cada concejal. No andaba con rodeos,

[26] Las fiestas de las Saturnales (a partir del 17 de diciembre) eran ocasión, para los romanos, de una semana de diversiones y banquetes.

iba directamente al grano. Cuando tomaba la palabra 9
en el foro, su voz se amplificaba como una trompeta;
nunca se le vio sudar ni escupir. Creo que tenía un
deje asiático. ¡Qué amabilidad la suya! Contestaba al 10
saludo, llamaba a cada cual por su nombre, como uno
cualquiera de nosotros. Pues bien, iban tirados los pre- 11
cios en aquel tiempo. Con un as comprabas un pan que
bastaba y sobraba para dos personas: nuestros panes
de hoy son más menudos que el ojo de un becerro.
¡Ay, ay! ¡Cada día peor! Nuestra colonia va creciendo 12
al revés, como la cola del ternero. Pero todo ello por 13
tener un edil que no vale tres higos, a quien le importa
más un as para su bolsillo que la vida de todos nos-
otros. De ahí la buena vida que se da en casa: recibe
en un día más escudos que otro cualquiera tiene de
patrimonio. Por ejemplo, conozco un caso que le dio
a ganar mil denarios de oro; pero si nosotros tuviéra- 14
mos cojones no saldría tan bien librado. La gente de
hoy es así: leones en privado, gallinas en público.
Por lo que a mí toca, ya me he comido mis harapos; 15
y si continúa esta carestía, tendré que vender mi ba-
rraca. ¿Qué va a pasar si ni los dioses ni los hombres 16
se apiadan de esta colonia? Juro por la vida de mis
hijos que, en mi opinión, todos nuestros males son un
castigo de los dioses. Efectivamente, nadie cree que el 17
cielo es el cielo, nadie guarda el ayuno, Júpiter no im-
porta un bledo a nadie; al contrario, todo el mundo
cierra los ojos y se dedica a contar su dinero. Antaño, 18
las grandes damas vestidas de largo subían descalzas
al Capitolio, con el pelo suelto, con el corazón puro, e
imploraban de Júpiter la lluvia; así empezaba inmedia-
tamente a llover a cántaros (entonces o nunca), y todos
regresaban calados como ratas de agua. Ahora, los
dioses nos han dejado de la mano[27]: porque nosotros
no somos piadosos. Los campos están yermos...»

[27] El texto latino, literalmente, dice: «los dioses tienen los

45. «Por favor —dijo Equión, el trapero—, habla
2 mejor. Unas veces es así y otras asá, como decía el
campesino refiriéndose a un cerdo pinto que había per-
3 dido. Lo que hoy falta llegará mañana: así es la vida.
¡Por Hércules, no hay patria mejor que la nuestra,
si tuviéramos hombres! Pero ahora anda mal, y no es
la nuestra sola. No debemos ser exigentes: en todas
4 partes cuecen habas[28]. Si salieras al extranjero, dirías
que aquí los cerdos se pasean por la calle asados y
todo. Y he aquí que ahora vamos a tener un magnífico
espectáculo de gladiadores: durará tres días; y no
serán gladiadores profesionales, sino libertos en su gran
5 mayoría. Por lo demás, nuestro amigo Tito tiene as-
piraciones de grandeza y es cerebro calenturiento. Será
así o asá, pero algo que ha de valer ciertamente la
6 pena. Pues conozco las intimidades de su casa: no
hace las cosas a medias. Sacará el mejor acero, sin
cuartel posible; el depósito de las víctimas estará en
medio para que todo el anfiteatro pueda verlas. Tiene
con qué pagar. Ha heredado treinta millones de sester-
cios: su padre tuvo la desgracia de morir. Aunque se
gaste cuatrocientos mil sestercios, no se resentirá su
patrimonio, y en cambio su nombre será inolvidable.
7 Ya dispone de cierto número de víctimas para el sacri-
ficio[29], de una mujer que competirá sobre un carro

pies forrados de lana»; lo cual significa que no manifiestan su presencia y asistencia. En Apuleyo veremos a cierto personaje que, para no delatarse, se pone calcetines de lana.

28 El proverbio latino correspondiente dice al pie de la letra: «El centro de la bóveda celeste está en todas partes.»

29 Víctimas propiciatorias» es en el original «Manios». Damos al texto una traducción nueva, siguiendo el artículo de L. Pepe, *Manius e Mania* («Giornale Italiano di Filologia», 1952, págs. 109-118), en el que se nos explica que *Manius* y *Mania* son divinidades del Lacio a las que se ofrecían víctimas humanas, y que por lo tanto el *aliquot Manios* de Petronio quiere decir «algunos hombres destinados a morir como víctimas».

galo y del intendente de Glicón, que fue sorprendido
haciendo el amor a su patrona. Verás la pelea del pú- 8
blico entre celosos y amantes. Glicón, pues, que no vale
un sestercio, condenó el intendente a las fieras. Esto
es ponerse a sí mismo en evidencia. ¿Qué culpa tuvo
el esclavo, que se vio obligado a acceder? Más justo
sería meter en las astas del toro a la pendanga de su
mujer. Pero a falta de asno, se arrea a la albarda.
¿Cómo podía esperar Glicón que la mala hierba de 9
Hermógenes iba a dar un día buen resultado? Su padre
era capaz de cortar las garras a un gavilán en pleno
vuelo: de tal palo, tal astilla[30]. Glicón, Glicón ha reci-
bido su merecido; así, mientras viva, ya quedará igno-
miniosamente marcado y sólo el Orco podrá limpiar
su deshonra. Cada uno carga con las propias culpas.
Pero me huelo que Mamea nos va a dar un banquete, 10
con un par de denarios para mí y para cada uno de
mis hombres. Si lo hace, eclipsará por completo la
popularidad de Norbano. Has de saber que lo derrota-
rá a velas desplegadas. En realidad, ¿hay algo que valga 11
la pena en lo que nos hizo el otro? Nos dio unos gla-
diadores ya decrépitos, que no valían un sestercio.
De un soplo se les echaría a tierra; he visto en mejor
forma a ciertos condenados a las fieras. Ha hecho
morir unos jinetes a la luz de un candelero: parecían
gallinas mojadas: uno era un desecho de burro, otro
tenía las patas vendadas, el tercero estaba tan muerto
como el muerto relevado, con sus tendones seccionados.
El único de cierto aliento fue un tracio; y aun éste 12
cumplió sin originalidad en la pelea. En resumen:
todos acabaron degollados; tal fue la insistente peti-
ción del gran público: '¡Duro con ellos!' Sólo tenían
piernas para escapar corriendo. 'Lo cierto es (me dirá 13

30 El proverbio latino dice: «Una culebra no engendra una cuerda.»

Norbano) que te di un espectáculo.' Y yo te correspondo con aplausos. Haz el cómputo: es más lo que te doy que lo que recibo. Una mano lava a la otra.»[31]

46. Me figuro, Agamenón, que te estoy oyendo de-
cir: «¿Qué es lo que nos cuenta este pesado?» La culpa
es tuya, pues tú, que sabes hablar, no hablas. No eres
de nuestra peña y por eso te ríes de lo que dicen estos
pobres hombres. Sabemos que estás muy engreído de
2 tu cultura. Pero ¿qué? Algún buen día te convenceré
para que te acerques a la finca y visites nuestras ba-
rracas. Encontraremos qué comer: un pollo, huevos;
lo pasaremos bien, aunque este año el mal tiempo lo
ha estropeado todo en mayor o menor grado. Como
quiera que sea, no faltarán comestibles para atracar-
3 nos. Además, allí se cría un chiquillo (la niña de mis
ojos) que ha de ser tu discípulo. Ya sabe las cuatro
reglas[32]; si vive, tendrás a tu lado un esclavo fiel.
Pues en cuanto dispone de un momento libre, no le-
vanta la cabeza de su mesa de trabajo. Es inteligente y
de buena pasta, aunque tiene debilidad por los pajari-
4 tos. Ya le maté tres jilgueros y le dije que se los había
comido la comadreja. Ha encontrado, no obstante, otros
entretenimientos y, sobre todo, le gusta la pintura.
5 Por otra parte, ya le pega bien al griego y ahora no le
hinca mal el diente al latín, aunque su maestro sea un
pedante y no sepa atenerse a su oficio. Viene cuando
6 le parece; es culto, pero no quiere trabajar. Hay otro
profesor menos preparado, pero muy concienzudo, y que
enseña más de lo que sabe. Tanto es así que hasta los
días festivos suele venir a casa, y por poco que le des,
7 se queda satisfecho. Ahora he comprado, pues, al chi-

[31] Proverbio equivalente a «estamos en paz».
[32] No sabemos a qué cuatro reglas concretas se alude aquí: ¿a las cuatro reglas aritméticas?, ¿a reglas de retórica?

quillo unos libros de leyes, y quiero inculcarle cierta
afición al Derecho con miras a la administración de la
casa. Con ello se asegura el pan. Pues su barniz de
literatura es ya más que suficiente. Y si se le ocurriera
rechistar, ya lo tengo decidido: le enseñaría un oficio
(barbero, pregonero o, por lo menos, abogado[33]), algo
que sólo el Orco pueda quitarle de las manos. Por eso 8
le estoy chillando a diario: 'Primigenio, hazme caso;
lo que aprendes, para ti lo aprendes. Mira al abogado
Filerón: si no hubiera estudiado, hoy no podría espan-
tar el hambre de sus labios. Hace todavía poco tiempo,
muy poco, andaba por ahí, con fardos a cuestas, como
vendedor ambulante; ahora se las mide hasta con
Norbano. La cultura es un tesoro, y un talento nunca
se muere de hambre'.»

47. Aún seguía este intercambio de impresiones,
cuando apareció Trimalción. Se secó la frente y se
lavó las manos con perfume. Tras una brevísima pausa,
dice: «Perdonadme, amigos; hace ya muchos días que 2
no me responde el vientre. Y los médicos no se entien-
den. No obstante, me ha sentado bien una infusión de
cortezas de granada con un poco de pinocha en vinagre.
Ahora espero que mi vientre vuelva a entrar en la 3
norma de siempre. De lo contrario, siento unas re-
sonancias por el estómago, como si se tratara de un
toro. Por consiguiente, si alguno de vosotros tiene que 4
hacer una necesidad, no debe apurarse. Ninguno de
nosotros nace sin válvula de escape. Yo creo que no
hay mayor tormento que aguantarse. Es lo único, por
cierto, que ni Júpiter puede prohibir. ¿Te ríes, Fortu- 5
nata, porque de noche no sueles dejarme dormir? Tam-

[33] Varios testimonios literarios antiguos citan los oficios de barbero y pregonero como más lucrativos que las carreras liberales.

poco me parece mal que la gente se desahogue en la
mesa; por su parte, los médicos no aconsejan con-
tenerse. Si alguien tiene ganas de cosas mayores, todo
está a punto en el exterior: agua, bacín y demás me-
6 nudencias. Creedme: si los gases os suben a la cabeza,
producen flatos en todo el organismo. Sé de muchos
que se han muerto por ese motivo, aunque ellos no
hayan querido reconocer su verdadero mal.»
7 Nosotros agradecemos su generosidad e indulgen-
cia, y acto seguido ahogamos nuestra risa con un tra-
8 guito tras otro. Lo que aún ignorábamos era que nos
hallábamos tan sólo a medio camino en aquella ascen-
sión al monte de las delicias, como suele decirse. Efec-
tivamente, tras limpiar las mesas al son de la orquesta,
trajeron al comedor tres cerdos blancos, provistos de
bozales y cascabeles; según decía el encargado del pro-
tocolo, uno de los cerdos tenía dos años, otro tres y
9 el tercero ya tenía seis. Yo me figuraba que habían
entrado unos acróbatas y que los cerdos, como pasa
10 en los circos, servirían para alguna exhibición. Pero
Trimalción disipó de pronto nuestra sospecha: «¿Cuál
de estos cerdos queréis que se prepare al instante para
la cena? Un pollo, una carne guisada y otras bobadas
por el estilo son platos que prepara un campesino cual-
quiera; mis cocineros suelen poner a cocer en su ca-
11 cerola hasta terneros enteros.» Acto seguido manda
llamar a su cocinero y, sin esperar a que eligiéramos,
manda matar al cerdo más viejo. Luego, elevando el
12 tono, añade: «¿De qué brigada eres?» El cocinero res-
ponde: «De la brigada número cuarenta.» «¿Adquirido
por compra —pregunta Trimalción—, o nacido ya en
casa?» «Ni una cosa ni otra —replica el cocinero—;
procedo de la herencia que te legó Pansa en su testa-
13 mento.» «Estáte alerta, a ver si nos sirves bien —dice
Trimalción—; de lo contrario te mandaré echar a la

brigada de los peatones.» Y el cocinero, advertido del poderío del señor, se fue a la cocina con las provisiones.

48. Trimalción, recobrando la calma, volvió hacia
nosotros la mirada y dijo: «Si no os gusta el vino, lo
mandaré cambiar; os toca a vosotros darlo por bueno.
Gracias a los dioses, yo no lo compro; como todo lo 2
que entra en la boca, es producto de una finca mía,
que yo todavía no conozco. Dicen que linda con mis
propiedades de Terracina y Tarento[34]. Ahora quiero 3
englobar a Sicilia en mis posesiones, de manera que
si me apeteciera ir un día a África, pueda hacerlo na-
vegando dentro de mis dominios. Pero habla ahora tú, 4
Agamenón: ¿Qué causa has defendido hoy? Yo, aun-
que no sé defender un pleito, sí sé mucho de adminis-
tración doméstica. Y no creas que me aburre el es-
tudio: tengo tres bibliotecas, una de ellas griega y otra
latina. Ten, pues, la amabilidad de decirme el tema
de tu declamación.» Agamenón empezó: «Estaban re- 5
ñidos un pobre y un rico...» «¿Qué es un pobre?», re- 6
plica Trimalción. «¡Finísimo!», dice Agamenón; y des-
arrolló no sé qué controversia. De pronto toma la
palabra Trimalción: «Si el hecho es real, no hay con-
troversia; si el hecho no es real, se queda en nada.»
Nosotros acogíamos estas y otras intervenciones suyas 7
con los más efusivos aplausos. «Por favor, Agamenón,
mi mejor amigo, ¿recuerdas los doce trabajos de Hér-
cules, o la leyenda de Ulises y el episodio del Cíclope
retorciéndole el dedo pulgar con una pinza? Cuando
yo era niño, me gustaba leer todo eso en Homero.
En cuanto a la Sibila de Cumas, la he visto con mis 8
propios ojos colgada en una botella, y cuando los niños
le preguntaban: 'Sibila, ¿qué quieres?', ella les contes-
taba: '¡Quiero morir!'»

34 Trimalción da muestra de ridícula pedantería citando dos ciudades tan alejadas geográficamente.

49. Aún no se había explayado del todo, y ya estaba
2 sobre la mesa la fuente con el enorme cerdo. Nuestra
primera impresión fue de asombro ante la presteza;
juramos que en tan poco tiempo no hubiera sido posible
3 guisar ni un vulgar pollo; subió de punto el asombro
al observar que el cerdo parecía todavía mucho mayor
que el bicho presentado un momento antes. Luego,
Trimalción, fijándose cada vez más en el animal:
4 «¿Cómo? ¿Cómo? —dice—. A este cerdo no le han sa-
cado las tripas! No es posible, por Hércules. Llamad-
5 me, llamadme aquí al cocinero.» El pobre cocinero se
acercó a la mesa y dijo que se había olvidado de hacer-
lo. «¿Cómo, olvidado? —exclama Trimalción—, como
quien se olvida de echar pimienta y cominos. Desnudad-
6 lo.» Sin demora desnudan al cocinero; éste se halla
de pie, desazonado, entre dos verdugos. Todo el mundo
empezó a interceder diciendo: «Son cosas que pasan;
por favor, déjalo; si vuelve a hacerlo, ninguno de nos-
7 otros intervendrá de nuevo por él.» Por mi parte, yo,
con la más implacable crueldad, no pude contenerme;
inclinándome al oído de Agamenón, le digo: «Verda-
deramente ese esclavo debe ser la mayor nulidad: ¿es
posible olvidarse de vaciar un cerdo? Yo, ciertamente,
no se lo perdonaría ni aun cuando el descuido fuera
8 guisando un pececillo.» Trimalción no fue tan cruel y,
recobrando un aire de satisfacción, añadió: «Pues bien,
ya que tienes tan poca memoria, vacíalo ahora en nues-
9 tra presencia.» El cocinero vuelve a ponerse su túnica,
echa mano al cuchillo, corta por un lado y por otro con
10 tacto prudente la panza del cerdo. De pronto, por las
heridas que se agrandan y ceden bajo el peso, salta
una oleada de salchichas y butifarras.

50. Toda la servidumbre aplaudió la exhibición y
lanzó un unánime «Viva Gayo»[35]. El cocinero, además

[35] Gayo es el *praenomen* de Trimalción; cfr. los letreros del capítulo 30 y el epitafio del capítulo 71.

de recibir una corona de plata como premio, fue invi-
tado a beber una copa, que se le sirvió en una bandeja
de Corinto. Como Agamenón examinaba de cerca el 2
objeto, Trimalción dijo: «Soy el único que tiene au-
ténticos corintios.» Yo esperaba, dado su conocido des- 3
parpajo, oírle decir que se hacía traer de Corinto la
vajilla. Pero aún fue mejor su salida: «Tal vez —dijo—, 4
te preguntas por qué he de ser el único que tenga au-
ténticos corintios. Muy sencillo: porque el fabricante
a quien compro se llama Corinto. Ahora bien, ¿dónde
está lo corintio si uno no dispone de Corinto como
abastecedor? Y no me toméis por un mentecato: co- 5
nozco muy bien el origen de los bronces de Corinto.
Después de la caída de Troya[36], Aníbal, hombre astuto
y muy zorro, amontonó sobre una pira todas las esta-
tuas de bronce, oro y plata, y les prendió fuego. Todos
los metales así mezclados formaron el bronce. Los ar- 6
tesanos fueron cogiendo de esta masa para fabricar
platos, fuentes y estatuillas. Así surgieron los bronces
corintios: un conglomerado de toda clase de cosas, ni
fu ni fa. Perdonad lo que voy a deciros: por mi parte 7
prefiero el cristal; al menos no huele mal. Y si no fuera
por su fragilidad, lo preferiría incluso al oro. Pero,
hoy por hoy, no tiene valor.

51. Hubo sin embargo un artesano que fabricó una
botella de vidrio irrompible. Fue presentado al César 2
con su obsequio, luego hizo que el César le devolviera
su botella y la tiró contra el pavimento. El César se 3

[36] Otro ejemplo de la falsa erudición de Trimalción: confunde, a siete siglos de distancia, la conquista de Troya con la de Corinto (acaecida ésta en el 146 a. J. C.) y a Aníbal con Mummio. La tradición atribuye en efecto al incendio que siguió a la conquista de Corinto por Mummio la invención fortuita de la aleación que dio lugar a los famosos bronces que después llevaron el nombre de esta ciudad.

llevó el mayor susto de su vida. Pero el artesano re-
cogió del suelo la botella: estaba abollada como si
4 fuera una vasija de bronce. A continuación sacó de su
cinturón un martillo y devolvió tranquilamente a la
5 botella su debida forma. Con este invento creía dis-
poner de la varita mágica de Júpiter, y más cuando el
César le hubo preguntado: «¿Conoce alguien más este
6 tratamiento del vidrio? Piénsalo bien.» Oída su res-
puesta negativa, el César mandó cortarle el cuello:
pues si su secreto se divulgara, haríamos tan poco caso
del oro como ahora del cieno.

52. »Siento verdadera pasión por la plata. Andan
por el centenar las copas que tengo de ese metal con
una urna de cabida...

»En ellas se ve cómo Casandra mató a sus hijos;
los tiernos cadáveres yacen por el suelo como palpi-
2 tantes todavía de vida. Tengo un jarro con asas que me
dejó uno de mis patronos; en él aparece Dédalo en-
3 cerrando a Níobe en el caballo de Troya. En unas copas
tengo grabados los combates entre Hermerote y Pe-
traites[37]. Todo ello en plata maciza. Mi conocimiento en
esas materias no lo vendería por toda la plata del
mundo».

4 Mientras daba esas explicaciones, un joven esclavo
dejó caer un vaso. Volviéndose a él, Trimalción dice:
«Venga, en seguida, castígate tú mismo por ser tan
atolondrado.» Al instante el esclavo, con los labios
5 caídos, pide perdón. «¿A qué vienen esos ruegos? —le
dice Trimalción—. ¡Como si yo te hiciera algún daño!
Tan sólo te doy un consejo: que procures mejorarte
6 y seas menos atolondrado.» Por último, cediendo a

[37] Trimalción quiere sin duda referirse a los combates de Héctor y Patroclo, con un lapsus demasiado fuerte: Héctor-Hermerote y Patroclo-Petraites (!).

nuestras instancias, hizo gracia al esclavo, que, al verse
perdonado, echó a correr alrededor de la mesa... gri-
tando: «¡Fuera el agua, venga vino!» 7

Todos aplaudimos la graciosa ocurrencia, pero des-
taca sobre todo el entusiasmo de Agamenón, pues sabía
cómo se hacían méritos para una nueva invitación.
Trimalción, así halagado, bebe muy complacido y, ya 8
casi borracho, dice: «¿Ninguno de vosotros invita a
bailar a mi querida Fortunata? Creedme: nadie dirige
el cordax[38] mejor que ella.»

Y él mismo, levantando los brazos sobre la frente, 9
imitaba al actor Siros, mientras la servidumbre en pleno
cantaba a coro: «¡Madeia, perimadeia!» Hubiera sal-
tado al centro de la sala si Fortunata no le hubiera su-
surrado algo al oído; probablemente le diría que su 10
dignidad estaba reñida con una actuación tan plebeya.
Nada había tan voluble como su humor: tan pronto 11
atendía a las indicaciones de su Fortunata como seguía
el impulso de su natural vulgaridad.

53. Cortó por lo sano sus ansias de baile un secre-
tario, que, como si diera un parte oficial en Roma,
anunció en voz alta: «Día siete de las kalendas de agos- 2
to. En Cumas, en la finca que es propiedad de Trimal-
ción, han nacido treinta niños y cuarenta niñas. Se
subieron de la era al granero quinientos mil modios
de trigo; se uncieron quinientos bueyes. Misma fecha: 3
el esclavo Mitrídates fue colgado de una cruz por
haber blasfemado contra el Genio Tutelar de nuestro
señor Gayo. Misma fecha: se ingresaron en caja, por 4
falta de inversiones, diez millones de sestercios. Mis-
ma fecha: se declaró un incendio en las huertas pom- 5
peyanas; partió de la vivienda de Nasta.» «¿Cómo? 6

[38] El *cordax* era una danza griega de las más licenciosas y movidas.

—dice Trimalción—. ¿Cuándo se compraron a mi nom-
7 bre las huertas pompeyanas?» «El año pasado —re-
plica el secretario—; y por eso no se ha sentado toda-
8 vía su importe en los libros de cuentas.» Trimalción
se enfureció: «Cuando se compre a mi nombre una
finca, sea la que fuere —dice—, si no se me informa
de ello en el plazo de los seis meses siguientes, prohibo
9 que me pasen la cuenta del importe.» Siguió la lectura
de unos edictos edilicios, de unos testamentos de los
guardas forestales con una cláusula desheredando a
10 Trimalción; luego venía la lista de los granjeros, el
nombre de una liberta repudiada por un mayordomo
de la casa que la había sorprendido en la habitación
de un esclavo adscrito al servicio del balneario; el de
un mayordomo relegado a Bayas, el de un cajero acu-
sado de irregularidades, y también el fallo de un juicio
entre servidores de cámara.

11 Por último entraron los equilibristas. Uno de ellos,
tosco y soso como él solo, se plantó con una escalera
y mandó a un joven trepar por los barrotes y ponerse
a cantar y a bailar en lo alto de la misma; a continua-
ción le hizo pasar entre aros de fuego y sostener con
12 los dientes una ánfora. Trimalción era el único que ad-
miraba esas exhibiciones; «un oficio muy ingrato»,
decía; sólo había en el mundo dos cosas que él no se
cansaba de admirar: los equilibristas y los cornetas;
todo lo demás, es decir, los animales, los conciertos,
13 son puras bobadas. «También —dice— había adqui-
rido una compañía de cómicos, pero he preferido verlos
representar la atelana[39]; y a mi flautista griego le dije
que me tocara tonadas latinas.»

[39] La *atellana* (de la ciudad osca Atella) era un género cómico de lo más popular y obsceno; el recuerdo de sus personajes estereotipados pervivió en Italia mucho tiempo y tal vez contribuyó al nacimiento de la *commedia dell'arte*. — «Tonadas latinas»: menos sabias y refinadas que las melodías griegas.

54. En el momento en que nuestro Gayo ponía más
calor en su parlamento, el chiquillo se vino abajo ca-
yendo sobre el propio Trimalción. La concurrencia,
tanto la servidumbre como los invitados, prorrumpió
en un grito unánime, no por compasión de aquel repug-
nante personaje —pues les hubiera encantado verlo
fracturarse el cráneo—, sino por temor a que el ban-
quete acabara mal y a verse en el compromiso de tener
que llorar una muerte que no les afectaba para nada.
El propio Trimalción gemía lastimosamente y se re- 2
costaba sobre su brazo como si lo tuviera herido; acu-
dieron rápidamente los médicos; acudió Fortunata con
especial presteza, los cabellos sueltos, una droga a
punto, proclamando su desgracia y mala suerte. El 3
joven que se había caído ya llevaba rato dando vueltas
a nuestros pies e implorando perdón. Yo estaba en el
mayor de los apuros, contando con que aquellas sú-
plicas pudieran acabar en algún golpe teatral. Pues
todavía tenía presente el caso del famoso cocinero que
se había olvidado de vaciar el cerdo. En consecuencia 4
empecé a observar a mi alrededor todo el ámbito del
comedor, por ver si al través de las paredes surgía
alguna sorpresa, y, máxime, después de ver azotar a
un esclavo que se había puesto a vendar el brazo herido
del amo con lana blanca en lugar de usar lana escarlata.
Mis sospechas no andaban muy descaminadas; efectiva- 5
mente, en vez del previsible castigo, vino un decreto
de Trimalción dando la libertad al chiquillo, con el fin
de que nadie pudiera decir que tan alto personaje había
sido víctima de un vil esclavo.

55. Aprobamos a coro su decisión y nos extendemos
en comentarios diversos sobre la inestabilidad de las
cosas humanas. «Es verdad —dice Trimalción—, no ha 2
de dejar de consignarse por escrito un incidente como

éste.» Pidió al instante unas tablillas y, sin romperse demasiado la cabeza cavilando, leyó en voz alta el texto siguiente:

3 *«Lo que no era de esperar, se atraviesa en tu camino; la Fortuna planea sobre nuestras cabezas y cuida de nuestro destino. Por lo tanto, esclavo, sírvenos vino de Falerno.»*

4 A raíz de este epigrama recayó la conversación sobre la poesía. Durante largo rato se atribuyó la palma de la vena poética a Mopso de Tracia... hasta que intervino
5 Trimalción: «Dime, maestro, en tu opinión, ¿qué diferencias hay entre Cicerón y Publilio?[40] Yo creo que el primero fue más elocuente, el segundo de mayor altura moral. ¿Hay acaso algo mejor que esta composición?

6 *»Las murallas de Marte se diluyen en boca del Lujo devorador. Para tu palacio ceban en una jaula el pavo revestido de plumas de oro, cual tapiz babilónico. Para ti son la gallina númida y el capón galo. Hasta la cigüeña, amable y transeúnte visitante, modelo de piedad filial, ave de finas patas y alegre música de castañuelas, que emigra en invierno y es presagio de la suave primavera, la cigüeña hace ahora su nido en las calderas de la corrupción. ¿Para qué quieres la costosa perla, el coral de la India? ¿Para que alguna matrona, cargada con las alhajas del mar y saltando sobre su deber, se*

---

[40] Publilio Siro, el más célebre de los mimógrafos, gozó en ciertos medios de tanta popularidad como Cicerón. El emperador Claudio fue uno de los admiradores de Siro. Evidentemente es absurdo comparar a dos autores que nada tienen en común salvo el elemento extrínseco de la fama.

extienda en lecho ajeno? ¿Para qué quieres el valioso cristal de la verde esmeralda? ¿Para qué ansías las piedras de Calcedonia con sus fulgurantes destellos? ¿Será para que brille tu probidad a la luz de sus resplandores? ¿Es justo que una mujer casada se vista con vaporosas gasas y se exhiba, desnuda, en una nube de lino?»

56. «Pero, después del arte de escribir, ¿cuál es
—pregunta Trimalción— el oficio más difícil? Personal- 2
mente, yo creo que el de médico y el de banquero: porque el médico ha de saber lo que la pobre gente tiene en el vientre y en qué condiciones sobreviene la fiebre
(ello no es obstáculo para que yo odie soberanamente 3
a los médicos, que siempre me están recetando tazas de eneldo); en cuanto al banquero, tiene que descubrir
el bronce bajo la capa de plata. Entre los animales 4
sin facultad de hablar, los más activos son los bueyes y las ovejas: los bueyes, porque gracias a ellos comemos pan; las ovejas, porque su lana hace nuestra ele-
gancia. Y lo indignante del caso es que uno se come 5
la carne de una oveja y se encuentra con una túnica.
A las abejas, yo las tengo por animales divinos: su boca 6
nos da la miel, aunque, al parecer, es un don que les viene de Júpiter. Es cierto que pican: porque donde hay dulzura ha de haber también algo de amargura.»

Luego, cuando Trimalción ya despachaba a los filó- 7
sofos, se hizo circular a nuestro alrededor una urna con papeletas para una rifa. Un esclavo adscrito a esta misión cantó los premios:

«¡Plata maldita!» —Trajeron un jamón con unas vi- 8
najeras encima.

«¡Almohadón!» —Trajeron un medallón para colgar del cuello.

«¡Sabiduría tardía y afrenta!» —Dieron como pre-
mio unos bizcochos salados y un gancho con una man-
zana.
9 «¡Puerros y melocotones!» —Premio correspondien-
te: un látigo y un cuchillo.

«¡Gorriones y cazamoscas!» —Premio: un racimo de uvas pasas y un tarro de miel ática.

«¡Traje de mesa y traje de calle!» —Premio: un pastel y unas tablillas.

«¡Canal y pedal!» —Premio: una liebre y una zapatilla.

«¡Murena y letra!» —Premio: un ratón atado a una rana y un manojo de acelgas.

10 Tuvimos risa para rato. Hubo un sinfín de retrué-
canos por el estilo; pero se me han ido de la memoria.

57. Entretanto, Ascilto, intemperante y descarado,
con los brazos en alto, se burlaba de todos esos chistes
y hasta lloraba de risa: con ello desató el furor de un
coliberto de Trimalción, precisamente el que estaba a
2 mi lado en la mesa: «¿De qué te ríes, borrego? —le
pregunta—. ¿No te gustan las lindezas de mi señor?
Lo pasas mejor y haces mejores fiestas en tu casa,
¿verdad? Lo juro por la Diosa Tutelar de esta casa:
si estuviera a su lado, ya le hubiera tapado la boca
3 con sus berridos. ¡Buena pieza para reírse del prójimo,
un indefinido y nocherniego vagabundo como él, más
vil que las inmundas aguas que salen del cuerpo! Si
yo me pusiera a rociarlo con las que salen del mío, él
no sabría por dónde tirar, os lo aseguro. Por Hércules,
no suelo calentarme fácilmente, pero los gusanos se
4 crían en la carne fresca. ¡Se ríe! ¿Qué es lo que le da
risa? ¿Ha comprado tu padre su vástago a peso de oro?
¿Eres caballero romano? Pues yo soy hijo de un rey:
'Entonces, ¿por qué has padecido la esclavitud?', me
replicarás. Porque yo mismo me he entregado como

esclavo, prefiriendo ser ciudadano romano que rey tri-
butario. Y ahora espero vivir de tal modo que nadie
pueda reírse de mí. Soy un hombre entre los hombres, 5
ando con la cabeza bien alta; no debo un chavo a nadie;
nunca he sido demandado; nadie me ha dicho en el
foro: 'Devuélveme lo que me debes'. He comprado unos 6
palmos de terreno, he hecho algún dinerillo; doy de
comer a veinte bocas, sin contar la del perro; he res-
catado a mi compañera, para que nadie tuviera derecho
a tomar su seno por una toalla; pagué mil denarios por
mi libertad; se me nombró gratuitamente magistrado
séviro [41]; y espero morir sin tener que avergonzarme
después de muerto. Pero tú, ¿tan atareado estás que 7
no puedes echar una mirada a tu pasado? ¡Ves el piojo
en el vecino y no ves la garrapata que llevas encima de
ti? Sólo a ti te parecemos dar risa; ahí está tu maestro, 8
con sus avanzados años: se encuentra a gusto con nos-
otros. Tú necesitas biberón, no sabes decir ni ma... ma,
eres una frágil pieza de barro, o, mejor dicho, una correa
ablandada en agua: aunque es más suave, no por ello
es mejor. Tú eres muy rico: pues come dos veces, cena 9
otras dos. Yo prefiero mi crédito a cualquier tesoro.
Para acabar: ¿quién me ha reclamado lo suyo dos veces?
Fui esclavo cuarenta años; no obstante, nadie supo
nunca si yo era esclavo u hombre libre. Aún llevaba
melena cuando vine a esta colonia: la basílica todavía
no existía. Hice lo posible por dar satisfacción a mi 10
amo, hombre honrado y digno: una sola uña suya valía
más que toda tu persona. Y había en casa quienes pro-
curaban ponerme la zancadilla por un lado y por otro;
sin embargo (gracias a su Genio Tutelar) salí a flote.
He ahí verdaderos trofeos; pues nacer libre es tan fácil 11
como decir: 'Ven acá.' ¿Por qué te quedas atontado
como un chivo en un garbanzal?»

41 Cfr. *supra*, nota 11.

58. Después de esta última salida, Gitón, que estaba
a nuestros pies y llevaba ya rato conteniéndose la risa,
2 estalla de una manera bastante escandalosa. Al adver-
tirlo el adversario de Ascilto, lanzó sobre el chiquillo
su torrente de injurias: «Bueno —dice—, ¿también a
ti te da risa, cebollino rizado? ¡Vivan las Saturnales!
¡Muy bien, estamos en diciembre! [42] ¿Cuándo has paga-
do tu vigésimo de liberación? [43] ¿Qué pretende ese tierno
aspirante al patíbulo, ese pasto de cuervos? Yo me en-
cargaré de que la ira de Júpiter recaiga sobre ti y tam-
3 bién sobre quien no sabe mantenerte a raya. Lo juro
por el pan que como: si te perdono, es únicamente
por deferencia a mi compañero de liberación; de lo
contrario, ya te hubiera arreglado las cuentas en el
acto. Lo estamos pasando muy bien, y he ahí unos cal-
zonazos que no saben imponerte respeto. Gran verdad:
4 tal amo, tal esclavo. A duras penas me aguanto; y eso
que no soy una cabeza exaltada de nacimiento; pero
cuando me lanzo, no daría dos chavos por mi propia
madre. Bueno, ya nos veremos en la calle, ratoncillo, o,
5 mejor dicho, trufa rastrera; quiero dejar de crecer
tanto por arriba como por abajo si no entierro a tu
amo bajo una mata de ruda; y no me apiadaré de ti
por más que implores a Júpiter Olímpico. Ya lo verás:
de nada te servirán ni tu peluquita de dos chavos ni
6 tu amo de a cuatro. Está bien: ya caerás bajo mis
colmillos. O no sé quien soy, o no te reirás de mí por
7 dorada que tengas la barba. Yo me encargaré de que
caiga sobre ti la ira de Atana, sobre ti y sobre quien
empezó por hacerte inaguantable. Yo no estudié geo-
metría ni crítica ni otras zarandajas, pero sé las ma-
yúsculas, divido por cien cualquier suma en ases, libras

42 Cfr. *supra*, nota 26.

43 Impuesto del 5 por ciento que los libertos pagaban al «fisco de la libertad».

o sestercios. Prueba, si quieres: hagamos tú y yo una 8
pequeña apuesta: adelante, ahí van mis cuartos. Verás
que tu padre ha perdido contigo su dinero, por más
retórica que sepas. He aquí la cuestión:

»*¿Quién de nosotros es? Ando a lo largo, ando a lo ancho. Adivina.*

»También te diré quién de nosotros corre sin moverse 9
de su sitio; quién de nosotros crece y mengua a la
vez. Te sobresaltas, estás atontado, te desazonas como 10
rata cogida en una bacinilla. Entonces, cállate, deja
de molestar a quien vale más que tú y no se ocupa de
tu vida; ¿o te crees que me importan las sortijas de boj
que has robado a tu amiga? ¡Protéjame Occupo! [44] Va- 11
mos al foro y pidamos dinero en préstamo: verás si
mi anillo de hierro tiene crédito. ¡Vaya! ¡Qué cosa más 12
bonita, una zorra remojada! Ojalá gane tanto dinero y
tenga tan bello entierro que el pueblo jure por mi óbito
como es cierto que te he de perseguir por doquier hasta
que revientes. Bonita pieza igualmente quien así te 13
educa: es un idiota y no un maestro. En nuestro tiem-
po tuvimos otra escuela: el maestro decía simplemente:
'¿Lo tenéis todo en orden? Derechitos a casa, cuidado
con entreteneros; cuidado con insultar a los mayores'.
Pero hoy reina la pura vulgaridad: no hay quien valga 14
dos cominos. Así como me ves, yo doy gracias a los
dioses por las lecciones que he recibido.»

59. Ascilto intentaba replicar a esas injurias, pero Trimalción, encantado de la elocuencia de su coliberto: «Basta ya —dice—, dejad a un lado las discusiones. Divirtámonos mejor, y tú, Hermerote, perdona a ese jovenzuelo. A él le hierve la sangre: demuéstrale que pue-

44 Sobrenombre de Mercurio.

2 des sobreponerte. En estos casos siempre es vencedor
quien sabe dejarse vencer. Cuando tú eras todavía un gallito, ¡quiquiriquí!, tampoco tenías sentido común. Recobremos, pues, la alegría del principio (es mejor) y pres-
3 temos atención a los homeristas.» Al punto entró una
compañía golpeando los escudos con las lanzas. Trimalción se sentó en un cojín, y como los homeristas, según su orgullosa costumbre, dialogaban en versos griegos, él, con voz melódica, iba leyendo la traducción latina del texto. Luego, hecho el silencio, dijo[45]: «¿Sabéis qué episodio representan? Diomedes y Ganimedes fue-
4 ron dos hermanos, cuya hermana era Helena. Agamenón
la raptó y en su lugar inmoló una cierva a Diana. De ahí arranca ahora la narración de Homero explicando
5 cómo luchan entre sí troyanos y parentinos. Agamenón,
naturalmente, salió vencedor y casó a su hija, Ifigenia, con Aquiles. Esto desató la furia de Áyax, como acto
6 seguido os lo va a aclarar el argumento.» Cuando Tri-
malción concluyó su comentario, los homeristas lanzaron un clamor, y, entre la servidumbre despavorida, se vio traer sobre una fuente de doscientas libras un ternero ya cocido y hasta provisto de su yelmo.
7 Detrás venía un Áyax que, desenvainando su espada y
haciéndose el loco, partió a pedazos el animal. Después de exhibir todos los lances de su esgrima, se puso a pinchar los trozos con la punta del arma y a repartir el ternero entre los maravillados comensales.

60. No se nos dio mucho tiempo para admirar tan elegante pantomima; pues, de pronto, empezó a re-
2 tumbar el artesonado y tembló todo el comedor. Yo,
alarmado, me puse en pie y temí ver a algún equilibrista bajar del techo. No menos extrañados, también los demás invitados levantaron la cabeza en espera de

[45] Una vez más, Trimalción confunde toda clase de leyendas.

alguna novedad enviada del cielo. He aquí, pues, que 3
se abre de pronto el artesonado y desciende un gran aro, arrancado sin duda de alguna enorme cuba; en toda la extensión de su circunferencia colgaban coronas de oro con frascos de perfume. Mientras se nos invita 4
a tomar aquellos regalos para llevárnoslos, vuelvo la vista hacia la mesa... Ya estaba servida una bandeja con varias tartas: ocupaba el centro un Príapo de pastelería que en su regazo, de considerables dimensiones, sostenía, como es habitual, frutas y uvas de todas clases. Tendimos nuestras ávidas manos hacia la fastuosa ban- 5
deja y, de pronto, una nueva serie de sorpresas reanimó la alegría; pues todas las tartas y todas las frutas, al 6
menor contacto, empezaban a echar agua de azafrán, cuya desagradable lluvia llegaba a salpicarnos la cara[46]. Considerando como sagrado aquel plato presentado 7
con tan religiosa solemnidad, nos erguimos todos a una y exclamamos: «¡Viva Augusto, padre de la patria!» Sin embargo, como varios invitados, incluso después de esta advocación, arramblaban con la fruta, todos cargamos nuestras servilletas, pero yo con especial empeño, pues ningún regalo me parecía suficiente para atiborrar la faltriquera de Gitón.

Entretanto, llegaron tres jovencitos vestidos con 8
túnicas blancas: dos de ellos colocaron sobre la mesa unas estatuillas de los dioses Lares con su esfera de oro colgada al cuello; el tercero, pasando alrededor de los comensales con una pátera de oro en la mano, repetía: «Los dioses os bendigan.»

Según decía Trimalción, uno se llamaba Ganancio, el segundo Feliciano y el tercero Lucrativo. Pasaron 9

[46] El agua de azafrán era habitualmente empleada en las ceremonias religiosas para perfumar los almohadones de los dioses y sus estatuas: la sorpresa de los asistentes en este caso fue verse rociados inopinadamente ellos mismos.

luego un busto con la auténtica fisonomía de Trimal-
ción; como todos lo besaban, nos dio reparo dejar de
hacer lo mismo.

61. Cuando ya todos se habían felicitado deseán-
dose mutuamente mucha salud de cuerpo y alma, Tri-
2 malción se volvió hacia Nicerote y le dijo: «Solías ser
más animado en los banquetes; algo te pasa hoy:
estás callado, no abres la boca. Por favor, si quieres
3 darme gusto, cuéntame lo que te ha ocurrido.» Ni-
cerote, halagado por la amabilidad de su amigo: «Pase
de largo a mi lado todo buen negocio —dice— si no
es cierto que llevo ya un buen rato loco de contento al
4 verte tal cual eres. Viva pues la auténtica alegría, aun-
que tengo cierto miedo a que estos intelectuales se
rían a cuenta mía. Allá ellos; con todo, voy a contar
mi historia; pues ¿qué me quitan con reírse de mí?
Es mejor hacer reír que salir burlado.»

5 *«Después de este preámbulo»*[47]

6 inició la historia siguiente: «Cuando yo era todavía
esclavo, vivíamos en la Calle Angosta, en la actual casa
de Gavilla. Quisieron los dioses que allí me enamorara
de la mujer de Terencio, el tabernero. La conocíais:
era Melisa la Tarentina, una preciosidad, una alhaja de
7 mujer. Pero os lo juro, lo que me atraía en ella no era
su físico o una vulgar pasión, sino más bien sus cua-
8 lidades morales. Cuando le pedía algo, nunca me dijo
que no; si ella ganaba un as, medio era para mí; yo
lo guardaba en su bolsillo, y ella nunca me estafó.
9 Su marido se encontró con la muerte un buen día en
la casa de campo. Yo trabajé de pies y manos, me des-
viví por entrevistarme con ella: pues, como suele de-

[47] Transición muy usual en poesía y particularmente en Virgilio; cf., por ejemplo, *Eneida* II, 790.

cirse, la amistad se demuestra en los momentos de an-
gustia.

62. »Por suerte, mi amo había ido a Capua a liquidar
unos enseres inútiles. Aprovechando la ocasión, conven- 2
zo a un huésped que teníamos para que me acompañara
hasta el quinto miliario[48]. Era un soldado valiente como
el diablo. Salimos de noche, al primer canto del gallo; 3
había tal claro de luna que parecía pleno día. Llegamos
a la zona de las tumbas[49]: mi hombre tiró por entre 4
las estelas funerarias; yo me siento tarareando una me-
lodía y contando dichas estelas. Luego, volviéndome 5
hacia mi compañero, veo que se había desnudado y
había dejado toda su ropa al borde de la calzada.
Sólo me quedaba un leve aliento en la punta de la
nariz; permanecí inmóvil como un muerto. En esto, 6
él, formó un círculo de orina alrededor de su ropa y
al instante se convirtió en lobo. No os creáis que os
gasto una broma; yo no diría una mentira por todo el
oro del mundo. Pero, volviendo a mi relato, cuando se 7
hubo transformado en lobo, empezó a aullar y des-
apareció en el bosque. Yo, en un principio, me sentí 8
desorientado; luego, me acerqué a recoger sus ropas:
pero se habían petrificado. Si los sustos mataran a la
gente, yo ya no estaría con vida. Eché mano no obs- 9
tante a mi espada y seguí mi camino dando sablazos
a las sombras hasta que me vi en casa de mi amiga.
Mi aspecto, al entrar, era el de un fantasma; estuve a 10
punto de sufrir un colapso; me caía el sudor por el
entrecejo, mis ojos estaban muertos; me costó trabajo
reponerme. Mi querida Melisa empezó por sorprender- 11

[48] Los miliarios eran las piedras que, sobre las calzadas romanas, marcaban las distancias en millas.

[49] Normalmente se enterraba a los muertos en las afueras de las poblaciones y precisamente a la orilla de sus principales vías de comunicación.

se de que me hubiera puesto en ruta tan a deshora;
luego añade: «Si hubieras llegado antes, nos hubieras
al menos echado una mano; pues entró en la granja
un lobo y desangró todos nuestros animales como si
fuera un carnicero. Sin embargo no salió del todo con
la suya, aunque logró escapar; uno de nuestros esclavos
12 le atravesó el cuello de una lanzada.» Al oír esto, ya no
pude seguir cerrando los ojos ante la evidencia; al
clarear el día salí corriendo a casa de nuestro común
patrón Gayo, como un cantinero desplumado; al llegar
al sitio aquel donde se había quedado petrificada la
ropa, me encontré únicamente con sangre y nada más.
13 Cuando llegué a casa, mi soldado estaba en cama, re-
sollando como un toro; un médico le estaba vendando
el cuello. Comprendí que era un duende y ya no pude
en adelante comer un bocado de pan en su compañía:
14 antes me hubiera dejado matar. Cada cual piense lo
que le plazca sobre este asunto; si es mentira lo que
digo, caiga sobre mí la ira de nuestros Genios Tutela-
res.»

63. Ante el asombro y unánime sorpresa de los asis-
tentes, Trimalción dijo: «Respetando tus palabras, a mí
(podéis creerme) se me han puesto los pelos de punta,
pues me consta que Nicerote es incapaz de gastar bro-
mas: al contrario, es persona veraz y de la mayor re-
2 serva. También yo os voy a contar una historia horri-
pilante. Una versión más del asno sobre el tejado[50].
3 Cuando yo tenía todavía mi melena rizada (pues ya de
niño llevaba una vida de verdadero sibarita), se le mu-
rió a mi amo el esclavito que hacía sus delicias; por
Hércules, una auténtica perla, la suma de todas las

[50] Proverbio fundado en prodigios como los que refiere Tito Livio (XXVII, 37), según los cuales, en ciertas ocasiones, se habían visto bueyes u otros animales subidos a los tejados.

perfecciones. La pobre madre del chiquillo lo estaba 4
llorando y éramos muchos los que compartíamos allí
su tristeza: de pronto las Estrigas[51] empezaron a sil-
bar; parecía aquello un galgo persiguiendo a una liebre.
Estaba con nosotros un capadocio, corpulento, muy 5
valiente y fuerte de veras: podía con un toro embrave-
cido. Este hombre echa mano a su espada, se lanza 6
decidido a la calle, con su mano izquierda debidamente
protegida, y traspasa a una de esas furias por aquí
(¡el cielo guarde lo que toco!), en pleno estómago.
Oímos un gemido, aunque, a decir verdad, a ellas no
las vimos. Nuestro héroe, volviendo dentro, se dejó 7
caer en una cama: tenía el cuerpo todo morado, como
herido a latigazos: evidentemente una mano maligna
había caído sobre él. Nosotros, cerrando la puerta, vol- 8
vemos a velar el muerto; pero al tocar la madre a su
hijo para abrazarlo, se encuentra con un manojo de
paja. No tenía corazón, ni intestinos, ni nada: evidente-
mente las Estrigas habían robado al niño y habían pues-
to en su lugar un muñeco de paja. Os lo aseguro, debéis 9
creerme: hay mujeres con dotes extraordinarias, hay
brujas nocturnas que trastornan todo lo habido y por
haber. En cuanto a nuestro fornido gigante, ya nunca 10
más recobró su color natural, y pocos días después
se murió de un ataque epiléptico.»

64. Tan maravillados como convencidos, besamos
la mesa y suplicamos a las brujas nocturnas que per-
manezcan encerradas en sus casas mientras nosotros
nos vamos a las nuestras al acabar de cenar.

Ya veía multiplicado el número de lámparas y todo 2
el comedor me parecía haber cambiado de aspecto; en

[51] Seres maléficos que, según creencia popular, se llevaban a los niños mientras dormían, y les chupaban la sangre (cfr. Ovidio, *Fastos*, VI, 131-132).

esto interviene Trimalción: «Oye, Plocamo, y tú ¿no
tienes nada que contar? ¿No vas a recrearnos con nada?
Solías ser más animado; recitabas hermosos diálogos
3 con acompañamiento melódico. ¡Ay! ¡Ay! Adiós dul-
zuras de la sobremesa!»

«Mis cuadrigas —contestó el otro— han abandonado
las carreras desde que enfermé de la gota. Cuando yo era
otro, de joven, por poco me pongo tuberculoso a fuer-
4 za de cantar. ¡Cómo bailaba! ¡Cómo recitaba! ¡Cómo
parodiaba al barbero! No había quien me igualara,
5 quitando únicamente a Apeles.»[52] Y llevándose la mano
a la boca susurró una frase tétrica e ininteligible:
luego nos dijo que era griego. Para no ser menos, Tri-
malción, después de imitar a los cornetas, se volvió
hacia un joven —su ojito derecho— a quien él llamaba
6 Creso. Era un muchacho legañoso, de inmunda denta-
dura; estaba arropando con un chal verde a una perrita
negra y escandalosamente gorda, a la que él servía
sobre un almohadón medio pan, pretendiendo hacér-
selo engullir a pesar de la repugnancia y náuseas del
7 animal. Esta operación inspiró a Trimalción la idea de
llamar a Escílax, «al guardián (según decía) de la casa
y de sus moradores.» Sin demora, traen un perro enor-
me atado a una cadena; a una señal dada por el por-
tero con el pie para hacerlo acostarse, el perro se
8 tiende ante la mesa. Trimalción entonces, echándole
un pedazo de pan blanco, dice: «Nadie en mi casa me
9 quiere más que él.» Creso, indignado de las alabanzas
prodigadas a Escílax, dejó en el suelo a su perrita y

[52] Apeles fue un actor trágico griego, célebre por la musicalidad de su voz. Calígula le preguntó en cierta ocasión quién era más grande, el emperador o Júpiter; como el actor titubeó en contestarle, Calígula mandó azotarlo hasta matarlo a latigazos; y, ante los gemidos del desgraciado, hizo observar a los asistentes que aun en aquella ocasión era notable la suavidad de su voz (Suetonio, *Vida de Calígula*, XXXIII).

la azuzó prestamente a la pelea. Escílax, sin atenerse
más que a su instinto canino, llenó la sala de espan-
tosos ladridos y por poco deja hecha trizas a Perla,
la perrita de Creso. El alboroto no se redujo a la citada 10
pelea: un candelero volcó sobre la mesa y rompió
toda la cristalería, rociando con aceite hirviendo a unos
cuantos invitados. Trimalción, para aparentar que no 11
daba importancia a la pérdida, dio un beso al chiquillo
y le mandó subirse a su espalda. El otro, sin hacerse 12
esperar, saltó sobre el caballo y le sacudió la espalda
a puñetazo limpio, riéndose y gritando: «Bocaza, bo-
caza, ¿cuántos hay?»[53]

Al cabo de un rato, Trimalción, recobrada la calma, 13
manda preparar un gran recipiente lleno de vino re-
bajado con agua, y dar de beber a todos los esclavos
que teníamos a nuestro lado, con una condición ex-
presa: «Si alguno rechaza la invitación, inúndale la
cabeza. De día, el trabajo en serio; ahora, viva la ale-
gría.»

65. Tras este rasgo de bondad salieron a la mesa
unas verdaderas delicias del paladar: su solo recuerdo,
podéis creerme, me hace venir la saliva a la boca. A cada 2
uno de nosotros se nos sirvió, en lugar de un tordo,
un capón y unos huevos de oca adornados con mon-
tera; para animarnos a comer, Trimalción nos instó
por todos los medios, insistiendo en que los pollos es-
taban deshuesados.

En esto llamó un lictor dando golpes en la puerta 3
del comedor; entró un nuevo comensal vestido de blan-
co[54] y con nutrida escolta. Yo me asusté ante su porte 4

[53] Juego de marras en que un niño, a caballo sobre otro, le pega con la mano y levanta cierto número de dedos de la otra, preguntando cuántos dedos tiene levantados. Si el que está debajo acierta, ha ganado y cambian las tornas.

[54] Es decir, con el traje oficial de etiqueta.

mayestático: me figuraba que era el gobernador en
persona. Por ello hice ademán de levantarme y poner-
me de pie en el suelo, aunque fuera descalzo. Agame-
5 nón se echó a reír ante mi azoramiento: «Detente
—me dice—, tonto de capirote. Es Habinas, el séviro
y tallista de mármol, que pasa por el mejor artista de
monumentos fúnebres.»

6 Tranquilizado con estas palabras, me apoyé otra
vez sobre mi codo y contemplé con gran admiración
7 la entrada de Habinas. Éste, ya borracho, apoyaba
ambos brazos sobre la espalda de su mujer; cargado
con unas cuantas coronas, por la frente le caían chorros
de perfume sobre los ojos; se coloca en el sitio del
pretor y, sin demora, reclama vino y agua caliente.
8 Trimalción, encantado de su buen humor, reclamó él
también una copa mayor y preguntó al huésped cómo
9 se le había tratado: «Hubo de todo; sólo echamos de
menos tu presencia; pues mis ojos estaban puestos
10 aquí. Por Hércules, lo pasamos muy bien. Escissa cele-
braba una espléndida novena fúnebre [55] en honor de
su pobre esclavo, a quien había dado la libertad a título
póstumo. Y creo que, aun con satisfacer el cinco por
ciento [56], hace un buen negocio; se estima el valor del
11 difunto en cincuenta mil sestercios. De todos modos
pasamos un día muy agradable, aunque se nos obligó
a verter sobre los pobres huesos del difunto la mitad
de la bebida.» [57]

66. «Bueno, pero ¿qué es lo que habéis cenado?»,
pregunta Trimalción. «Te lo diré —contesta—, si es
que puedo: pues tengo tan buena memoria que muchas

55 Esta «novena» era un sacrificio que se celebraba a los nueve días del entierro; a dicho sacrificio y al consiguiente banquete asistían los familiares y amigos.

56 Cfr. *supra*, nota 43.

57 Se vertía como libación en honor del fallecido.

veces hasta me olvido de mi propio nombre. Recuerdo 2
no obstante que empezamos por un cerdo coronado con
salchichas; a su alrededor había morcillas y además
butifarras, y también mollejas muy bien preparadas;
todavía había alrededor acelgas y pan casero, de harina
integral, que, para mí, es mejor que el blanco; pues me
da vigor y, cuando he de hacer cierta cosa muy per-
sonal, la hago sin lágrimas. El plato siguiente fue una 3
tarta fría cubierta de exquisita miel caliente de España.
Por eso no probé bocado de la tarta, pero me atiborré
de miel hasta aquí. A su alrededor había garbanzos y 4
altramuces, nueces a discreción y una manzana por
persona. Yo arramblé no obstante con dos y ahí las
tengo envueltas en la servilleta; pues si no llevara algún
obsequio a mi esclavito mimado, habría trifulca. Mi 5
señora esposa tiene mucha razón de refrescarme la
memoria.

»Como plato fuerte tuvimos un trozo de oso; Cen-
tella [58] tuvo la imprudencia de probarlo, y por poco
devuelve hasta las tripas; yo, al contrario, me comí 6
más de una libra, pues me sabía a auténtico jabalí. Si
el oso, me decía, puede comerse a la humana criatura,
con mayor razón puede el hombre comerse al oso. Por 7
último tuvimos queso tierno, mistela, un caracol por
persona y unos trozos de tripas, y unos higadillos al
plato, y huevos con caperuza y nabos, y mostaza, y un
plato de mierda: ¡basta ya Palamedes! [59] También pa-
saron una bandeja con aceitunas aliñadas: no faltaron
personas tan groseras que se llevaron hasta tres puña-
dos. En cuanto al jamón, se lo perdonamos.

58 Centella es la esposa de Habinas.

59 A Palamedes, héroe de la guerra de Troya, se atribuían toda clase de inventos: juego del disco, de las damas, del ajedrez, etcétera. «Basta ya Palamedes» es la manera de concluir una enumeración.

67. »Pero dime, Gayo, por favor: ¿por qué For-
2 tunata no ocupa su sitio en la mesa?» «Ya la conoces
—contesta Trimalción—; mientras no guarde la vajilla
de plata y no distribuya las sobras a los esclavos, no
3 llevará a su boca ni una gota de agua.» «Pues bien
—replicó Habinas—, si ella no viene a la mesa, yo me
largo.» Ya hacía ademán de levantarse; gracias que, en
esto, la servidumbre en pleno, a una señal de Trimal-
ción, ya había reclamado más de cuatro veces a For-
4 tunata. Entró, pues, con la falda recogida por un cin-
turón verde pálido, dejando visible una túnica interior
de color cereza, unas ajorcas de oro trenzado y unos
5 botines bordados igualmente en oro. Entonces, secán-
dose las manos en el pañuelo que llevaba al cuello, se
instaló en el diván que ocupaba Centella, la esposa de
Habinas; y, como esta última aplaudía, Fortunata la
besó diciendo: «¡Por fin tengo el gusto de verte!»

6 Se dio la circunstancia de que Fortunata se quitó
las pulseras de sus carnosos brazos y las ofreció a la
admiración de Centella. Acabó quitándose también las
ajorcas y su redecilla de oro, cuyo metal, según decía,
7 estaba contrastado. Trimalción observó sus manipula-
ciones y mandó que se le entregara todo aquello: «Ya
veis —dice— los perifollos con que cargan las mujeres;
y nosotros, como estúpidos, las dejamos que nos des-
plumen. Esto debe rayar las seis libras y media. Tam-
bién yo tengo un brazalete de diez libras: lo encargué
8 con las limosnas de Mercurio»[60]. Para demostrarnos
que no mentía, acabó por mandar traer una balanza y
hacernos comprobar a uno tras otro el peso de su al-
9 haja. Para no ser menos, Centella, echando mano a un
estuche de oro que llevaba colgado al cuello y que ella

60 Entiéndase: «con los ingresos imprevistos». La gente echaba dinero en los altares dedicados a Mercurio junto a las piedras miliarias (cfr. *supra*, nota 47).

llamaba su «buena estrella», sacó unos pendientes y, a
su vez, los ofreció a la consideración de Fortunata:
«Son —dice— un regalo de mi señor marido; no hay
otros mejores.» «¿Cómo? —salta Habinas—. ¿No me 10
habrás desangrado para comprarte esas lentejuelas de
cristal? Desde luego, si yo tuviera una hija, le cortaría
las orejitas. Si no hubiera mujeres, lo tendríamos todo 11
regalado; pero ellas no dan ni tiempo a que se nos
caliente el dinero en el bolsillo.»

En esto, las dos mujeres, ya mareadas por el vino, 12
se echaron a reír y luego, en plena borrachera, se cu-
brieron mutuamente de besos: una pondera la diligen-
cia de su amiga como ama de casa, la otra saca a relucir
la inversión y frialdad de su propio marido. Mientras 13
se abrazan de esta manera, Habinas se levanta con di-
simulo y, cogiendo a Fortunata por los pies, de un em-
pujón, la tira sobre la cama. «¡Oh! ¡Oh!», gritó, al ad-
vertir que se le había subido la falda por encima de
las rodillas. Se acomoda, pues, y, apoyada en el seno
de Centella, se tapa con el pañuelo el rostro, cuya
fealdad se acentúa por efecto de la congestión.

68. Al cabo de un rato, Trimalción mandó servir
los postres. Los esclavos retiraron todas las mesas y
trajeron otras; echaron sobre el piso serrín coloreado
con azafrán y bermellón; y —detalle que yo nunca ha-
bía visto— echaron igualmente mica molida. De pronto 2
Trimalción toma la palabra: «Podría haberme conten-
tado con este servicio; pues, con eso, ya tenéis postres.
No obstante, si hay alguna golosina, sírvenosla.»[61]

Entretanto, un joven esclavo de Alejandría, el que 3
servía el agua caliente, se puso a imitar al ruiseñor,

61 Esta última frase, naturalmente, se dirige a uno de los servidores de la casa; la frase anterior se dirigía a todos los comensales.

sin que Trimalción dejara de chillar: «¡Venga otra
4 cosa!» Y he aquí una nueva atracción. El esclavo que
se sentaba a los pies de Habinas, sin duda por orden
de su amo, se puso a declamar de improviso con voz
sonora:

«Entretanto, Eneas, con su escuadra, ya había alcanzado la alta mar...»[62]

5 Nunca voz tan áspera había herido mis oídos; pues,
además de elevar o bajar el tono según se le antojara
a su bárbara fantasía, mezclaba a este poema versos
traídos de atelanas[63]; logrando así que, por primera
6 vez, hasta Virgilio me fuera insoportable. Sin embargo,
en un momento en que el cansancio le hizo callarse,
Habinas añadió: «¡Y eso que nunca se ha dedicado
al estudio! Pero lo hacía instruirse enviándolo a oír
7 a los charlatanes. Por eso no hay quien lo iguale, tanto
si se pone a imitar a los muleros como a los charlatanes. Su habilidad es desconcertante; lo mismo hace
de zapatero, que de cocinero, que de pastelero: en su
8 persona se encarnan todas las musas. Tiene no obstante
dos defectos; si no los tuviera, sería el hombre ideal:
está circunciso[64] y ronca. Además es bizco; pero esto,
para mí, no tiene importancia; imita la mirada de
Venus[65]. Es incapaz de callarse, como tampoco puede
dejar de parpadear[66]. Me costó trescientos denarios...»

69. Centella interrumpió su discurso: «Desde luego
—dice— omites parte de las mañas de tu vil esclavo:
también es tu alcahuete; y yo me encargaré de estig-

62 Verso de Virgilio, *Eneida* V, 1.
63 Sobre la atelana, cfr. *supra*, nota 39.
64 «Está circunciso» equivale a decir: «Es judío».
65 Los antiguos pretendían que Venus era ligeramente bizca.
66 Hay, según los antiguos, estrecha relación entre la mirada de una persona y sus defectos morales.

matizarlo»[67]. Trimalción se echó a reír: «Conozco muy 2
bien —dice— a ese capadocio; no se priva de nada, y,
por Hércules, lo felicito; pues, luego de muerto, nadie
le llevará nada de eso a la tumba. Y tú, Centella, deja
de ser celosa. Créeme, también nosotros sabemos de 3
vuestras andanzas. Os juro, por mi vida, que también
yo solía vapulear a mi mismísima patrona; tanto es así,
que el amo llegó a concebir sospechas, y por eso me
relegó en una de sus granjas. Pero cállate, lengua mía,
y te daré pan.» Tomando esas palabras como un elogio 4
a su favor, el maldito esclavo sacó de su seno una
lámpara de arcilla y durante más de media hora estuvo imitando a los trompetas; Habinas lo acompañaba silbando con los dedos pegados a su labio inferior.
Por último se adelantó hasta el centro de la sala e 5
imitó a los flautistas corales sirviéndose de unos trozos
de caña o, poniéndose un capote y con un látigo en la
mano, parodió la vida del carretero, hasta que Habinas
lo llamó a su lado, le dio un beso y lo invitó a beber
diciéndole: «Has estado como nunca, Massa; te regalo
unos botines.»

Nunca hubiera acabado tanto aburrimiento si no 6
hubiesen sacado el último servicio: unos tordos de harina candeal, rellenos con pasas y nueces. Detrás hubo 7
membrillos con púas incrustadas como si fueran erizos.
Y todo esto, a decir verdad, hubiera podido pasar, si
no llegan a traer un plato de lo más extraño: no lo
hubiéramos tocado aunque nos muriéramos de hambre.
Cuando lo vimos en la mesa, pensamos que era una 8
oca cebada, con peces y aves de todas clases a su alrededor. Trimalción nos dijo: «Lo que estáis viendo en
la mesa está hecho con un ingrediente único.» Yo, con 9
mi consabido fino olfato, comprendí al instante de qué

67 «Estigmatizarlo», es decir, marcarlo al hierro candente para indicar a todo el mundo su peligrosidad.

se trataba y, volviéndome hacia Agamenón, le digo:
«Mucho me extrañaría que todo esto no estuviera hecho
de... o, en el mejor de los casos, de arcilla. En Roma,
con motivo de unas Saturnales, he visto representar
todo un banquete de esta forma.»

70. Sin dejarme concluir, interviene Trimalción:
«Ojalá engorde mi patrimonio (no mi persona) como es
cierto que mi cocinero ha hecho todo esto con carne
2 de cerdo. No hay en el mundo persona de mayor valía.
Basta con que se lo propongas, y de una vulva te hará
un pez, de un poco de tocino te hará un palomo, de
un jamón te hará una tórtola, de una anca te hará
una gallina. Por eso, y gracias a mi iniciativa, se le ha
3 dado un bonito nombre: lo llaman Dédalo. Y como
tiene una lúcida inteligencia, yo le traje de Roma, como
regalo, unos cuchillos de acero nórico.» Acto seguido
manda traer dichos cuchillos, los contempla y los ad-
mira. Hasta nos autoriza a comprobar el temple de su
filo en nuestra barba.
4 De pronto entraron dos esclavos como si se hubieran
peleado en la fuente; en todo caso aún traían al cuello
5 las ánforas. Trimalción quería hacer justicia entre los
contendientes, pero ni uno ni otro aceptaron su fallo,
sino que cada uno por su parte dio un estacazo al
6 ánfora del otro. Asombrados ante la insolencia de esos
borrachos y centrando nuestras miradas sobre los com-
batientes, vimos cómo, de la panza de las ánforas, caían
ostras y vieiras, que un esclavo recogió en una bandeja
7 y ofreció a los asistentes. El hábil cocinero estuvo a
la altura de esos refinamientos: nos sirvió unos cara-
coles en una parrilla de plata y nos amenizó con los
gorgoritos de su horrible voz.
8 Me da apuro referir lo que sigue. Según una inaudita
moda, unos esclavos jovencitos y de larga cabellera
trajeron perfume en una palangana de plata y ungie-

ron los pies de los comensales; eso después de ador-
narles previamente las piernas con guirnaldas de flores
desde el muslo hasta los talones. Luego, echaron una 9
apreciable dosis del mismo perfume en el cántaro del
vino y en la lámpara.
Ya Fortunata hacía ademán de querer bailar, ya Cen- 10
tella aplaudía más a gusto que hablaba; en esto, Tri-
malción tomó la palabra: «Filárgiro, y tú también,
Carión, por muy partidarios que seáis de los verdes[68],
os autorizo a instalaros en la mesa; di a Menófila, tu
compañera, que tome sitio ella también.» ¿Para qué 11
más? Poco faltó para que nos tiraran a nosotros de lo
alto de nuestros lechos: tal fue la invasión del come-
dor por la servidumbre en pleno. Yo pude ver a mi 12
derecha al cocinero que había hecho la oca con carne
de cerdo: olía que apestaba a salmuera y a salsas.
No satisfecho con estar en la mesa, se puso en seguida 13
a imitar al actor trágico Éfeso, y poco después a des-
afiar a su amo con apuestas: «¿A que en la próxima
carrera del circo se llevan la palma los verdes?»

71. Trimalción se explayó al oír esa apuesta: «Ami-
gos —dice—, los esclavos también son hombres; han
mamado la misma leche, aunque hayan sido víctimas
de un triste destino. Sin embargo, si tengo salud,
pronto beberán el agua de la libertad. En todo caso,
los dejo libres a todos ellos en mi testamento. A Filár- 2
giro le lego, por añadidura, un campo y su concubina;
a Carión le dejo un bloque de casas, el importe de su
vigésimo[69] y una cama con la correspondiente ropa.

---

68 Los competidores se distinguían en el circo por sus colores, como sucede actualmente con nuestros equipos deportivos; hablan los textos antiguos de «los verdes», «los azules», «los rojos», «los blancos»; y cada color, es decir, cada equipo, tenía sus partidarios entre el público.

69 Ver *supra*, nota 43.

3 En cuanto a mi querida Fortunata, la hago mi here-
dera y la recomiendo a todos mis amigos; y publico
así mis últimas voluntades para que toda mi casa me
quiera ya desde ahora como si me hubiera muerto.»
4 Ya todos empezaban a dar gracias al amo por su gene-
rosidad; él, en esto, dejándose de bromas, mandó traer
una copia de su testamento y lo leyó todo, desde la
primera hasta la última línea, en medio de los sollozos
de la casa en pleno.
5 Volviéndose luego a Habinas: «¿Qué dices —pre-
gunta—, amigo entrañable? ¿Construyes mi panteón de
6 acuerdo con mis instrucciones? Te ruego encarecida-
mente que a los pies de mi estatua figuren mi perrita,
unas coronas, perfumes y todos los combates de Pe-
traites, para que, gracias a ti, yo pueda seguir viviendo
aun después de muerto; además que haya doscientos
7 pies de fachada y cien de fondo. Quiero que alrededor
de mis cenizas haya frutas de todas clases, con pro-
fusión de viñas. Pues es totalmente absurdo tener en
vida casas bien arregladas y no preocuparse de aquellas
otras que hemos de habitar por más tiempo. Por lo
tanto, y ante todo, quiero que se añada esta inscrip-
ción:

»ESTE PANTEÓN NO PASARÁ A MI HEREDERO.

8 »Además, ya cuidaré por mi testamento de precaverme
contra cualquier injuria a mi cadáver. Propondré a
uno de mis libertos como centinela en mi tumba para
9 que la gente no vaya a ensuciar mi panteón. Te ruego
igualmente que sobre mi tumba mandes esculpir unas
naves avanzando a velas desplegadas y que yo mismo
aparezca sobre un tribunal vestido con una toga pre-
texta[70] y con un anillo de oro en cada uno de los cinco

[70] «Una toga pretexta», es decir, la toga bordada de los magistrados.

dedos[71], repartiendo al pueblo un saco de escudos;
pues ya sabes que di un banquete público y dos dena-
rios por comensal. Puedes mandar añadir, si te parece 10
bien, la sala en que lo celebramos. Pon también el
conjunto de los participantes dándose la gran vida.
A mi derecha colocarás la estatua de mi Fortunata con 11
una paloma en la mano y llevando a una perrita atada
con una correa; que no falte mi niño mimado, ni unas
ánforas bien grandes y perfectamente lacradas para
que no pierdan el vino. También puedes mandar escul-
pir una urna rota[72] y, encima, un niño llorando. En el
centro habrá un reloj, para que todo aquel que mire
la hora se vea obligado, quiera o no quiera, a leer mi
nombre. En cuanto al epitafio, estúdialo con cuidado; 12
tal vez, ¿qué te parece?, fuera acertado éste:

»AQUÍ YACE
GAYO POMPEYO TRIMALCIÓN MECENATIANO.
SE LE CONCEDIÓ EN SU AUSENCIA EL SEVIRATO.
LE HUBIERA SIDO POSIBLE ENTRAR EN TODAS LAS DECURIAS
DE ROMA, PERO NO LAS ACEPTÓ.
PIADOSO, ESFORZADO, FIEL;
SALIÓ DE LA NADA.
DEJÓ TREINTA MILLONES DE SESTERCIOS
NUNCA ESCUCHÓ A NINGÚN FILÓSOFO.
QUE TE VAYA BIEN. —Y A TI TAMBIÉN.»[73]

72. Al concluir estas palabras, Trimalción se echó a llorar a lágrima viva. También lloraba Fortunata y

[71] En vida no podía llevar ni uno sólo, por no pertenecer al orden ecuestre; cfr. *supra*, nota 12.

[72] La urna rota era usual en las tumbas como símbolo de la vida truncada.

[73] La última línea del epitafio constituye un presunto diálogo entre el difunto y el transeúnte que se detiene para leer la inscripción.

lloraba Habinas; por último, la casa en pleno, como si
hubiera sido invitada al funeral, llenó de lamentaciones
2 el ámbito del comedor. Más todavía: ya habían empeza-
do a írseme las lágrimas a mí también, cuando Trimal-
ción prosiguió: «Bueno, ya que no sabemos cuando
hemos de morir, ¿por qué no aprovechamos la vida?
3 Tan cierto es que os quiero ver felices: vamos todos
al baño; os lo garantizo: no os pesará. Está tan caliente
4 como un horno.» «Tiene razón, tiene razón —dice Ha-
binas—; de un día hay que hacer dos; nada me da
tanta ilusión.» Y se levantó descalzo para seguir a Tri-
malción, que rebosaba alegría.
5 Yo, volviéndome hacia Ascilto, le digo: «¿Qué opi-
nas? Yo, con sólo ver el baño, me moriría en el acto.»
6 «Démosles la razón —contesta Ascilto—; pero mien-
tras ellos van camino del baño, nosotros esfumémonos
7 entre la multitud.» Así quedó acordado; Gitón nos
guió por el pórtico hasta llegar a la puerta; el perro
que allí estaba atado nos acogió con tal estrépito,
que Ascilto hasta se cayó al estanque. Yo, sin estar
menos bebido y aunque me había asustado del cuadro
del perro [74], pretendí ayudar al bañista; pero fui arras-
8 trado a la misma fosa. Menos mal que nos salvó el
portero: con su intervención calmó al perro y nos sacó
9 a tierra tiritando de frío. Es verdad que Gitón ya
había previsto con tiempo un medio muy ingenioso
para resguardarse del perro: todo lo que nosotros le
habíamos dado del banquete, él se lo había tirado al
oírlo ladrar; y el animal, así atraído por la comida,
10 había calmado ya su rabia. Luego, muertos de frío,
solicitamos del guardián que nos abriera la puerta de
salida: «Estás equivocado contesta si te imaginas que
has de irte por donde has entrado. Jamás un invitado

[74] Sobre este perro, recuérdese lo dicho antes en el capítulo 29.

ha salido por la misma puerta: se entra por un lado y
se sale por otro distinto.»

73. ¿Por dónde íbamos a tirar, pobres de nosotros,
así encerrados en este laberinto de nuevo estilo? Ya
empezábamos a suspirar por el baño caliente. Fuimos, 2
pues, los primeros en rogar al portero que nos llevara
al balneario; y, quitándonos la ropa, que Filón puso
a secar en la entrada, entramos en la galería del baño,
muy estrecha por cierto y parecida a una cisterna
frigorífica; allí estaba Trimalción, de pie. Ni aun en-
tonces nos fue posible librarnos de su insoportable
vanidad: «No hay nada mejor —decía— que bañarse
sin aglomeraciones; precisamente en este lugar hubo
antaño una panadería.» Luego, cuando el cansancio le 3
hizo sentarse, incitado por la acústica de la sala, abrió
hasta la bóveda su boca de borracho y se puso a des-
garrar unas canciones que, según decían los que en-
tendían su jerga, eran canciones de Menécrates. Los 4
demás invitados, con las manos entrelazadas, jugaban
al corro alrededor de la bañera y hacían retumbar el
ambiente con el inmenso clamor de sus carcajadas. Por
otra parte, algunos, con las manos atadas a la espalda,
intentaban recoger del suelo unos anillos, o, poniéndose
de rodillas, flexionaban la cabeza hacia atrás hasta
llegar a tocarse las extremidades de los pies. Mientras 5
los demás se distraen con sus juegos, nosotros baja-
mos a la bañera destinada a Trimalción.

Disipada ya nuestra borrachera, se nos acompañó a un nuevo comedor, donde Fortunata había expuesto sus maravillas: así, pues, pude observar allí unos pescadores de bronce sobre unas lámparas, unas mesas de plata maciza con un juego de copas de cerámica dorada y un filtro de vino en el que era visible el paso del líquido.

6 En esto dice Trimalción: «Amigos míos, hoy uno
de mis esclavos celebra su primera barba[75]: es un
muchacho (y que nadie se ofenda) de buena conducta
y tan ahorrador, que recoge las migajas. Por lo tanto,
bebamos sin parar y prolonguemos la cena hasta la
aurora.»

74. Con estas palabras suyas coincidió el canto del
gallo. Desconcertado por el presagio, Trimalción mandó
verter vino bajo la mesa y rociar también las lámparas
2 con vino puro[76]. Además se quitó el anillo de la mano
izquierda y se lo puso en la derecha: «No en vano
—dice— ha sonado esa trompeta; o se va a producir
un incendio o alguien va a perder la vida en el con-
3 torno. ¡Lejos de nosotros todo eso! Por lo mismo,
quien me traiga ese pájaro de mal agüero tendrá una
recompensa.»
4 Aún no había terminado de hablar y ya le habían
traído un gallo de los alrededores; Trimalción mandó
5 guisarlo en una cacerola. El habilísimo cocinero, aquel
que poco antes con un cerdo nos había hecho aves y
pescados, cortó pues el pollo a trozos y lo echó a la olla.
Y mientras Dédalo se afanaba en preparar una salsa al
fuego vivo, Fortunata molía pimienta con un molinillo
de boj.
6 Después de tomar esos bocados exquisitos, Trimal-
ción mirando a los esclavos dijo: «¿Cómo? ¿No habéis
cenado todavía? Marchaos, y que vengan otros a rele-
7 varos.» Entró, pues, otro turno: «¡Adiós, Gayo!», de-
cían los salientes; «¡Buenos días, Gayo!», repetían los

75 «La primera barba» del esclavo favorito era ocasión de una fiesta. Hemos visto en el capítulo 29 cómo los romanos guardaban cuidadosamente esa primera barba, consagrada incluso como reliquia en el santuario familiar.

76 Todo ello para conjurar el mal agüero anunciado por el gallo que canta a deshora.

otros. Aquí empezó a perturbarse el buen humor. Entre 8
los recién llegados apareció un esclavo joven y de buena
presencia; Trimalción se echó sobre él y empezó a
besarlo sin parar. En consecuencia, Fortunata, para 9
afirmar sus derechos claramente en plano de igualdad,
empezó a insultar a Trimalción, pregonando su inmun-
dicia y su bajeza por no saber contener su instinto.
Acabó incluso por decirle: «¡Perro!» Trimalción, por su 10
lado, exasperado por la escena, le tiró a Fortunata una
copa, alcanzándola en la cara. Ella, como si hubiera 11
perdido un ojo, dio un grito y se llevó al rostro sus
manos temblorosas. Centella quedó también consterna- 12
da y acogió en sus brazos a la amiga que sollozaba.
Un esclavo tuvo la atención de acercarle a la mejilla
herida un jarro de agua fría; Fortunata se apoyó sobre
él, quejándose y echando a llorar. Trimalción salta por 13
su lado: «¿Cómo? ¿Ha perdido la memoria esa flautista
siria? La he sacado del puesto en que estaba en venta
como esclava, he hecho de ella una persona decente.
Ahora se infla como una rana y no escupe en su falda[77]:
es un alcornoque, sin nada de mujer. Quien nace en 14
una choza no sueña con palacios. Séame propicio mi
Genio[78] y yo me encargaré de domar a esta Casandra
en zapatillas. Fui tonto de remate: me hubiera podido 15
casar con diez millones. Y bien sabes tú que no miento.
Sin ir más lejos, aun ayer, Agatón, el de la perfumería,
me llamó aparte para decirme: 'Te doy un consejo:
no dejes que se pierda tu raza'. Pero yo, por bonachón, 16
por no pasar por liviano, me clavé el hacha en mi propia
pierna. Bueno, ya me las arreglaré para que vuelvas a 17

77 Escupir sobre sí mismo era un procedimiento para conjurar la mala suerte.

78 El «Genio» es la divinidad protectora de cada hombre, algo así como nuestro ángel custodio. En la iconografía suele aparecer como un hombre vestido con toga, de pie entre los Lares, sosteniendo una patena y un cuerno de la abundancia.

buscarme deshaciéndote las uñas [79]. Y para que ya desde este momento te enteres de lo que te has ganado: Habinas, te prohibo que coloques su estatua en mi panteón; así, al menos después de muerto, no tendré discusiones. Más todavía: para enterarla de que sé castigar, prohibo que bese mi cadáver.»

75. Después de este arrebato, Habinas se adelantó
a suplicarle que se calmara: «Ninguno de nosotros
—le dice— está exento de culpas. Somos hombres y no
2 dioses.» Centella, llorando, le dijo lo mismo, e, invo-
cando su Genio Tutelar y llamándolo Gayo, le rogaba
3 que se dejara convencer. Trimalción ya no pudo con-
tener por más tiempo las lágrimas: «Te pido un favor,
Habinas; como es cierto que quiero verte disfrutar tu
peculio, si he faltado en algo, escúpeme a la cara.
4 Di un beso a este excelente muchacho, no por su her-
mosura, sino por lo que vale: sabe la tabla hasta el
diez, lee un libro de corrido; con su jornal se ha com-
prado un uniforme de gladiador tracio; también con
5 sus ahorros ha adquirido un sillón y dos copas. ¿No se
merece que yo lo mime como a niña de mis ojos?
Pero Fortunata se opone. ¿Es esa tu decisión, zancu-
6 da? Hazme caso: digiere tu felicidad, miloca, y déjate
ya de hacer rechinar mis dientes, cariño; de lo contra-
7 rio vas a ver por experiencia quién soy yo. Ya me cono-
ces: cuando me meto algo en la cabeza, es tan inamovible
como si lo fijaran con un clavo de tercia. Pero volva-
8 mos a los vivos. Os lo ruego, amigos: divertíos. Yo fui
un día exactamente lo que vosotros sois ahora, pero,
gracias a mis méritos personales, llegué a la posición
que veis. El corazón es lo que hace al hombre: todo
9 lo demás son bobadas. «Compro bien, vendo bien».

79 Se deshará las uñas escarbando la tierra en busca de Trimalción (!).

Otro os dirá otra cosa. Yo reviento de felicidad. Y tú,
roncadora [80], ¿aún sigues lloriqueando? Ya me cuidaré 10
yo de que llores tu suerte. Pero como os iba diciendo,
es mi honradez lo que me ha hecho llegar a esta afor-
tunada posición. Cuando vine de Asia, no levantaba más
que ese candelero. Baste saber que diariamente medía
mi estatura tomándolo como referencia; y para que me
saliera antes la barba, me frotaba los labios con el
hollín de la lámpara. No obstante, hice durante catorce 11
años las delicias de mi amo: no hay nada de vergonzoso
en dar gusto al amo. Por otra parte, daba satisfacción
también a la señora. Ya sabéis lo que quiero decir.
Me callo, pues no soy de esos vanidosos...

76. »Por otra parte, con el beneplácito de los dioses,
llegué a hacerme el amo de la casa y, desde entonces,
fui el cerebro rector del mismísimo patrono. ¿Para qué 2
más? Me nombró coheredero del César [81] y recibí un
patrimonio de senador. Nadie se conforma con lo 3
que tiene. Me apeteció hacer negocios. Para no can-
saros, seré breve: mandé construir cinco naves, las
cargué de vino (en aquel entonces se vendía a peso de
oro) y las mandé a Roma. Se diría que fue un sabotaje: 4
todas las naves naufragaron. Es una realidad, no un
cuento. En un solo día, Neptuno se engulló treinta mi-
llones de sestercios. ¿Os figuráis que me di por vencido? 5
No voy a deciros, por Hércules, que esta pérdida fue
para mí un plato de buen gusto. Como si nada hubiera
pasado, encargué otras naves, mayores, mejores y con
más suerte; tanto es así, que nadie me negaba el nom-
bre de héroe. Ya se sabe: un gran navío tiene gran 6

80 Ya hemos visto anteriormente que Trimalción achacaba a Fortunata sus ronquidos nocturnos (cfr. capítulo 47).

81 Lo de introducir al César entre los herederos era una precaución frecuente entre los ricos para que los Césares no anulasen su testamento y confiscaran la herencia en su totalidad.

resistencia. Volví a cargarlas de vino, tocino, habas,
7 perfumes y esclavos. En esta ocasión, Fortunata tuvo
un bello gesto: vendió todas sus joyas, todo su vestua-
rio y me puso en la mano cien escudos de oro. Fue la
levadura de mi peculio. Las cosas van de prisa cuando
8 los dioses quieren. En un solo viaje hice diez millones,
bien redondos, de sestercios. Inmediatamente rescaté
todas las fincas que habían pertenecido a mi patrono.
Construyo una casa, compro un lote de esclavos y ani-
males; todo cuanto tocaba crecía como panal de miel.
9 Cuando mis bienes llegaron a superar el patrimonio
nacional en su totalidad, me retiro del juego: dejé los
negocios y empecé a hacer empréstitos a los libertos.
10 Cuando ya estaba bien decidido a dejar también esas
transacciones, me indujo a seguir adelante un astró-
logo que casualmente llegó a nuestra colonia: era un
tipo griego, llamado Serapa, digno consejero de los
11 dioses. Me dijo cosas que yo ya tenía olvidadas: me ex-
plicó todo de cabo a rabo; sabía todas mis interiorida-
des; sólo le faltó decirme lo que había cenado la vís-
pera. Era para pensar que había pasado toda su vida
bajo mi mismo techo.

77. »Escucha, Habinas; creo estabas presente cuan-
do me dijo: 'Tú te hiciste con tu mujer en tales
y tales circunstancias. Eres poco afortunado en amigos.
Nadie te corresponde con la debida gratitud. Eres due-
2 ño de vastos latifundios. Tú estás criando una víbora
en tu seno.' Y ¿por qué no he de decíroslo? También
me anunció que me quedaban treinta años, cuatro
meses y dos días de vida; y, además, que me sobreven-
dría pronto una herencia. He ahí el anuncio de mi
3 horóscopo. Y si tengo la suerte de extender mis domi-
nios hasta Apulia, me daré por satisfecho en la vida.
4 Entretanto, con la protección de Mercurio, he mandado
construir esta casa. Como sabéis, era una choza; ahora

es un templo. Tiene cuatro comedores, veinte dormito-
rios, dos pórticos de mármol; en la planta superior:
una sala, la habitación en que yo duermo, el nido de
esta víbora[82] y una espléndida vivienda para el por-
tero; la hospedería tiene capacidad para cien huéspe-
des. Basta un detalle: cuando Escauro viene aquí, 5
nunca va a parar a otro albergue, y eso que tiene junto
al mar la casa paterna. Aún hay otras muchas cosas
que luego os mostraré. Creedme: tanto tienes, tanto 6
vales; se te medirá por lo que tengas. Tal es el caso
de vuestro amigo: antaño era rana, hoy es rey. Entre- 7
tanto, Estico, saca la mortaja que quiero llevar a la
sepultura. Saca también el perfume y una muestra del
ánfora que he dispuesto para que se laven mis huesos.»

78. Estico no se hizo esperar; trajo al comedor
una manta blanca y una pretexta...; nos mandó com-
probar al tacto a ver si eran de buena lana. Trimal-
ción, sonriente, dijo: «Cúidalas bien, Estico; que no 2
las roan las ratas o les entre la polilla; de lo contra-
rio, te haré quemar vivo. Yo quiero tener un entierro
grandioso, para que todo el pueblo bendiga mi memo-
ria.» Acto seguido destapó un frasco de esencia de 3
nardo y nos perfumó a todos, diciendo: «Espero que
me sea agradable después de muerto como ahora en
vida.» En cuanto al vino, mandó echarlo en un jarro 4
ordinario, añadiendo: «Figuraos que estáis invitados a
mi banquete fúnebre.»[83]
La situación llegaba al colmo del mal gusto, cuando 5
Trimalción, embrutecido por la más innoble embria-
guez, mandó llamar al comedor a los cornetistas para
darnos un nuevo concierto. Entre un montón de al-

[82] La víbora que «anida» junto a la habitación de Trimalción
es, evidentemente, su esposa Fortunata.
[83] Ver *supra*, capítulo 72.

mohadones, se estiró hasta los pies del lecho, dicien-
do: «Figuraos que ya estoy muerto. Tocadme algo bo-
6 nito.» Los cornetas entonaron una marcha fúnebre.
Uno de ellos, esclavo del empresario de pompas fú-
nebres, el más decente de todos ellos, tocó tan bien
7 que despertó a toda la vecindad. Los vigilantes que
guardaban las cercanías, creyendo que había un incen-
dio en casa de Trimalción, forzaron bruscamente la
puerta y, provistos de agua y hachas, armaron el gran
8 revuelo. Nosotros, aprovechando la gran oportunidad,
dejamos plantado a Agamenón y echamos a correr apre-
suradamente como ante un verdadero incendio.

3.ª PARTE: EUMOLPO

79. No había a mano antorcha ninguna para guiar
nuestra marcha en desbandada, y el silencio de la
media noche ya no nos permitía contar con la luz de
2 los transeúntes. Añádase a esto nuestra embriaguez y
el desconocimiento de aquellos parajes que, aun en
3 pleno día, serían ya bastante oscuridad. Después de
arrastrarnos cerca de una hora entre toda clase de pe-
dregales y punzantes cascos de cerámica rota, nos sacó
4 de apuros la penetrante inteligencia de Gitón. La vís-
pera, y como medida preventiva, ya que temía perderse
hasta en plena luz del día, había marcado con tiza
todos los pilares y columnas; esas rayas triunfaron de
la más cerrada oscuridad nocturna y nos señalaron con
5 su destacada blancura el camino a seguir. No por ello
pasamos menos apuros cuando llegamos a la posada.
6 Nuestra vieja patrona, en compañía de sus huéspedes,
había bebido tanto que se hubiera dejado quemar viva
sin despertarse. Seguramente hubiéramos pasado la
noche a la puerta si no llega a pasar un mensajero de
7 Trimalción con un convoy de diez carros. Sin perder
el tiempo en armar escándalo, forzó, pues, la puerta

de la posada y nos hizo entrar con él por el mismo
boquete.

¡Qué noche aquella, dioses y diosas del cielo! ¡Qué 8
dulce lecho! Entre ardientes abrazos confundimos nues-
tras almas en un delirio de mutuos besos. Adiós pre-
ocupaciones mortales. Por mi parte, entonces, me sentí
morir.

No debo felicitarme, sin embargo. Pues cuando me 9
rindió el vino y se soltaron mis ebrios brazos, Ascilto,
inventor siempre a punto de las malas jugadas, me
arrebató en la oscuridad al chiquillo y lo pasó a su
cama. Retozando a sus anchas con un amante que no
le pertenecía (sin que éste se diera cuenta de la ofensa
o aparentando no dársela), se quedó dormido en un
abrazo adúltero con desprecio de todos los derechos
humanos. Así, pues, al despertarme y explorar a tientas 10
mi lecho, vi que me habían robado mi felicidad (si hay
que creer en la fidelidad de los amantes).
Yo sentí la tentación de atravesar a ambos con la
espada y prolongar su sueño en brazos de la muerte.
Luego, optando por una solución más prudente, des- 11
perté a latigazos a Gitón y, clavando sobre Ascilto una
mirada rabiosa, le digo: «Puesto que con tu crimen
has violado la palabra dada y nuestra común amistad,
recoge lo antes posible tus bártulos y busca otro es-
cenario a tu inmundicia.»
Ascilto no replicó, sino que, después de repartirnos 12
con la mayor lealtad nuestros despojos: «¡Bueno
—dice—, ahora repartámonos también al muchacho!»

80. Yo creía que me gastaba una broma en el ins-
tante de partir. Pero él desenvainó la espada con mano
homicida: «No ha de ser tuya —dice— esta presa sobre
la que pretendes recostarte exclusivamente tú. La mitad

ha de ser mía, aunque tenga que cortarla con mi es-
2 pada para vengar vuestro desaire.» Hice exactamente
como él: enrollé mi manto al brazo y me puse en guar-
3 dia. Ante esta deplorable locura, el infortunado chi-
quillo abrazaba llorando nuestras rodillas y nos supli-
caba con insistencia que no convirtiéramos aquella
humilde posada en una nueva Tebas, ni profanára-
mos, degollándonos mutuamente, los lazos sagrados de
4 la más ilustre amistad. «Si a todo trance —proclama-
ba— queréis un crimen, aquí está mi cuello al desnudo:
descargad aquí vuestros golpes, hundid aquí vuestros
puñales. Soy yo quien debo morir, yo que he roto vues-
5 tro juramento de amistad.» Envainamos la espada ante
tales ruegos, y Ascilto se adelantó a hablar: «Voy a
poner fin a nuestra discordia. Que Gitón siga a quien
quiera, dejémosle al menos la libertad de elegir al her-
6 mano que guste.» Yo me figuraba que unas relaciones
tan antiguas como las nuestras constituían ya un lazo
de consanguinidad. No puse el menor reparo; al con-
trario, acepté al vuelo la propuesta y dejé la decisión
en manos del juez. Él, sin deliberar, sin aparentar la
menor duda, apenas había yo terminado de hablar, se
7 levantó al punto y eligió a Ascilto por hermanito. Ful-
minado por este veredicto, tal como estaba, me dejé
caer desarmado sobre la cama, y hubiera atentado
contra mi propia vida de no haber mediado el temor
8 de contribuir así al triunfo de mi enemigo. Ascilto sale,
orgulloso, con su trofeo, y deja plantado, en tierras ex-
trañas, al que había sido hasta aquel instante su mejor
amigo, su inalterable compañero de penas y fatigas.

9 *La amistad es un nombre que dura mientras es
útil; el peón va y viene sobre el tablero del juego. Mien-
tras nos asiste la fortuna, oh amigos, nos dais la cara;
cuando la fortuna se derrumba, nos volvéis la espalda
y echáis vergonzosamente a correr.*

*La compañía representa su comedia en el escenario;
uno hace el papel de padre, otro el de hijo, un tercero
el de rico. Luego, cuando se cierra el libro que contiene
los papeles artísticos, reaparecen las verdaderas caras,
se desvanecen las ficticias.*

81. No di demasiado tiempo rienda suelta a las
lágrimas. Por temor, entre otros contratiempos, a que
llegara Menelao, nuestro profesor ayudante, y me en-
contrara a mi solo en la posada, recogí mis bártulos
y me fui con mi tristeza a un lugar retirado a orillas
del mar. Allí permanecí oculto durante tres días, ru- 2
miando en mi corazón mi soledad y mi fracaso; me
hería el pecho cansado de llorar, y, entre tantos y tan
hondos sollozos, exclamaba una y otra vez: «¿Por qué 3
no me habrá tragado la tierra en una sacudida sísmica?
¿Ni el mar que descarga su ira hasta sobre los inocen-
tes? ¿Habré escapado a la justicia, me habré salvado
de la arena del circo, habré matado a un huésped, para
acabar, con tantos títulos heroicos, como un mendigo
y un desterrado que vegeta en la soledad de una posada
en una ciudad griega? Y ¿quién me ha reducido a 4
este confinamiento? Un joven inmundo, cargado de vi-
cios, digno del destierro, según su propia confesión;
un joven que compró la libertad con el estupro, que es
libre por estupro, que vendió su juventud por un vale,
y se alquiló como mujer a quien conocía su identidad
de hombre. ¿Y qué diremos del otro? El día de tomar 5
la toga viril se puso una estola de señora; se dejó con-
vencer por su madre de que no era hombre; desempeñó
tareas femeninas en un calabozo de esclavos; y, después
de armar un escándalo y cambiar el escenario de su
liviandad, olvidó hasta el nombre de un viejo amigo
y (¡qué vergüenza!) cual mujer veleidosa, vendió todo
lo suyo por una sola noche de prostitución. Ahora, los 6
dos amantes pasan en estrecho abrazo noches enteras,

y tal vez uno y otro, en el agotamiento del placer, se ríen de mi soledad. Pero me la han de pagar. Pues si soy hombre, si soy hombre libre, he de lavar mi ultraje en su sangre criminal.»

82. Dicho esto, ciño la espada, y para que mi debilidad no hiciera fracasar la expedición, repongo fuerzas con comida abundante. Luego, salto a la calle y, como
2 loco, recorro todos los pórticos. Extraviada y desencajada la mirada, yo no soñaba sino muerte y sangre, echaba a cada paso mano a la espada, por la que había jurado vengarme; en esto llamé la atención de un soldado, sin duda un desertor o un maleante nocturno:
3 «Oye, camarada —me dice—, ¿a qué legión perteneces?, ¿a qué centuria?» Con el mayor aplomo le inventé un centurión y una legión. «¿Cómo? —replica el otro—,
4 ¿calzan de blanco los soldados de tu ejército?» En esto, como mi expresión y mi nerviosismo dejaran traslucir la impostura, me mandó deponer las armas y ponerme en guardia. Desarmado, pues, mejor dicho, cortadas las alas de mi venganza, me dirijo a la posada; poco a poco se calma mi temeridad y acabo dando gracias a aquel vagabundo por su audacia.

5 *No puede beber en medio de las aguas ni puede coger la fruta que cuelga de los árboles el infortunado Tántalo, aunque le apremia el ansia. He ahí el símbolo del rico poderoso. Acumula sin fin: tiene miedo y en su boca ardiente mastica hambre.*

6 No hay que poner demasiada confianza en los propios proyectos, pues también la Fortuna tiene sus designios.

....

83. Llegué a una sala de pintura con maravillosos cuadros de diversos estilos. Admiré la mano de Zeuxis

en aquellas de sus tablas que la injuria del tiempo no había logrado todavía destruir; también vi bocetos de Protógenes, que competían en realismo con la propia naturaleza y que yo no podía tocar sin sentir cierto
sobrecogimiento. Adoré también a la diosa de Apeles 2
que los griegos llaman Monocnema[84]. El contorno de las figuras destacaba con tal primor y naturalidad, que
las figuras parecían tener vida. Por un lado, un águila 3
planeaba en el cielo llevándose al escanciador del Ida; por otro lado, el inocente Hylas rechazaba a una Náyade impúdica. Apolo maldecía su brazo asesino[85] y adornaba con un capullo entreabierto su lira por ten-
sar. También había unos cuadros con figuras de enamo- 4
rados; yo, como si estuviera solo, exclamé: «Así, pues, hasta los dioses se enamoran. Júpiter no halló en todo su cielo el objeto de su amor; por eso bajó a la tierra a satisfacer su pasión, pero sin perjudicar a nadie.
La Ninfa que raptó a Hylas hubiera dominado su pa- 5
sión si hubiera pensado que Hércules vendría a reclamar sus derechos sobre ese joven. Apolo hizo revivir en una flor la sombra del joven Jacinto; y todas las
fábulas están llenas de amores sin rivalidades. Pero yo 6
admití como socio de mi vida a un huésped más cruel que Licurgo.»

Mientras yo lanzaba así mis quejas al viento, he 7
aquí que entra en la sala de pinturas un anciano de blanca cabellera, cuyo rostro reflejaba la angustia y quería aparentar cierto aire de grandeza; su aspecto externo no era muy distinguido, y por lo tanto se tra-

---

84 «Monocnema» significa en griego «una sola pierna»; las Dianas «monocnemas» representaban a la diosa en actitud de carrera, sosteniéndose sobre una pierna sola.

85 Apolo, jugando al disco, mató accidentalmente a su amigo, el joven y hermoso Jacinto: de la sangre del muchacho hizo brotar la flor que lleva su nombre; cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, X, 162-220.

taba evidentemente de uno de esos escritores que se
8 atraen la antipatía de los ricos. Ese individuo se detuvo,
pues, a mi lado.

«Soy un poeta —me dice—, y de no poca inspiración,
me parece, si algo significan las coronas, aunque con
frecuencia el favoritismo las conceda también a la me-
9 diocridad. 'Y entonces —me dirás—, ¿por qué vas tan
mal vestido?' Precisamente por eso. El amor al arte
nunca ha enriquecido a nadie.

10 *»Quien confía en el mar, hace fortuna. Quien sienta
plaza en los campamentos militares se forra de oro.
El vil adulador disipa su embriaguez descansando
sobre púrpura bordada. Quien seduce a las casadas
recibe un premio por su adulterio. Sólo la elocuencia
tirita de frío entre harapos y con la voz de la pobreza
clama en el desierto de las artes.*

84. »No hay duda, la realidad es ésta: si alguien
riñe con toda clase de vicios y se lanza por el camino
de una vida recta, lo primero que se encuentra es la
reacción del odio ante su moralidad ejemplar: ¿quién
puede dar por buenos unos principios opuestos a los
2 suyos? Además, los que tan sólo se ocupan de amonto-
nar riquezas no quieren que a los ojos de los hombres
3 haya nada superior a lo que ellos detentan. Eso los
lleva a atacar por todos los medios posibles a los cul-
tivadores de las letras, pretendiendo demostrar que
también los literatos están a merced de su dinero.»

....

4 «No sé por qué, pero el genio tiene por hermana a
la miseria.»

....

5 «Ya quisiera yo que el enemigo que me condena al
hambre fuera persona de tan buena fe que pudiera de-

jarse ablandar. Pero es un veterano del crimen, un
auténtico maestro de rufianes.»

....

85. EUMOLPO. «Cuando el servicio militar me llevó
a Asia en el séquito del cuestor, se me dio alojamiento
en Pérgamo. Estaba allí muy a gusto por lo confortable
de la casa, y sobre todo porque el hijo de mi huésped
era toda una belleza. Inventé un procedimiento para
ser su amante sin excitar las sospechas del padre. Siem-
pre que en la mesa se trataba de la corrupción de me- 2
nores bien parecidos, me indignaba tan vivamente, me
negaba con tan seria austeridad a oír hablar de esas
obscenidades, que todos, pero especialmente la madre,
me miraban como a uno de los siete sabios. Ya era yo 3
el encargado de acompañar al joven al gimnasio, ya era
yo el que dirigía sus estudios, yo quien le daba lecciones
y consejos para que ningún seductor entrara en casa.

....

»Un día que estábamos acostados en el comedor 4
(pues una solemnidad había abreviado aquel día la
tarea escolar y por pereza no nos habíamos movido del
comedor después de la prolongada fiesta), a eso de la
media noche comprendí que el muchacho estaba des-
pierto. Con tímido susurro pronuncié el siguiente voto: 5
'Diosa Venus (dije), si yo llego a besar a ese chiquillo
sin que él se entere, mañana le regalo un par de pa-
lomas'[86]. Al oír el precio asignado a mi capricho, el 6
muchacho empezó a roncar. Así, pues, me acerqué
al pequeño comediante y le planté unos cuantos besos.
Satisfecho de este primer paso, me levanté muy de
mañana y le traje el hermoso par de palomas que él
estaba esperando. Mi voto quedaba cumplido.

---

86 Las palomas eran símbolo y prenda de amor.

86. »La noche siguiente, dándoseme idéntica opor-
tunidad, formulé un nuevo voto: 'Si puedo (digo) aca-
riciarlo con mano libertina sin que él se entere, como
premio por su complacencia le daré un par de gallos
2 de los más agresivos.' Ante esta promesa, el joven se
me acercó espontáneamente; sin duda le entró miedo
3 de que yo me quedara dormido. Accedí, pues, a su im-
paciencia y saboreé todas las delicias de su cuerpo,
sin dar el último paso. Luego, cuando se hizo de día,
le di la gran alegría de traerle cuanto le había pro-
metido.

4 »Cuando la tercera noche me trajo nueva oportuni-
dad (él se hacía el dormido), me levanté y le dije al
oído: 'Dioses inmortales, si logro dar a este chiquillo
dormido el abrazo supremo que deseo, en pago de mi
felicidad le daré mañana un corcel macedónico, un
verdadero ejemplar, pero con una condición: que el
5 muchacho no se entere de nada.' Nunca había tenido
el joven un sueño tan profundo. Empecé, pues, por
aplicar mis manos a sus pechos de blancura inmacula-
da; luego, siguió un apretado beso y por último un
abrazo que colmó de una vez todas mis ansias. Por la
mañana, sentado en la habitación, esperaba mi regalo
6 habitual. Pero ya se sabe, es bastante más sencillo com-
prar unas palomas o unos gallos que un corcel; además,
temía que un regalo tan considerable excitara sospechas
7 sobre tanta generosidad de mi parte. Por lo tanto,
tras un paseo de varias horas, volví a casa sin darle
más que un beso. Pero él, mirando alrededor y col-
gándoseme al cuello para abrazarme, exclama: 'Dime,
maestro, ¿dónde está el corcel?'

....

87. »Aunque con mi deslealtad me había cerrado la
puerta que tenía abierta, pude ganar su confianza otra
vez. Pasados unos días, como unas circunstancias aná-
logas nos habían colocado ante la misma oportunidad,
en cuanto oí roncar al padre empecé a suplicar al chi-
quillo que se reconciliara conmigo, es decir, que acce-
diera a dejarse querer; usé todos los argumentos que
dicta una vehemente pasión. Pero él, muy enfadado, 2
no hacía más que repetir: '¡Duérmete, o ahora mismo
se lo digo a mi padre!' No hay obstáculo que la tenaci- 3
dad no logre derribar. Mientras él seguía repitiendo
que despertaría a su padre, yo me deslicé a su lado y,
aunque aparentaba resistirse, conquisté la felicidad que
me negaba. No le disgustó del todo mi descaro y, des- 4
pués de quejarse ampliamente de que yo lo hubiese en-
gañado, burlado y ridiculizado ante sus compañeros a
quienes él había hecho grandes elogios de mi generosi-
dad: 'Para que veas (dice) que no soy como tú: si quie- 5
res vuelve a empezar.' Así, pues, olvidando todo resen- 6
timiento, me reconcilié con el chiquillo, aproveché sus
complacencias y me dejé caer dormido. Aún no que- 7
daba satisfecho aquel joven en plena forma y especial-
mente inclinado a la pasividad. Me sacó, pues, de mi
sopor: '¿Quieres algo más de mí?', dice. Aún no me 8
era desagradable del todo la oferta. Como pude, entre
suspiros y sudores, accedí a su petición y, agotado de
felicidad, me quedé nuevamente dormido. Menos de 9
una hora más tarde, empezó a pellizcarme de nuevo, di-
ciendo: '¿Por qué no repetimos?' Harto ya de que me 10
despertara tantas veces, exploté enfurecido y volví con-
tra él sus propias palabras: 'Duerme, o se lo digo a tu
padre ahora mismo.'

....

88. Reanimado por esas palabras, me dirigí a mi
mentor para preguntarle el siglo de aquellas pinturas
y el tema de ciertos cuadros que yo no entendía; tam-
bién le pregunté a qué atribuía la decadencia actual,
la desaparición de las bellas artes y en particular de

la pintura, de la que no subsistía el menor vestigio.
2 Contestó así: «Es el ansia del dinero lo que ha producido el cambio. Antaño, en efecto, cuando se apreciaba el mérito al desnudo, florecían las artes liberales y había una reñidísima competencia entre los hombres por divulgar pronto los descubrimientos útiles a la hu-
3 manidad. Por eso Demócrito[87] logró extraer la esencia de cada planta y se pasó la vida haciendo experiencias para descubrir la virtud de los minerales y vegetales.
4 Eudoxo envejeció en la cumbre de una altísima montaña para captar los movimientos de los astros en el cielo; y Crisipo, para excitar su inventiva, purificó
5 su mente por tres veces con eléboro. Y, para volver a las artes plásticas, Lisipo se murió de inanición, absorto en el esbozo de una estatua insuperable; y Mirón, cuyos bronces traslucían en cierto modo hasta el alma de los personajes y de las fieras que esculpía,
6 no encontró sucesor. Pero nosotros, sumergidos en vino y crápula, ni siquiera tenemos el valor de estudiar la producción artística del pasado, sino que, detractores de la Antigüedad, tan sólo enseñamos y estudiamos sus
7 vicios. ¿Dónde está la dialéctica? ¿Dónde la astronomía? ¿Dónde el camino tan trillado de la sabiduría? ¿Quién entra nunca en un templo y hace voto por alcanzar la elocuencia? ¿Quién busca asimismo la fuente
8 de la filosofía? Ya ni siquiera se pide la salud física o moral, sino que apenas se pisa el umbral del Capitolio, uno pone por condición de su ofrenda el entierro de

[87] Demócrito de Abdera (s. v a. J. C.), uno de los fundadores de la doctrina del átomo. Eudoxo de Gnido, astrónomo y matemático, inventor del cuadrante solar horizontal. Crisipo de Cilicia, discípulo de Zenón, fue uno de los fundadores del estoicismo (s. III a. J. C.). Lisipo fue el escultor preferido de Alejandro, como leemos en Horacio (*Epístolas* II 1, 240-241). Mirón (s. IV a. J. C.) fue el gran artista especializado como escultor de animales.

un pariente rico; otro, el descubrimiento de un tesoro; otro, el logro, sano y salvo, de treinta millones de ses-
tercios. El mismo senado, maestro de rectitud y bon- 9
dad, suele prometer mil libras de oro al Capitolio: esto es, para que nadie tenga reparos en correr tras el dinero, intenta con su dinero conciliarse al propio Júpiter.
No te extrañe pues ya que la pintura haya decaído, 10
cuando los dioses, como los hombres, todo el mundo ve más arte en un lingote de oro que en cualquier obra maestra de esos pobres maniáticos griegos llamados Apeles o Fidias.

89. »Pero te veo absorto por completo ante el cuadro que representa la caída de Troya. Intentaré, pues, explicarte en verso su tema.

(POEMA[88])

»Diez veranos duraba ya el asedio de los desdichados frigios entre angustias y peligros; la fe del divino Calcas vacilaba en la incertidumbre de una sombría perplejidad; en esto, por consejo del dios de Delos, se talan las cumbres del Ida y sus robles partidos caen en masa para tomar la apariencia de un caballo amenazador. Forma un antro inmenso y oscuras cavernas que dan cabida a un campamento. Allí se encierra el valor, exacerbado por diez años de guerra. Los dánaos se hacinan en sus oscuras galerías: se ocultan en las entrañas del exvoto. ¡Oh patria! Nosotros nos creímos que sus mil navíos habían levado anclas y que tu solar estaba

[88] El poema de Eumolpo lleva el mismo título que el que cantó Nerón, a los acordes de la lira, durante el incendio de Roma (cfr. Suetonio, *Nerón*, 38). Pero la similitud de ambos poemas parece reducirse a la identidad del título; pues Eumolpo no alude para nada al incendio de Troya, y lo que quería Nerón era precisamente destacar la épica grandeza del incendio en ambos casos.

libre de guerra, tal como rezaba la inscripción grabada en el monstruo, tal como lo afirmaba Sinón en su actitud de futura víctima, fraguando para nuestra desgracia una eficaz mentira. Las multitudes, ya libres de la pesadilla de la guerra, se apresuran a cumplir sus votos franqueando las puertas. Las mejillas se inundan de lágrimas: como hay lágrimas de terror, también las hay de alegría. Pronto viene el pánico a secarlas. El sacerdote de Neptuno, Laocoonte, con la cabellera suelta, siembra con sus clamores la alarma entre las gentes. Luego, blandiendo su lanza, hiere el vientre del caballo; pero el destino detiene su brazo; el dardo rebota, afianzando así el ardid. Por segunda vez pone, no obstante, en tensión su débil brazo e intenta sondear de un hachazo el ingente busto. Se estremece la juventud cautiva en su interior y a su murmullo la mole de roble respira un extraño miedo. Se pone en marcha esa juventud cautiva para conquistar a Troya, y el inaudito ardid decide toda la guerra.

»He aquí ahora nuevos prodigios. Hay una zona en que aflora sobre las aguas marinas la espalda de la esbelta Ténedos; allí se encrespa el mar embravecido y la ola al romperse refluye a un nivel inferior al de la mar serena; como en el silencio de la noche, repercute en la lejanía el estruendo de los remos cuando las escuadras surcan el mar y la blanca superficie de las aguas gime bajo el peso de las quillas en movimiento. Volvemos la vista: dos serpientes, en ondulaciones gemelas, levantan el oleaje que bate las rocas; sus abultados cuellos, cual esbeltas naves, cubren de espuma sus flancos. Su cola emite un zumbido; sus melenas, flotando libremente sobre el agua, despiden los mismos destellos que sus ojos; el esplendor de sus rayos abrasa el océano; las ondas se estremecen ante sus silbidos. Los corazones son presa del terror. Allí estaban, de pie, con sus cintas sagradas y su traje frigio, los dos hijos de Laocoonte, prendas de su ternura. De pronto, las centelleantes serpientes los envuelven en los lazos de su cuerpo enroscado. Ellos se llevan a la cara sus tiernas manos; ninguno de los dos piensa en sí mismo; cada uno piensa en su hermano; el cariño ha invertido los papeles y la muerte se lleva a esos desgraciados mutuamente alarmados. He aquí que a la muerte de los hijos viene a sumarse ahora la del padre, impotente protector. Cebados ya en la muerte, los monstruos se arrojan sobre él y arrastran sus miembros por el suelo. El sacerdote yace como víctima al pie del altar y golpea la tierra. Así, con esta profanación sagrada, Troya, a punto de perecer, empieza por perder sus dioses.

»Ya Febea[89]*, en su plenitud, había desplegado su esplendorosa melena y con rostro radiante abría la marcha al frente de los astros menores. Entonces, entre los hijos de Príamo sepultados bajo las tinieblas de la noche y del vino, los griegos abren el recinto del caballo y saltan a tierra los guerreros. Los caudillos en armas ponen a prueba su forma física, como el corcel tesalio, al sentirse libre del yugo, suele sacudir la cerviz con su altiva melena antes de lanzarse a correr. Desenvainan las espadas, se cubren con sus escudos ligeros y emprenden la lucha. Uno decapita al adversario aletargado por el vino y prolonga su sueño en el sueño último de la muerte; otro inflama en los altares su antorcha incendiaria e invoca contra Troya a los propios dioses troyanos.»*

90. Aquí, unos transeúntes que paseaban por el pórtico atacaron a pedradas a Eumolpo en plena declamación. Pero él, como genio acostumbrado a verse aplaudido así, se cubrió la cabeza y se lanzó fuera del
templo. Tuve miedo de que se me tomara a mí tam- 2

[89] «Febea», la hermana de Febo, es decir, la Luna.

bién por poeta; eché, pues, a correr tras él hasta llegar
a la playa, y cuando pudimos parar, fuera ya del al-
3 cance de los proyectiles, le pregunto: «Oye, ¿qué pre-
tendes con esa manía? Llevas apenas dos horas a mi
4 lado y me has hablado más en verso que en prosa. No
me extraña que la gente te persiga a pedradas. También
yo me voy a llenar los bolsillos de piedras, y en cuanto
5 te pongas a delirar te descalabraré sin duelo.» Movió
la cabeza, diciendo: «¡Oh, querido jovencito! No me
he estrenado hoy. No. Cada vez que me he presentado
en el teatro para dar un recital, el público me ha dis-
6 pensado siempre la misma acogida. Bueno, para no
tener que pelearme también contigo, me abstendré por
todo el día de hoy del sabroso manjar de la poesía.»
«Pues yo —le contesto—, si por hoy abjuras tu manía,
te invito a cenar conmigo.»

....

7 Yo encargo a la guardiana de mi mísera morada la
preparación de mi mísera cena.

....

91. Veo a Gitón; tiene en la mano ropas y un ce-
pillo; está apoyado contra la muralla, preocupado y
2 abatido. Era evidente que no le gustaba su oficio. Para
confirmar, pues, el testimonio de mis ojos...

Se volvió hacia mí, con cara risueña, y me dijo:
«¡Ten compasión de mí, hermano! Donde no hay arma-
mento a la vista puedo hablar con libertad. Sácame
del servicio de un bandido sanguinario y castiga con el
rigor que quieras a tu juez arrepentido[90]. Será suficien-
te alivio para mi desgracia el de sucumbir por tu vo-
3 luntad.» Yo le ordeno dejarse de lamentos para que
nadie se enterara de nuestros proyectos y, abandonan-

[90] Alusión al juicio referido en el capítulo 80.

do a Eumolpo —estaba recitando un poema en el bal-
neario—, saco a Gitón por una salida oscura y sucia,
y en un vuelo me planto en mi posada. Acto seguido 4
cierro debidamente las puertas y me dejo caer sobre
él, abrazándolo y cubriendo de besos su rostro inunda-
do de lágrimas. Pasó rato sin que ninguno de los dos 5
pronunciáramos una sola palabra; pues el joven tenía
su delicioso pecho dolorido de tanto sollozar. «¡Oh 6
conducta indigna la mía: la de seguir amándote a pesar
de verme abandonado! Y en mi corazón no queda hue-
lla de la herida por muy honda que haya sido. ¿Qué
me dices tú de tus concesiones a un amor extraño?
¿Merecí yo tal ofensa?» Al darse cuenta de que yo lo 7
seguía queriendo, Gitón levantó un poco más las cejas.

....

«No obstante, dejé exclusivamente a tu albedrío la
decisión de tu amor. Pero ya no me quejo, ya lo he
olvidado todo con tal de ver en ti un sincero y leal pro-
pósito de enmienda.» Como yo entrecortaba mis pa- 8
labras con gemidos y lágrimas, él me enjugó el rostro
con su manto, diciéndome: «Por favor, Encolpio, yo
apelo a la fidelidad de tus recuerdos: ¿soy yo quien
te abandoné, o eres tú quien me traicionaste? Confieso
y proclamo abiertamente que, ante dos hombres arma-
dos, busqué refugio junto al más fuerte.» Besé aquel 9
corazón lleno de sabiduría y, echándome a su cuello para
darle a entender claramente que estaba reconciliado
con él y que nuestra amistad renacía con los mejores
auspicios, lo oprimí contra mi pecho en un efusivo
abrazo.

92. Era ya noche cerrada y ya la mujer había
cumplido mi encargo referente a la cena, cuando Eu-
molpo llamó a la puerta. Yo pregunto: «¿Cuántos sois?»
Y, de paso, por una rendija, me puse a explorar aten- 2

tamente el exterior, a ver si con Eumolpo llegaba tam-
3 bién Ascilto. En cuanto comprobé que mi huésped
venía solo, me abalancé a abrirle. Él, al tumbarse sobre
mi camastro y ver a Gitón poniendo la mesa en su
presencia, movió la cabeza diciéndome: «Enhorabuena
por este Ganimedes. No podemos menos hoy que pasar-
4 lo muy bien.» No me gustó este exordio tan indiscreto
y temí haber acogido en mi casa a un segundo Ascilto.
5 Eumolpo vuelve a insistir, y, cuando el muchacho le
hubo servido la bebida: «Me gustas más tú —le dice—
que toda la colección de bañistas.» Y, vaciando la copa
de un trago, añadió que nunca había pasado un día tan
6 amargo. «Pues mientras estoy en el baño —dice— casi
me matan a palos por intentar recitar un poema a los
bañistas sentados alrededor de la piscina; y cuando me
vi expulsado del baño como tantas veces me echaron
del teatro, empecé a buscarte por todos los rincones,
7 repitiendo a voz en grito: ¡Encolpio! En el extremo
opuesto un joven desnudo (había perdido su ropa) tam-
bién reclamaba a su Gitón con el mismo indignado
8 griterío. Pero a mí, los mozos de servicio, tomándome
por un loco, me ridiculizaron con la más descarada
parodia; en cambio, el otro se vio rodeado por una
enorme multitud que, muy respetuosa, lo aplaudía y
9 admiraba. Claro, ante sus atributos viriles tan despro-
porcionados, era el hombre en sí quien parecía un se-
cundario apéndice. ¡Oh, joven de bríos! Sin duda puede
iniciar su tarea la víspera y tiene hasta el otro día. Por
10 eso halló tan pronto ayuda; no sé qué caballero romano,
un infame personaje, según decían, al verlo correr de
un lado a otro, le echó encima su manto y se lo llevó
a casa, sin duda para apropiarse en exclusiva de tan
11 espléndida fortuna. Yo, en cambio, no hubiera conse-
guido que los mozos de servicio me devolvieran mis
ropas sin presentarles una persona que me avalara. Tan
12 cierto es que valen más ingles que ingenio.» Durante

el discurso de Eumolpo yo cambiaba de fisonomía a cada paso, sucesivamente alegre o triste ante los deshonrosos fracasos o los éxitos de mi enemigo. No obstante, como si nada supiera de la historia, me callé y mandé servir la cena.

....

93. No apreciamos lo que está a nuestro alcance; y el corazón, cediendo a un gusto extraviado, sólo anhela la fruta prohibida:

Aves como el faisán —importado de Fasia, en Cól- 2
quide— o la pintada africana son sabrosas a nuestro paladar porque no es nada fácil conseguirlas. En cambio, la oca blanca o el pato, con las variables tonalidades de sus abigarradas plumas, saben a plebeyo. El escaro que nos llega de las más lejanas playas y la incierta pesca traída por una nave que ha corrido el riesgo de naufragar entre las Sirtes, eso sí que lo apreciamos. El mújol ya resulta pesado. La amante desplaza a la esposa. La rosa no se atreve a competir con el cinamomo. Lo que escasea es siempre lo mejor.

«¿Así cumples —le digo— tu promesa de no com- 3
poner hoy un solo verso? Ten palabra: perdónanos al menos a nosotros, ya que nosotros nunca te hemos apedreado. Pues si alguno de los bebedores instalados en esta hospedería llega a olfatear el solo nombre de poeta, amotinará a todo el vecindario y nos triturará a todos por el mismo motivo. Ten piedad de nosotros y
recuerda el episodio de la pinacoteca o del baño.» Por 4
expresarme así, merecí una reprimenda del joven Gitón con toda su dulzura; me decía que no estaba bien meterse con una persona de edad, faltando además a los deberes de la hospitalidad: yo sentaba cortésmente un invitado a mi mesa y luego lo espantaba con mi gro-

sería. Y continuó con otras muchas recomendaciones
llenas de moderación y respeto, maravillosamente ade-
cuadas a su hermosura.

94. EUMOLPO A GITÓN. «¡Feliz madre la tuya —dice
Eumolpo— por haber traído al mundo a un hijo como
tú! ¡Ten buen ánimo! Es raro ver a la hermosura
unida a la sabiduría. Créeme: no has perdido el tiempo
con tanta recomendación: has cautivado mi cariño.
2 Yo llenaré mis poemas de alabanzas en tu honor. Yo
seré tu guía y protector; aunque no me lo mandes, se-
guiré tus pasos. Esto no es ofender a Encolpio: tiene
3 otro amor.» Fue una suerte para Eumolpo que el sol-
dado aquel me hubiera quitado mi espada; de lo con-
trario hubiera ahogado en la sangre de Eumolpo la
4 rabia que tenía contra Ascilto. No dejó de advertirlo
Gitón. Por eso salió de la habitación como si fuera a
por agua, y con su discreta salida calmó mi furor.
5 Poco a poco se enfrió, pues, mi resentimiento: «Eumol-
po —digo—, aún prefiero oírte hablar en verso que for-
mular semejantes votos. Yo soy violento y tú liviano:
ya ves qué poca armonía hay en nuestros caracteres.
6 Tenme, pues, por un demente y cede a mi locura; es
7 decir, escapa cuanto antes.» Aterrado por mi declara-
ción, Eumolpo no preguntó por el motivo de mi furia,
sino que cruzó en el acto el umbral, dio un portazo,
me dejó encerrado en la celda, cuando menos me lo
esperaba, y, sacando bruscamente la llave, se fue co-
rriendo en busca de Gitón.
8 En esta encerrona, yo decidí poner fin a mi vida
ahorcándome. Ya había ligado mi cinturón al catre de
mi camastro dispuesto contra la pared; ya estaba atán-
dome el nudo al cuello, cuando, abriéndose la puerta,
entra Eumolpo con Gitón y me vuelve a la luz en el
preciso instante en que yo iba a cruzar la meta fatal.
9 Gitón, especialmente exasperado, pasando del dolor a

la rabia, prorrumpió un grito y, de un empujón con
ambas manos, me tiró sobre la cama: «Estás equivo- 10
cado, Encolpio —me dice—, si te figuras que vas a
tener la suerte de morir antes que yo. Yo lo intenté
antes que tú: busqué una espada en casa de Ascilto.
Y si no te hubiera hallado a ti, hubiese hallado la muer- 11
te al fondo de un precipicio; y para que veas que la
muerte no está lejos de quienes la buscan, contempla
a tu vez el espectáculo que pretendías ofrecerme a mí.»
Dicho esto, arrebata al servidor asalariado de Eumolpo 12
una navaja, se da una puñalada tras otra en el cuello
y cae redondo a nuestros pies. Yo doy un grito de 13
terror y, acompañándolo en su caída, quiero con el
mismo acero abrirme paso hacia la muerte. Pero ni 14
Gitón presentaba el menor síntoma de estar herido ni
yo sentía el menor dolor. Pues era una navaja sin filo
y precisamente despuntada para prácticas de apren-
dices barberos lo que el servidor a sueldo llevaba en
la vaina. Por eso se la había dejado quitar sin asus- 15
tarse, por eso Eumolpo tampoco había intentado evi-
tar la comedia del suicidio.

95. Mientras se desarrolla ese drama entre aman-
tes, llega el mesonero con la segunda parte de nuestra
pobre cena y, tras contemplar el tristísimo cuadro de
los que yacían por el suelo, dice: «¿Cómo? ¿Son unos 2
borrachos, unos esclavos fugitivos, o ambas cosas a la
vez? ¿Quién ha levantado la cama esa y qué significa
este revoltillo? Ciertamente vosotros, por no pagarme 3
el alquiler de la habitación, habéis decidido largaros
de noche. Pero esto no ha de quedar así. Yo me encargo
de haceros comprender que estáis en casa no de una
viuda indefensa, sino de Marco Manicio en persona.»
Eumolpo exclama: «¿Encima, amenazas?» Y al tiempo 4
descarga un rudísimo tortazo sobre su rostro. El otro, 5
con la soltura que le daban los brindis celebrados en

compañía de sus huéspedes, disparó sobre la cabeza de Eumolpo un jarro de barro que partió la frente de aquel gruñón, y acto seguido se lanzó al exterior de la
6 sala. Eumolpo, indignado ante la afrenta, echa mano a un candelero de madera, sale en persecución del fugitivo y venga el descalabro de su frente con una lluvia
7 de golpes. Se concentra la servidumbre y afluyen en masa los huéspedes: todos ellos borrachos. Yo, aprovechando la ocasión de vengarme, cierro la puerta sobre Eumolpo y, devolviéndole la jugada al matón, me dispongo a gozar, sin competencia, de la habitación y de la noche.

8 Entretanto, cocineros e inquilinos traen a mal traer a nuestro excluso: uno, con un asador todavía repleto de carnes rechinantes, pretende reventarle los ojos; otro, con una horquilla sacada de la despensa, adopta la actitud de un combatiente. Destaca sobre todo una vieja legañosa, con un mandil de lo más asqueroso, con unas altas madreñas desemparejadas: trae atado a una cadena un perro descomunal, al que azuza contra
9 Eumolpo. Pero él, con su candelero, se cubría contra toda clase de riesgos.

96. Nosotros seguíamos toda la escena a través de un agujero que había en la puerta, porque se acababa de romper el picaporte. Yo aplaudía por la paliza que
2 daban a Eumolpo. Gitón, en cambio, siempre compasivo, opinaba que debíamos abrirle y socorrerlo en el apre-
3 miante peligro. Como aún seguía vivo mi rencor, no pude contenerme y di al tierno Gitón un rabioso y
4 punzante capirotazo en la cabeza. Se fue llorando a sentarse en la cama. Yo, pegando al agujero alternativamente un ojo y el otro, saboreaba la humillación de Eumolpo como un delicioso manjar y le recomendaba pedir auxilio; en esto, el administrador del inmueble, Bargatés, a quien hicieron levantarse de la

mesa, aparece en medio de la contienda en brazos de dos litereros, porque padecía de la gota. Después de 5
una larga perorata, con su voz rabiosa y bárbara, contra aquella pandilla de borrachos y esclavos evadidos, se vuelve a Eumolpo y dice: «¡Oh el más culto 6
de los poetas! ¿Eras tú? ¿Y estos sinvergüenzas de esclavos no echan a correr? ¿Se atreven a ponerte las manos encima?»

....

EL ADMINISTRADOR BARGATÉS A EUMOLPO

«Mi compañera no me hace caso. Así pues, si me 7
quieres, maltrátala en tus versos para restarle humos.»

....

97. Mientras Eumolpo habla a solas con Bargatés, se presenta en el albergue un pregonero seguido de un esclavo público y un reducido número de acompañantes. Agitando una antorcha que daba más humo que luz, proclamó el siguiente anuncio:

«Hace pocas horas ha desaparecido del balneario un 2
jovencito de unos dieciséis años: tiene el pelo rizado, es gracioso y guapo; se llama Gitón. Si alguien lo devuelve o indica su paradero, recibirá la gratificación de mil escudos.»

A pocos pasos del pregonero estaba Ascilto, envuelto 3
en un abigarrado manto y con una bandeja en que llevaba las pruebas de identificación y la suma prometida. Mandé a Gitón que se escondiera rápidamente 4
bajo la cama y se enganchara de pies y manos a las cuerdas entrelazadas al catre para sostener el colchón; de este modo, como antaño Ulises pegado a su borrego, también él, estirado ahora bajo el camastro, podría burlar las manos de los actuales inquisidores. Gitón, 5
sin hacerse esperar, cumplió mis órdenes: en un abrir y cerrar de ojos se enganchó al cordaje y superó a

6 Ulises en su propio terreno. Por mi parte, para no
dar lugar a sospechas, llené la cama de ropas y marqué
en ella la huella de una sola persona a la medida de mi
propia estatura.

7 Entretanto, Ascilto, tras recorrer con el introductor
oficial todas las demás habitaciones, llegó a la mía y
se forjó una esperanza tanto más firme cuanto mejor
8 trancada encontró la puerta. El agente oficial, intro-
duciendo sus hachas por las rendijas, hizo saltar la
9 resistente barra. Yo caí de rodillas ante Ascilto e, in-
vocando nuestra antigua amistad y nuestras comunes
miserias, le pedí que me dejara al menos ver a Gitón.
Más todavía: para que él diera crédito a mi fingido
ruego, añadí: «Ya lo sé, Ascilto; has venido a matarme.
Pues ¿qué otra finalidad tienen las hachas que has traí-
do? Sacia pues tu resentimiento: aquí tienes mi cabeza,
derrama la sangre que has venido a buscar so pretexto
10 de un registro.» Ascilto descarta el rencor que le atri-
buyo; afirma que no pretende sino recobrar a su eva-
dido, que nunca ha deseado matar a nadie, y menos a
un suplicante como yo que seguía siendo su gran cariño
aun después de nuestra fatal querella.

98. El agente público no actúa con tanta suavidad, sino que echando mano al bastón del cantinero lo mete bajo la cama y escudriña hasta los últimos socavones de la pared. Gitón se retorcía para esquivar los golpes y, conteniendo la respiración por temor a delatarse, se frotaba la cara contra las chinches.

....

2 Eumolpo, ahora que por estar rota la puerta ya no
era posible cerrarla para nadie, irrumpe descompuesto
en el interior: «Ya tengo mil escudos —dice—; ahora
mismo intentaré alcanzar al pregonero y, en digna co-
rrespondencia a tu traición, le declararé que tienes a

Gitón en tu poder.» Yo abrazo sus rodillas y, aunque 3
sigue inflexible, le ruego que no remate a dos moribun-
dos: «Tendrías razón de acalorarte —añado— si te fue-
ra posible presentar al que delatas. Ahora el joven ha
huido entre la gente y no puedo sospechar en dónde
se ha metido. Por la bondad divina, Eumolpo, hazte
con el muchacho, aunque sea para entregarlo a As-
cilto.»

Cuando ya mis razones empezaban a convencer a Eu- 4
molpo, Gitón, sin poder contener la respiración, es-
tornudó tres veces seguidas con tal intensidad que hizo
temblar la cama. Eumolpo se volvió ante la sacudida 5
y respondió a la tos de Gitón con la jaculatoria de
ritual. Luego, levantando el colchón, se encuentra con
un Ulises a quien hasta un Cíclope hambriento hubiera
perdonado la vida. Después, volviéndose hacia mí, dice: 6
«¿Cómo? ¡Bandido! ¿Aun cogido con las manos en la
masa te has atrevido a negarme la evidencia? Es decir,
si cierta divinidad, cual árbitro del humano destino, no
hubiera obligado a ese joven a delatar su propia pre-
sencia cuando estaba ahí colgado, yo me hubiera visto
burlado corriendo de taberna en taberna...»

....

Gitón, siempre mucho más adaptable que yo, empezó 7
por vendar con unas telas de araña empapadas en aceite
la herida que Eumolpo había recibido en la ceja. Luego
le dio su propia capa a cambio de la túnica rasgada del
primero; y, ahora, viéndolo ya calmado, lo estrecha
entre sus brazos y lo cubre de besos como suave bál-
samo: «Oh, padrecito querido, en tus manos, sí, en tus 8
manos tienes mi suerte. Si amas a tu Gitón, empieza
por consentir que se ponga a salvo. ¡Ojalá me abrasara 9
a mí solo un fuego hostil! ¡Ojalá me tragara a mí solo
la mar embravecida! Pues yo soy el objeto de toda esta

serie de crímenes, yo soy su promotor. Si yo muriera, los bandos enemigos llegarían a un acuerdo.»

....

99. EUMOLPO. «Por mi parte, siempre y ante cualquier situación aproveché el momento presente como si cada día fuera para mí el último y no debiera ver jamás otro amanecer.»

....

2 Con profusión de lágrimas, le ruego y conjuro que
se reconcilie conmigo: le dije que no estaba al alcance
de los enamorados el saber dominar la locura de los
celos, pero que, no obstante, yo procuraría en adelante
no decir ni hacer nada ofensivo para él; que, por otra
parte, él, como maestro de bellas artes, debía limpiar
su alma de la lepra del rencor hasta suprimir la última
3 huella. En las zonas incultas y escabrosas son más dura-
deras las nevadas; pero cuando brilla la tierra cul-
tivada por el arado, la leve capa helada se derrite en
un abrir y cerrar de ojos. Así sedimenta el rencor en
los corazones: se aposenta en las almas groseras, se
4 desliza sobre los espíritus cultos. «Para demostrarte
—dice Eumolpo— que tienes razón al hablar así, toma,
te doy el beso de la paz. Sea enhorabuena pues, pre-
parad los bártulos y seguidme, o, si lo preferís, guiad
5 mis pasos.» Aún estaba hablando, cuando sonó la puer-
ta abierta de golpe y apareció plantado en el umbral
un marinero con la barba alborotada: «Estás perdien-
do el tiempo, Eumolpo —dice—, como si no supieras
6 que tenemos prisa.» Sin más, nos ponemos todos en
pie; y Eumolpo, despertando a su mercenario, que ya
llevaba un buen rato durmiendo, le ordena echar a
andar con el equipaje. Yo, con la ayuda de Gitón, meto

en un saco todas nuestras cosas y, después de encomendarme a los astros, subo a bordo del navío.

....

100. «Es un contratiempo que el muchacho guste
a Eumolpo. Pero ¿qué? ¿No disfrutamos en común de
los mejores dones de la naturaleza? El sol luce para
todo el mundo. La luna, con su séquito de innumerables
astros, guía a las propias fieras en busca de sus pastos.
¿Hay algo más bello que una corriente de agua? No
obstante, el agua está al servicio público. ¿Por qué ha
de ser, pues, el amor, por excepción, un robo más bien
que un galardón asequible a cualquiera? No, de nin-
guna manera quiero ser dueño de bienes que exciten
la envidia pública. Un solo rival, y viejo por añadidura,
no tiene importancia; aunque pretendiera alguna ven-
taja en exclusiva, fracasaría por falta de aliento.»
Pensé todo eso como simple posibilidad, burlando con 2
ello mi reacio corazón; hundí la cabeza en mi capucha
y me puse a soñar como si estuviera dormido.

Pero, de pronto, como si la Fortuna se hubiera pro- 3
puesto abatir mi resistencia, se dejó oír sobre la cu-
bierta de la nave una voz que se quejaba en estos tér-
minos: «¡Entonces, se ha burlado de mí!» Esta voz 4
masculina y un tanto familiar a mis oídos me hizo
palpitar el corazón. Luego, una mujer, presa de la mis-
ma indignación, prorrumpió en tono más inflamado:
«Si un dios —dice— hiciera caer a Gitón en mis manos,
¡qué acogida iba a dar yo a ese fugitivo!»

Tanto a Gitón como a mí se nos heló la sangre en 5
las venas al oír tan inesperadas palabras. Y sobre todo
yo, por creerme víctima de alguna truculenta pesadilla,
tardé en recobrar el habla. Por fin, con mano temblo-
rosa, estiré la túnica de Eumolpo, que se estaba que-
dando dormido, y le pregunté: «Por favor, padrecito,

¿me puedes decir de quién es esta nave o qué pasaje
lleva?»
6 Le sentó muy mal que lo molestara, y me contestó:
«¿Valía la pena hacerte caso e instalarnos en el último
rincón de la cubierta, si era para no dejarnos luego
7 dormir? ¿Qué ganas si te digo que el dueño de esta
nave es Licas de Tarento y que lleva a Tarento una
desterrada llamada Trifaina?»

101. Quedé atónito y temblando al oír ese trueno;
presentando al desnudo mi cuello, digo: «Esta vez, ¡oh
Fortuna!, me has derrotado para siempre.» En cuanto
a Gitón, recostado sobre mi pecho, perdió el conoci-
2 miento un buen rato. Luego, cuando un sudor abun-
dante nos hubo hecho recobrar a ambos la lucidez
mental, me eché a los pies de Eumolpo diciendo: «Ten
compasión de unos moribundos y, por nuestra comuni-
dad de intereses, remátanos con tu brazo; se acerca la
hora de nuestra muerte y nos damos ya por bien paga-
dos con que no le cierres el paso.»
3 Desconcertado por esta diatriba, Eumolpo jura por
todos los dioses y diosas que no sabe nada de lo ocu-
rrido ni ha pensado en ningún daño o perjuicio, sino
que con la mayor inocencia y buena fe nos había em-
barcado con él en aquella nave en que tenía plaza re-
4 servada con mucha antelación. «¿Qué asechanzas hay
aquí —les dice— o qué temible Aníbal va con nosotros
a bordo? Licas de Tarento, persona de lo más honora-
ble, propietario de este barco cuyo rumbo dirige per-
sonalmente, y dueño también de algunas fincas y de
una casa comercial, ha fletado la nave con un carga-
5 mento destinado al mercado. He ahí a qué Cíclope, a
qué capitán de piratas debemos nuestro pasaje; con
él va además Trifaina, la mujer más hermosa del mun-
do, que anda siempre viajando por el gusto de viajar.»
6 «Precisamente —dice Gitón— son las personas de quie-
nes pretendemos huir.» Al tiempo, y atropellando las
palabras, expone al sobresaltado Eumolpo los motivos
de su odio y el inminente peligro que nos amenaza.
Desconcertado y sin saber qué partido tomar, el 7
anciano nos pide individualmente a todos nuestro pa-
recer: «Supongamos —dice— que nos hallemos en la
caverna del Cíclope. Hay que buscar alguna salida, si
no optamos por tirarnos al agua y librarnos así de todo
peligro.» «Bueno —dice Gitón—, convence al piloto 8
para que haga escala en algún puerto (con una buena
gratificación, naturalmente); asegúrale que tu hermano
no resiste el mar y está en las últimas. Podrás colorear
esta mentira con cierto aspecto de preocupación y al-
gunas lágrimas, para que el piloto se deje enternecer
y te haga caso.» Eumolpo replicó que eso era imposible, 9
«porque es difícil recalar para los grandes navíos, y
además parecerá inverosímil que el caso de tu hermano
revista tan de pronto esa gravedad. Añádase a esto que, 10
posiblemente, Licas, por cortesía, querrá visitar al pa-
ciente. Ya ves, ¡qué buena oportunidad la nuestra para
enfrentar al amo con los siervos que huyen de él!
Pero supongamos que el navío pueda desviarse de su 11
ruta en alta mar, supongamos que Licas no se dé una
vuelta por los camarotes de los enfermos; ¿cómo po-
dremos desembarcar sin que nos vea todo el mundo?
¿Con la cabeza tapada[91], o al descubierto? Si la tapa-
mos, ¿quién dejará de echar una mano a los enfermos?
Si vamos al descubierto, ¿qué más quieres para poner-
nos en evidencia?»

102. «¿Por qué —propongo yo— no acudimos más bien a la audacia? ¿Por qué no nos deslizamos por un cable hasta el bote salvavidas, cortamos las amarras y dejamos que la Fortuna se encargue de lo demás?

91 Entiéndase: «la cabeza tapada como un enfermo grave».

Y yo no quiero ver a Eumolpo envuelto en nuestra
2 aventura. ¿Por qué ha de cargar un inocente con los
riesgos del prójimo? Me doy por satisfecho con que la
3 suerte proteja nuestro descenso.» «Bonito proyecto
—dijo Eumolpo— si pudiera tener éxito. ¿A quién ha
de pasarle inadvertida vuestra salida? No al piloto
ciertamente, que se pasa la noche en vela observando
4 hasta el movimiento de las estrellas. Y aun suponiendo
que se quedara dormido, sólo se le podría burlar in-
tentando la fuga por el costado opuesto; ahora bien,
hay que deslizarse por la popa, es decir, sobre el mis-
mo timonel, puesto que allí está el cable que amarra
5 el bote. También me extraña, Encolpio, que no hayas
pensado en otra dificultad: que en el bote está de guar-
dia permanente, noche y día, un marinero y que para
deshacerse de él habría que matarlo o echarlo al agua
6 por la fuerza. ¿Os parece posible? Interrogad vuestro
valor. Por lo que afecta a mi colaboración, no rehuyo
ningún peligro, con tal que luzca una esperanza de sal-
7 vación. Pues arriesgar porque sí la vida, como cosa sin
importancia, es una decisión, por supuesto, que no cabe
8 en vosotros. A ver qué os parece esta otra idea: os voy
a envolver en dos pieles y, bien empaquetados con co-
rreas, os guardaré entre mis ropas como equipajes;
naturalmente habrá unos cabos sueltos para que podáis
9 respirar y tomar alimento. Al día siguiente empezaré a
gritar que mis esclavos, durante la noche, por temor a
un castigo más duro, se han tirado al mar. Más tarde,
al arribar al puerto, sin excitar la menor sospecha, os
10 desembarcaré como equipajes.» «¿Ah, sí? —le pregun-
to—. ¿Nos vas a atar como si careciéramos de ciertos
orificios, como si nuestro vientre no hiciera de las suyas,
como si no fuera normal que estornudáramos o roncá-
ramos? ¿Crees que un ardid como éste haya tenido
11 éxito alguna vez? Pero supongamos que podamos aguan-
tar un día empaquetados: ¿qué pasará si la cosa se

alarga porque la bonanza o los vientos desfavorables
detienen nuestro rumbo? ¿Qué podremos hacer? Hasta 12
las ropas se cortan por los pliegues si están enfardadas
mucho tiempo; y los papeles parecen distintos cuando
los has hecho un lío. Jóvenes como nosotros, poco
hechos a la fatiga, ¿podremos aguantar, como estatuas,
el embalaje y las ataduras?...

....

»Hemos de buscar por otro camino nuestra salva- 13
ción. Ved lo que se me ha ocurrido a mí. Eumolpo,
como buen hombre de letras, tiene sin duda tinta entre
sus cosas. Aprovechemos ese recurso para teñirnos de
la cabeza a los pies. Así, disfrazados de esclavos etíopes,
nos pondremos a tus órdenes, felices por escapar a un
injurioso tormento y por reírnos de nuestros enemigos
con el cambio de color.» «Y ¿por qué no circuncidar- 14
nos —dice Gitón— para que nos tomen por judíos?
Agujeréanos las orejas para que parezcamos árabes;
embadúrnanos la cara con tiza, para que la Galia nos
considere hijos suyos: ¡como si un simple cambio de
color pudiera desfigurar una fisonomía y no hiciera
falta reunir adecuadamente muchos rasgos para fundar
tal impostura! Supongamos que el ingrediente aplicado 15
a nuestra cara sea duradero; imaginemos que ninguna
gota de agua venga a manchar nuestra piel y que tam-
poco la ropa se nos lleve la tinta, como suele ocurrir
con frecuencia por falta de cola: dime, ¿podremos tam-
bién rellenar nuestros labios hasta hacerlos horrible-
mente abultados? ¿Podremos cambiar nuestra cabellera
a fuerza de rizos? ¿Y llenarnos la frente de cicatrices?
¿Y arquearnos las piernas? ¿Y andar sobre los tacones?
¿Y modelarnos una barba al estilo extranjero? Un
tinte artificial ensucia el cuerpo, pero no lo desfigura.
Escuchad lo que me dicta la desesperación: cubrámo- 16

nos la cara con nuestras vestiduras y tirémonos al fondo del mar.»

103. «¡No lo quiera el cielo ni la tierra! —exclama Eumolpo—. ¿Cómo vais a coronar tan lamentablemente vuestra vida? Decidíos más bien por la solución que os voy a dar. Como ya sabéis por el episodio de la navaja, mi criado es barbero: os afeitará ahora mismo a los dos, no sólo la cabeza sino hasta el entrecejo[92].
2 Yo os pondré luego un hábil letrero sobre la frente, para hacer creer que se os ha marcado realmente al fuego. Así, el mismo letrero servirá para desviar toda sospecha de vuestros perseguidores, a la vez que para encubrir vuestra fisonomía con el aparente suplicio.»
3 Sin dilación, se puso en práctica la artimaña. Nos fuimos solapadamente a un extremo del barco y ofrecimos a la navaja del barbero nuestras cabezas y nuestras
4 cejas. Eumolpo nos llenó a los dos la frente de grandes letras y su culta mano nos cubrió por completo la cara con el letrero habitual de los esclavos
5 fugitivos. Desgraciadamente, un viajero, recostado sobre el antepecho de la nave, estaba devolviendo a causa de un fuerte mareo y, al claro de luna, vio a nuestro barbero en plena faena a hora tan intempestiva; execró ese presagio, que evocaba muy a las claras el voto supremo de los náufragos[93], y corrió a dejarse caer en
6 su lecho. Nosotros, aunque aparentamos no haber oído la imprecación del hombre mareado, recaímos en nuestro anterior estado de angustia y, guardando un prudente silencio, pasamos las últimas horas de la noche sin recobrar el apacible sueño.

[92] Era habitual afeitar las cejas a los esclavos evadidos, a los criminales y desertores, como una marca más entre otras para facilitar su reconocimiento (cfr. Cicerón, *Pro Q. Roscio* 7, 20).

[93] La ofrenda de la propia cabellera era, según creencia antigua, uno de los votos más gratos que pudieran hacerse a Neptuno, tanto para prevenir un naufragio como en acción de gracias por haber sobrevivido al mismo.

....

104. LICAS. «Creía ver en sueños a Príapo que me decía: 'Si quieres hallar a Encolpio, has de saber que yo mismo lo he embarcado en tu nave'.» Trifaina sin- 2
tió un escalofrío y añadió: «Se diría que hemos dormido juntos; pues también a mí se me apareció la imagen de Neptuno que vi en el tetrástilo de Bayas, y me ha dicho: 'En la nave de Licas te encontrarás con Gitón'.» «Eso te demuestra —replica Eumolpo— 3
que Epicuro es un hombre verdaderamente divino cuando, con la mayor gracia, se pronuncia contra tales ridiculeces.»

Licas conjuró no obstante, mediante una libación, 4
el presagio soñado por Trifaina: «¿Quién nos impide —añade a continuación— registrar el barco para que no se diga que no hacemos caso de las divinas advertencias?»

Entonces, el individuo que la noche anterior nos 5
había sorprendido en nuestra desdichada operación clandestina, un tal Heso, exclama de pronto: «Ya está claro: son los que esta noche se hacían afeitar al claro de luna, dando con ello, a fe mía, el peor de los ejemplos. Pues he oído decir que no está permitido a ningún mortal cortarse el pelo o las uñas en una embarcación salvo en caso de estar el mar embravecido.»

105. Ante estas palabras, Licas palideció entre rabia y asombro: «Así, pues —dice—, ¿alguien se ha cortado el pelo a bordo de mi nave y, por añadidura, en plena noche? Traed ahora mismo los culpables a mi presencia; quiero saber qué cabezas han de purificar mi barco.» «Soy yo —dice Eumolpo— quien he dado tales 2
órdenes. Y, sabiendo que también yo viajaría en la mis-

ma nave, no pretendí perjudicarme a mí mismo con
un mal agüero; pero, en vista de que esos malditos
tenían el pelo largo y asqueroso, para no transformar
el barco en un aparente calabozo, mandé retirar la
roña que esos condenados llevaban encima; a la vez,
pretendí que los letreros, despejados de la sombra de
sus cabelleras, fueran plenamente visibles a los ojos
3 de los lectores. Entre otras fechorías, me han comido
todo mi dinero en casa de una amiga que tenían en
común; la noche pasada los pillé en su compañía inun-
dados de vino y perfumes. Para abreviar, el olor que
despiden no es sino un residuo de mi patrimonio.»

....

4 En conclusión, para aplacar la divinidad tutelar de
la nave, se acordó darnos cuarenta latigazos a cada
uno. Sin hacerse, pues, esperar, los marineros, enfure-
cidos, se lanzan contra nosotros armados de correas y
dispuestos a aplacar a su divinidad tutelar con la sangre
5 de unos bellacos. Yo aguanté con espartana entereza
los tres primeros latigazos. Pero Gitón, al primer golpe,
dio tal grito, que Trifaina pudo captar al oído el timbre
6 de su voz perfectamente conocida. No fue ella sola a
asombrarse: todas sus sirvientas, atraídas por aquella
7 voz familiar, vuelan a ver al paciente. Gitón, con su
extraordinaria hermosura, ya había desarmado a la ma-
rinería; incluso sin mediar palabra ya tenía medio apla-
cado su rigor, cuando también las sirvientas prorrum-
pen a gritos: «¡Gitón! ¡Es Gitón! ¡Detened vuestros
brazos crueles! ¡Es Gitón, señora! ¡Ven en su auxi-
8 lio!» Trifaina, convencida de antemano, presta oídos
a sus gritos y en un brinco vuela hacia el chiquillo.
9 Licas, que me conocía perfectamente, acude como si
también él me hubiese oído; y, sin fijarse ni en mis
manos ni en mi cara, bajando de buenas a primeras
la mirada al nivel de mis ingles, y alargándome cor-

tésmente la mano, «Buenos días, Encolpio», me dice.
Que nadie se extrañe ya de que el ama de Ulises, a 10
veinte años de distancia, haya identificado al héroe por
una cicatriz, cuando este hombre perspicaz, a pesar de
todos los disfraces de mi rostro y aun del conjunto
de mi fisonomía, dio tan hábilmente con la única prue-
ba de identidad en el caso de su fugitivo. Trifaina se 11
puso a llorar, engañada por el aparente suplicio: creía
en efecto que eran auténticos los estigmas que veía gra-
bados en la frente de los cautivos; y en voz baja em-
pezó a preguntarnos en qué calabozo habían acabado
nuestras andanzas y qué manos crueles nos habían in-
fligido tan duro castigo. Sin duda, hasta cierto punto,
era justo castigar a unos fugitivos que habían pagado
con odio sus bondades...

106. Licas, montando en cólera, saltó: «¡Oh simpleza femenina! —dice—. ¡Como si las letras grabadas al fuego dejaran cicatrices como ésas! ¡Ojalá tuvieran la frente realmente marcada con ese letrero! Sería para nosotros un mínimo de satisfacción. Pero en realidad han pretendido jugarnos una pura comedia y reírse de nosotros con una inscripción sólo aparente.»

Trifaina se inclinaba por la indulgencia, ya que no 2
todo estaba perdido para su sensualidad; pero Licas
seguía recordando la seducción de su esposa y las afren-
tas que él mismo había sufrido bajo el pórtico de
Hércules. Con creciente expresión de rabia exclama:
«Los dioses inmortales se ocupan de las cosas humanas; 3
creo, oh Trifaina, que ya lo habrás entendido así. Sin
que los culpables se dieran cuenta, los dioses los han
traído a nuestra nave; y, para enterarnos de que lo
habían hecho, nos mandaron esos sueños tan coinci-
dentes. Tú verás cómo hemos de perdonar a unos cri-
minales que la misma divinidad ha entregado al castigo.
Por lo que a mí toca, no soy cruel, pero si les levanto

4 el castigo, temo atraerlo sobre mi cabeza.» Ante tan
supersticioso discurso, Trifaina cambia de parecer y
afirma que ella no se opone al castigo, o, mejor dicho,
que se adhiere a tan justísima venganza. Ya se sentía
tan agraviada e injuriada como el propio Licas; tam-
bién su honor y dignidad habían quedado escarnecidos
en plena asamblea.

....

107. EUMOLPO. «Sin duda por no ser un descono-
cido, me han designado los acusados como su delegado
en esta misión. Me han pedido que los reconcilie con
2 sus grandes amigos de antaño. No iréis a pensar que
esos jóvenes han caído por pura casualidad en vues-
tras redes, cuando la primera precaución de cualquier
viajero es informarse del capitán en cuyas manos ponen
3 su vida. Dejaos, pues, aplacar, ya os han dado una sa-
tisfacción; permitid a esos hombres libres llegar a su
4 destino sin sufrir injusticia. Aun los amos crueles e
implacables reprimen su dureza cuando los esclavos
evadidos han vuelto a casa arrepentidos; hasta per-
5 donamos al enemigo público que se rinde. ¿Qué más
exigís? ¿Qué más queréis? Ahí los tenéis; ahí están
postrados, como suplicantes, esos jóvenes de buena
familia, honorables y (consideración de mayor peso)
6 que fueron antaño vuestros íntimos amigos. Por Hér-
cules, si hubiesen sustraído vuestro dinero, si hubiesen
abusado de vuestra confianza con una traición, aun así
podíais daros por satisfechos con el castigo que tenéis
a la vista. Llevan en la frente, como veis, la marca de
la esclavitud; sus rostros de hombres libres se han so-
metido voluntariamente a una ley penal que los pone
al margen de la sociedad.»

7 Licas interrumpió su súplica: «No embrolles —dice—
8 la cuestión; vayamos por partes. Y en primer lugar,
si han acudido aquí por propia voluntad, ¿por qué se

raparon la cabeza? El que desfigura su fisonomía, pre-
para una trampa, no una satisfacción. Luego, si pre- 9
tendían reconciliarse con tu mediación, ¿por qué hicis-
te todo lo posible por ocultar a tus protegidos? De
todo ello se deduce claramente que los culpables han
caído en nuestras redes por casualidad y que tú has
buscado una artimaña para burlar el ímpetu de nues-
tra repulsa. En cuanto a tu pretensión de intimidarnos 10
proclamando que se trata de jóvenes de buena familia
y honorables, ten cuidado, no vaya tu arrogancia a
redundar en perjuicio de su causa. ¿Qué han de hacer
las víctimas cuando los culpables acuden a recibir su
castigo? Es verdad que fueron nuestros amigos: por 11
eso merecen un castigo más severo; pues al que hace
daño a unos desconocidos lo llamamos bandolero, pero
quien lo hace a sus amigos es poco menos que parri-
cida.»

Eumolpo impugnó tan inicua argumentación: «Veo 12
—dice— que lo que más perjudica a esos desgraciados
jóvenes es el haberse cortado el pelo de noche; de ahí
se concluye que han caído en esta nave por casualidad,
sin que ellos se lo propusieran. Ya quisiera yo veros 13
escucharme con toda la buena fe que ellos tuvieron en
su cándida actuación. Ya quisieron antes de embarcar-
se descargar sus cabezas de un estorbo tan pesado
como superfluo, pero al adelantarse el viento[94] quedó
aplazado el cuidado de su aseo. No pensaron en la 14
importancia que tenía el sitio donde pudiera realizar-
se su proyecto, pues no conocían ni ciencia augural ni
la ley de navegantes.» «¿Cuándo tuvieron necesidad de 15
afeitarse unos suplicantes? —dice Licas—. ¿Es acaso
más digna de compasión una cabeza por aparecer calva?
Además, ¿hace falta un mediador para descubrir la
verdad? ¿Qué dices tú, aventurero? ¿Qué salamandra

94 Entiéndase: «el tiempo favorable a la navegación».

te ha roído el entrecejo?[95] ¿A qué divinidad has consagrado tu cabellera? ¡Contesta, ponzoña!»

108. Me quedé sobrecogido, asustado por temor al castigo y sin saber qué contestar ante la evidencia. Desfigurado, con mi cabeza horriblemente rapada y el entrecejo tan liso como la misma frente, ningún gesto,
2 ninguna palabra me parecían adecuados. Pero cuando se me limpió con una esponja húmeda mi cara llorosa; cuando, al desleírse, me corrió la tinta por toda la cara y todos los trazos de las letras se convirtieron, como es de suponer, en un negro nubarrón, entonces la ira
3 de Licas se trocó en furor. Eumolpo declara que no ha de tolerar que nadie, contra toda legalidad humana y divina, humille así a unos ciudadanos libres, y, con sus palabras y sus gestos, hace frente a nuestros ame-
4 nazadores e irritados enemigos. Secundaban a nuestro defensor un criado y uno o dos pasajeros, pero de tan escaso vigor, que su apoyo en la pelea era más bien un
5 apoyo moral que un efectivo refuerzo. Lejos de interceder en modo alguno en mi propio favor, apunto con mis puños a los ojos de Trifaina y proclamo en voz alta y clara que entraría en acción con todo mi vigor si aquella condenada no dejaba en paz a Gitón: ella era la única de todo el pasaje que merecía ser molida a latigazos.

6 Mi audacia inflama más todavía la cólera de Licas: se indigna de que yo olvide mi propia defensa y chille
7 en favor del prójimo. Trifaina, no menos exasperada por mi agravio, se desboca y logra que todo el pasaje
8 se divida en dos bandos. De un lado el criado barbero se arma a sí mismo y distribuye entre nosotros el resto

95 Era creencia muy extendida en la Antigüedad que la sangre o la saliva de la salamandra hacía caer instantáneamente el vello de cualquier parte del cuerpo que tocara (cfr. Plinio, *Historia Natural*, XXIX, 74; Marcial, *Epigramas*, II, 66, 7; etc.)

de su equipo; del otro lado, la servidumbre de Trifaina se dispone al ataque a puñetazo limpio; no falta ni el griterío de las criadas para animar el combate; tan sólo el piloto amenaza con abandonar el timón del navío si no se pone término a aquella locura provocada por el desenfreno de unos cuantos granujas. No por 9
ello amaina el furor de los contendientes: los demás luchan por vengarse, nosotros por salir sanos y salvos. Por ambas partes hay, pues, muchas bajas, sin caer muertos; la mayoría se retiran del campo de batalla heridos y sangrando, sin que, no obstante, se calmen los ánimos de nadie.

Entonces, el heroico Gitón, acercando a su virilidad 10
la navaja homicida, amenaza con cercenar la causa de tantas desventuras; Trifaina impide tamaño atentado, sin disimular ya que le perdona. También yo apoyé una 11
y otra vez el filo de la navaja barbera en mi cuello sin más intención de matarme que Gitón de cumplir su amenaza. Sin embargo, él hacía el trágico papel con mayor desenvoltura, por saber que empuñaba la famosa navaja que había utilizado ya para cortarse el cuello[96].

Hallándose, pues, frente a frente ambos ejércitos, 12
como la lucha parecía tomar mal cariz, el piloto consiguió, no sin dificultad, que Trifaina, como parlamentaria, propusiera una tregua. En consecuencia, prestando 13
y tomando juramento a la manera tradicional, y echando mano a un ramo de olivo en el altar de la diosa tutelar del barco, se adelantó y se aventuró a entablar negociaciones:

«*¿Qué furor —exclama— trueca la paz en conflicto* 14
armado? ¿Qué crimen han cometido nuestras manos? Ningún héroe troyano transporta en esta escuadra la

96 Cfr. *supra*, capítulo 94.

prenda arrebatada al Atrida burlado[97]*; ninguna Medea enfurecida derrama en esta lucha la sangre de un hermano*[98]*; sólo un amor desdeñado pone en tensión vuestras energías. ¡Ay de mí! ¿Quién invoca la muerte empuñando las armas en medio de estas olas? ¿A quién le parece poco una sola muerte? No pretendáis superar la crueldad del mar ni añadáis nuevas olas a sus despiadados abismos.»*

109. Tras esta patética proclama de Trifaina, se interrumpió unos momentos la batalla y nuestros brazos, oyendo el llamamiento a la paz, suspendieron las hostilidades. Eumolpo, nuestro caudillo, aprovecha la oportunidad del arrepentimiento y, tras increpar duramente a Licas, firma un tratado de alianza redactado en los siguientes términos:

2 «Con sinceridad de conciencia, tú, Trifaina, te comprometes a olvidar toda ofensa que te haya sido inferida por Gitón; si antes del día de hoy hubo entre vosotros algún roce, te comprometes a no echárselo en cara ni a buscar venganza ni acudir a cualquier otra clase de violencia; te comprometes igualmente a no exigir nada contra su voluntad al joven, ni un abrazo, ni un beso, ni íntimas relaciones amorosas, so pena de pagarle por cada infracción cien denarios contantes y
3 sonantes. Por tu parte, Licas, con sinceridad de conciencia, te comprometes a no molestar a Encolpio ni con expresiones ni con gestos insultantes, y a no averiguar dónde pasa la noche; de lo contrario, pagarás

---

97 Es decir: «Ningún nuevo Paris lleva sobre su nave a una nueva Helena arrebatada a un nuevo Menelao.»

98 Medea había hecho pedazos a su hermano Apsyrtos y los había ido sembrando sobre la ruta seguida por los Argonautas para retrasar la persecución de su padre, el rey de Cólquida, que iba recogiendo los miembros dispersos de su hijo.

por cada agravio doscientos denarios contantes y sonantes.»

Concluido el tratado en dichos términos, depone- 4
mos nuestras armas y, para evitar que aun después del juramento subsistiera el menor vestigio de rencor en nuestros corazones, se decide borrar el pasado por un intercambio de besos. Entre exhortaciones genera- 5
les amainan los odios, y un banquete, servido en el campo de batalla, sella la concordia con la alegría. Todo el navío vibra al eco de las canciones y, como 6
una súbita calma había detenido nuestra marcha, uno intentaba capturar con su arpón los peces saltarines, otro con engañosos anzuelos sacaba la presa que se resistía. Hasta unas aves marinas vinieron a posarse 7
en nuestra antena; y un hábil pajarero logró alcanzarlas con unas cañas entrelazadas; enredadas en las varillas enviscadas se dejaban coger con la mano. Su plumón se elevaba revoloteando en alas del viento mientras las gruesas plumas caían al agua y se arremolinaban sobre la leve espuma.

Ya Licas empezaba a congraciarse conmigo, ya Tri- 8
faina salpicaba a Gitón con las últimas gotas de su copa, cuando Eumolpo, con la desenvoltura que da el vino, pretendió él también gastar unas bromas a los calvos y estigmatizados. Al final, después de agotar el repertorio de sus pesadísimos chistes, volvió a la poesía y empezó a recitar esta especie de elegía a la cabellera:

«La cabellera, único adorno de nuestra hermosura, 9
se nos ha caído; el triste invierno se ha llevado nuestros rizos primaverales. Ahora, sin el marco de su sombra, nuestras sienes se marchitan; nuestro cráneo rapado y limpio brilla bajo el ardiente sol. ¡Oh ingénita perfidia de los dioses! ¡Las primeras alegrías que nos dais en la vida son también lo primero que nos arrebatáis!

10 *¡Desdichado! Hace un instante tenías una soberbia ca-*
bellera: eras más hermoso que Febo y que la hermana
de Febo. Pero ahora, más liso que el bronce y que la
redonda seta criada en el huerto después de la lluvia,
te escondes y temes la sonrisa de las muchachas. Para
convencerte de que la muerte llega a marchas forzadas,
ten presente que tu cabeza, en parte, ya está muerta.»

110. Aún quería —al parecer— extenderse mucho
más y superar las insulseces precedentes; pero una
sirvienta de Trifaina se lleva a Gitón bajo cubierta y
adapta a la cabeza del chiquillo una peluca de la señora.
2 Más todavía: saca unas cejas de una cajita y las ajusta
tan hábilmente en su debida posición, que devuelve al
3 jovencito todos sus encantos. Trifaina reconoció así al
auténtico Gitón y, conmovida hasta derramar lágrimas,
4 besó al chiquillo con toda el alma. Yo, aunque tam-
bién me alegraba de ver que había recobrado su anti-
gua hermosura, ocultaba en todo momento mi rostro,
pues me sentía notoriamente desfigurado y de una feal-
dad poco común cuando ni el mismo Licas se dignaba
5 dirigirme la palabra. Pero la consabida sirvienta vino
también a levantar mi baja moral: llamándome a solas
me puso una cabellera postiza no menos elegante que la
de Gitón; hasta realzaba favorablemente mi cara, por
tratarse de una peluca rubia.

. . . .

6 Sin embargo, Eumolpo, nuestro defensor a la hora
del peligro y autor de la actual concordia, por temor a
que decayera la alegría si faltaban temas de conversa-
7 ción, empezó a meterse con la ligereza femenina; decía
que las mujeres se enamoraban fácilmente; que, a la
primera ocasión, se olvidaban hasta de sus hijos; que
toda mujer, por virtuosa que fuera, bajo el impulso
de un nuevo amor, perdía la cabeza y se extraviaba.

Y para él no tenían interés las tragedias de la Antigüe- 8
dad ni los nombres ilustres de la Historia; era un hecho
acaecido en su tiempo lo que iba a contarnos, si que-
ríamos oírlo. Puestos en él los ojos y los oídos de todos,
empezó así:

111. «Había en Éfeso cierta señora de virtud tan
notoria, que atraía a las mujeres de los pueblos vecinos
como maravilla digna de verse. Cuando perdió, pues, 2
a su marido, le pareció poco acompañar, como todo el
mundo, el cortejo fúnebre con el pelo suelto, o gol-
pearse el pecho desnudo ante la concurrencia de los
asistentes; acompañó al difunto hasta su última mo-
rada, y cuando, a la manera griega, se hubo colocado
el cadáver en su hipogeo, se quedó guardándolo y llo-
rando día y noche sin interrupción. Estaba afligida y 3
empeñada en morir de hambre, sin que sus parientes
y allegados la pudieran arrancar de allí; un último in-
tento fue el de los magistrados: también fracasaron y
hubieron de desistir. Llorada por todo Éfeso, aquella
mujer sin igual llevaba ya cinco días sin probar alimen-
to. Acompañaba a la inconsolable viuda una sirvienta 4
de lo más fiel, que lloraba con ella y reanimaba la
lámpara del monumento fúnebre cuando la veía mor-
tecina.

»No había, pues, en toda la ciudad otro tema de 5
conversación: según opinión unánime de todas las
clases sociales, era el único ejemplo de auténtica virtud
y amor conyugal que hubiera iluminado al mundo. En
esto, el gobernador de la provincia mandó crucificar a
ciertos maleantes al mismo costado del nicho en que la
señora lloraba al recién enterrado.

»La noche siguiente, el soldado encargado de montar 6
guardia junto a las cruces para que no se llevaran a
enterrar los cadáveres, vio brillar una viva luz entre
las tumbas y oyó el llanto de la desgraciada. Llevado

por una curiosidad muy humana, le entraron ganas de
7 saber quién era y qué hacía. Entró, pues, en el sepul-
cro y, al ver aquella preciosidad de mujer, se quedó
inmovilizado y perplejo como ante un fantasma o una
8 aparición de ultratumba. Luego, al observar que había
un cadáver, al considerar aquellas lágrimas y aquella
cara toda arañada, cayó en la cuenta de que realmente
se trataba de una viuda inconsolable en su añoranza.
El soldado trajo, pues, al sepulcro su modesta cena y
empezó por exhortar a la afligida: no debía obstinarse
en sufrir inútilmente, no debía agotarse llorando sin
provecho alguno; le dice que a todos nos espera el
mismo fin y la misma última morada; le hace todas
las consideraciones indicadas para curar las úlceras del
9 corazón. Pero ella, exasperada, sin entender de con-
suelos, se hiere el pecho con mayor violencia y, arran-
cándose el pelo a mechones, lo deposita sobre el ca-
dáver yacente.

10 »El soldado no se dio por vencido, sino que, con
la misma insistencia, trató de hacer tomar a la pobre
mujer un poco de alimento, hasta que, seducida sin
duda por el aroma del vino, empezó por caer la sir-
vienta: tendió su mano vencida a quien amablemente
las convidaba; luego, reconfortada por la comida y be-
11 bida, dio el asalto a la obstinación de la señora: '¿De
qué te servirá —le dice— dejarte morir de hambre,
enterrarte viva y entregar tu alma inocente antes de
hora?

12 »'*¿Te crees que se van a enterar la ceniza o los Manes
de este sepulcro?*[99]

»'¿No te decides a volver a vivir? ¿No te decides a
sacudirte de encima un prejuicio femenino y a saborear

[99] Virgilio, *Eneida* IV 34.

el aliciente de la luz todo el tiempo posible? El mismo
cadáver que ahí yace debe animarte a vivir'.

»A nadie le disgusta oír que le apremien a comer 13
o a beber. La señora, pues, extenuada por varios días
de ayuno, consintió en doblegar su obstinación y se dio
una hartura con apetito no inferior al de la sirvienta
que se había adelantado a rendirse.

112. »Pero ya se sabe qué tentación suele desper-
tarse la mayoría de las veces cuando una persona tiene
el estómago satisfecho. Volviendo a las mismas zalame-
rías que habían determinado a la señora a seguir vivien-
do, ahora se lanza ya al asalto de su virtud. El joven 2
no era mal parecido ni carecía de elocuencia a los
ojos de la viuda fiel; y para que acabara de cuajar su
simpatía, la doncella no dejaba de repetirle:

»'*¿Vas a luchar contra un amor que te llena?*'[100]

»¿Para qué más pormenores? Ya no supo la mujer
mantener el ayuno de la otra parte de su cuerpo: el
soldado logró persuadirla sobre ambos puntos. Dur- 3
mieron, pues, juntos no sólo aquella noche, su noche
de bodas, sino también la siguiente y otra más, con
las puertas del sepulcro bien cerradas, como es de su-
poner; y así todo aquel que, amigo o desconocido, se
hubiera acercado a la tumba se hubiera figurado que
aquella virtuosísima esposa había expirado sobre el ca-
dáver de su marido.

»El soldado, pues, tan encantado de la hermosura 4
de aquella mujer como del secreto de sus amores, com-
praba cuanto estaba al alcance de sus medios y, al caer
la noche, lo llevaba al sepulcro. En estas circunstan- 5
cias, los padres de uno de los crucificados, al ver que

[100] Virgilio, *Eneida* IV 38.

se había relajado la vigilancia, descolgaron de noche al
ajusticiado y cumplieron con él los últimos deberes,
mientras el soldado en su recinto va tranquilamente a
6 la suya. Pero al día siguiente, cuando ve una cruz sin
su cadáver, se asusta del suplicio que le aguarda y
cuenta a la mujer lo ocurrido; le dice que no va a es-
perar la sentencia judicial, sino que él mismo, con su
espada, va a sentenciarse por abandono del servicio;
tan sólo le pide, pues, un rincón para morir y que el
fatal monumento sirva a la vez para el amante y el
7 marido. La mujer, tan compasiva como virtuosa: 'No
permita el cielo —dice— que vea morir a un tiempo
dos seres tan queridos. Prefiero colgar al muerto que
sacrificar al vivo.'
8 »Al tenor de este bello discurso, manda sacar del
féretro el cadáver de su marido y clavarlo en la cruz
vacante. El soldado llevó a la práctica la idea de aquella
mujer genial, y, al día siguiente, el pueblo, maravillado,
se pregunta por qué milagro se había subido el muerto
a la cruz.»

113. La marinería acogió el cuento con una car-
cajada, mientras Trifaina se sonrojaba visiblemente y
apoyaba con cariño su cabeza sobre la espalda de Gitón.
2 A Licas, en cambio, no le dio risa, sino que moviendo
airadamente la cabeza dice: «Si el gobernador hubiera
sabido hacer justicia, tenía que haber devuelto a su
tumba el cadáver de ese padre de familia y crucificado
a la mujer en su lugar.»
3 Sin duda habían vuelto a su mente la imagen de
Hedile y la del saqueo de su nave por la pandilla de
4 emigrantes depravados. Pero ni los términos del tra-
tado le permitían recordarlo, ni la alegría que reinaba
5 en los corazones dejaba sitio al rencor. Entretanto,
Trifaina, recostada en el seno de Gitón, ya cubría de
besos su pecho, ya arreglaba sobre su frente afeitada

los rizos de la peluca. Yo, con la pesadilla del intolera- 6
ble pacto recién concluido, ni comía ni bebía, limitán-
dome a observarlos a los dos con mirada aviesa y hu-
raña. Para mí era una herida cada beso, cada caricia 7
que ideaba aquella mujer depravada. Ignoraba, no obs-
tante, si mi irritación era mayor contra el joven que
me arrebataba a la amante o contra la amante que se-
ducía al joven: ambos espectáculos eran para mí suma-
mente enojosos y más dolorosos que mi pasado cauti-
verio. Téngase en cuenta, por añadidura, que ni Trifaina 8
me dirigía la palabra (como olvidando que yo había
sido un día amigo y grato amante suyo) ni Gitón consi-
deraba conveniente brindar una simple copa a mi salud,
o, lo menos que cabía esperar, hacerme tomar parte en
la conversación general: sin duda, en los primeros mo-
mentos de reconciliación, temía reabrir las heridas re-
cién cicatrizadas. Mi pecho se inundó de lágrimas, 9
fruto de auténtico dolor; y poco faltó para que me
ahogara entre suspiros y sollozos.

....

Licas intentaba tomar parte en nuestras fiestas; 10
no afectaba el aire altivo de un dueño, sino que iba
tras las complacencias de un amigo.

La sirvienta de Trifaina a Encolpio

«Si llevas en tus venas una gota de sangre libre, no 11
has de tener más consideraciones ante esta mujer que
ante una prostituta. Si eres un hombre de verdad, no
te acercarás a esa fulana.»

....

Lo que mayor reparo me daba era pensar que Eu- 12
molpo se hubiera enterado de toda la escena y que,
como satírico punzante, se vengara con unos versos.

....

13 Eumolpo formula un juramento en términos so-
lemnes.

....

114. Mientras nos entretenemos con estos y otros
temas análogos, el mar se embraveció, y aglomeradas
las nubes desde todos los puntos del horizonte, cerra-
ron con sus tinieblas la luz del día. La marinería corre
asustada a ocupar sus puestos y arría las velas ante la
2 tormenta. Pero el impulso del viento había alterado
el ritmo regular del oleaje de tal modo que el piloto
3 no sabía qué rumbo debía tomar. A veces, el viento
nos arrastraba en dirección a Sicilia; con mayor fre-
cuencia, el Aquilón, que reina sobre las costas de Ita-
lia, zarandeaba a su antojo nuestra nave; y, lo que era
más peligroso que cualquier tormenta, impedía toda
visibilidad una oscuridad tan intensa y repentina, que
el timonero ni siquiera veía la proa en toda su exten-
4 sión. Así, pues, cuando más arreciaba el peligro, Licas,
asustado, tendió hacia mí sus brazos suplicantes, di-
5 ciendo: «¡Encolpio, sálvanos del peligro, devuelve al
navío el velo de la diosa y su sistro! [101] Por los dioses
te lo pido, ten compasión como sabes hacerlo.»
6 Mientras así grita, lo arrebata un vendaval que lo
tira al agua; reaparece un instante, pero el oleaje lo
zarandea y un violento torbellino lo sume en el abismo.
7 También Trifaina estaba ya a punto de perecer, pero
unos esclavos fieles la cogieron en brazos y, colocán-
dola en un bote con la mayor parte de su equipaje, la
8 salvaron de una muerte inminente. Yo me asía estre-
chamente a Gitón y exclamaba llorando: «¿No hemos
merecido del cielo sino vernos unidos a la hora de la
muerte? Y aún la Fortuna cruel nos niega este consuelo.

---

[101] Sin duda hay aquí alguna alusión a un episodio perdido de la novela.

¡Mira! Las olas van a echar a pique la nave. ¡Mira! 9
El mar embravecido quiere separar a dos amantes que
se abrazan. Pues bien, si realmente quieres a Encolpio,
ponte a besarlo mientras puedas hacerlo y arrebátale
al destino impaciente esta última felicidad.»
Al oír mis palabras, Gitón se despojó de sus vesti- 10
duras y, poniéndose una túnica, tendió su cabeza a mis
besos. Y para que las olas celosas no pudieran romper
nuestro estrecho abrazo, ligó con su cinturón nuestros
dos cuerpos juntos: «Ya que no nos queda otra es- 11
peranza —dice—, que al menos flotemos unidos sobre
las aguas del mar; y si el mar, por compasión, nos arro-
jara a la misma playa, tal vez algún transeúnte, con
un resto de humanidad, nos echará unas piedras en-
cima, o, en el peor de los casos y a pesar de la furia
de las olas, la arena nos dispondrá una tumba sin pro-
ponérselo.» Yo acepto esas supremas ataduras y, como 12
arreglado sobre mi lecho fúnebre, espero una muerte
que ya no me asusta.
La tormenta, entretanto, cumple la misión que le 13
encarga el destino y da el asalto a todo lo que quedaba
del navío. Ya no había mástil, ni timón, ni cables, ni
remos; flotaba sobre las olas como un bloque mal des-
bastado y falto de la última mano.

....

Acudieron entonces con presteza unos pescadores 14
en sus minúsculas barcas, con intención de cazar la
presa. Pero al encontrarse con ciertos pasajeros dis-
puestos a defender lo suyo, su crueldad se trocó en
afán de auxiliarnos.

....

115. Oímos un murmullo insólito: salía del fondo
de la cabina del piloto y parecía el rugido de una fiera
cuando intenta escapar. Siguiendo, pues, la dirección 2

del sonido, nos encontramos con Eumolpo sentado ante
un inmenso pergamino: lo estaba llenando de versos.
3 Asombrados, pues, de verlo encontrar el sosiego para
componer un poema cuando la muerte se le echaba
encima, sacamos de allí al hombre vociferante y lo in-
4 vitamos a tener un poco de sentido común. Pero él
montó en cólera por la interrupción y dijo: «Dejadme
concluir el párrafo; ardua tarea es siempre la de cerrar
5 un poema.» Yo echo mano al forajido y pido ayuda a
Gitón para sacar a tierra al poeta gruñón.

....

6 Realizada por fin esta laboriosa faena, entramos,
con el corazón angustiado, en la choza de un pescador
y, por deteriorados que estuvieran nuestros víveres a
consecuencia del naufragio, después de alimentarnos
lo mejor posible, pasamos allí la más trágica de las
7 noches. Al día siguiente, cuando nos poníamos a deli-
berar sobre el rumbo que deberíamos tomar, veo de
pronto un cadáver que flotando sobre un ligero remo-
8 lino viene en dirección a la playa. Me detuve, pues,
entristecido y, con los ojos húmedos de lágrimas, me
9 paré a contemplar el pérfido elemento: «¿Quién sabe
—exclamé— si en algún rincón del mundo no están
esperando a este hombre una esposa confiada o un
hijo que no sabe de naufragios? Sin duda habrá dejado
en todo caso a un padre a quien dio un beso de des-
10 pedida. ¡He ahí los proyectos de los pobres mortales,
los anhelos de las grandes ambiciones! ¡Ahí tenéis al
hombre: ved cómo lo lleva el agua!»
11 Aún me estaba yo lamentando, como por la suerte
de un desconocido, cuando el oleaje orientó hacia la
orilla su rostro intacto todavía, y reconocí arrojado,
por así decir, a mis pies al que momentos antes era
12 el terrible e implacable Licas. No pude aguantar ya
más las lágrimas, y hasta me golpeé repetidas veces

el pecho con mis puños: «¿Dónde está ahora —pre- 13
gunto— tu iracundia, dónde tu incontenible arrebato?
Ahora te ofreces como pasto de peces y monstruos;
tú que, poco ha, ensalzabas la solidez de tu imperio,
a la hora del naufragio no te queda, de tu gran navío,
ni una tabla de salvación. Corred ahora, mortales, 14
llenad vuestros corazones de grandiosos proyectos. To-
mad precauciones y disponeos a gozar por milenios
de las riquezas adquiridas por fraudes. Este hombre, 15
ayer todavía, hizo el balance de su patrimonio y fijó,
en su intención, la fecha en que regresaría a la patria.
¡Dioses y diosas! ¡Qué lejos de su destino ha venido 16
a caer! Y no sólo los mares frustran así las esperanzas
de los mortales. Al guerrero lo traicionan las armas;
otro, mientras cumple las promesas hechas a la divini-
dad, queda enterrado por derrumbamiento de su pro-
pia morada; otro se cae del carruaje y, por afán de
llegar pronto, pierde la vida; uno se ahoga por excesos
en la comida, otro muere por excesiva frugalidad.
Si uno se para a pensarlo bien, en toda circunstancia 17
nos acecha el naufragio. Es cierto que no hay sepultura
para el que sucumbe entre las olas: ¡como si al cadáver
que ha de desaparecer le importara el proceso de su
descomposición por medio del fuego, del agua o del
tiempo! Hagas lo que hagas, el resultado final ha de
ser en todos los casos el mismo. —¡Pero las fieras des- 18
pedazarán ese cadáver! —¡Como si el fuego le hubiera
de dar mejor acogida! ¿No es éste considerado como
el más duro de los suplicios cuando nos enfurecemos
ante los esclavos? ¿Hay, pues, mayor demencia que 19
intentarlo todo para que la tumba no respete nada de
nuestro ser?»

....

Y Licas ardía en la pira erigida por las manos de 20
sus enemigos. Eumolpo, por su lado, fijando la mirada

en la lejanía en busca de inspiración, compuso un
epitafio para el difunto.

....

116. Cumplido ya este piadoso deber, emprende-
mos la marcha en la dirección convenida, y en un ins-
tante llegamos sudando a la cumbre de una montaña,
desde donde divisamos una fortaleza a poca distancia
2 en lo alto de una cota. No sabíamos cuál era —íbamos
a la ventura— hasta que por un campesino nos entera-
mos de que era Crotona, ciudad antiquísima, y en su día
3 la primera de Italia. Acto seguido, cuando ya intentá-
bamos conseguir mayor información sobre los habi-
tantes de aquel noble solar y sobre las actividades de
su especial preferencia desde que las continuas guerras
4 habían arruinado su prosperidad: «¡Oh mis buenos
extranjeros —nos dice el campesino—, si os dedicáis al
comercio, cambiad de profesión y buscad otro medio
5 de vida. Pero si sois gente más distinguida y capaz
de sostener eternas mentiras, de una carrera llegaréis
6 directamente a la fortuna. Pues en esta ciudad no se
cultiva la literatura, no hay sitio para la elocuencia, no
alcanzan aplausos o provecho la moderación ni las
sanas costumbres. Toda la gente que veáis en esta
ciudad está dividida (recordadlo bien) en dos bandos:
7 o son cazadores de testamentos o testadores que se
dejan cazar. En esta ciudad nadie se hace cargo de
un hijo porque, si uno tiene herederos naturales, nadie
lo invita a comer ni a presenciar espectáculos; al con-
trario, se le excluye de toda clase de diversiones y ha
8 de vivir oculto entre los maleantes. En cambio, los
solterones empedernidos y sin allegados próximos con-
siguen los máximos honores, es decir, sólo ellos pasan
por tener la exclusiva del talento militar, del heroísmo
9 y hasta de la honradez. Vais a entrar —dice— en una
ciudad que recuerda los campos en tiempo de peste,

esos campos en donde no hay más que cadáveres des-
garrados y cuervos que los desgarran.»

....

117. Eumolpo, más prudente, reflexionó sobre lo
extraño del caso y nos confesó que no le disgustaba
este medio de enriquecerse. Yo me figuraba que era 2
una broma del viejo, con su agudeza de poeta; pero él
añadió: «Ojalá tuviera a mi disposición un escenario
más amplio, quiero decir un vestuario más lujoso y un
instrumental más rico para acreditar mi farsa: os juro,
por Hércules, que no se haría esperar mi representa-
ción, sino que os pondría al instante ante una gran
fortuna.» Yo le prometo acceder a todas sus exigencias, 3
con tal que se contentara con la indumentaria recogida
en nuestras rapiñas y con todo lo que nos había pro-
curado el saqueo de la finca de Licurgo: «en cuanto al
dinero para la inminente operación, la Madre de los
dioses nunca nos abandona: ella sabrá proporcionár-
noslo.»

«¿A qué esperamos, pues —dice Eumolpo—, para 4
montar nuestra comedia? Nombradme director, si os
gusta la empresa.» Nadie se atrevió a condenar un ardid 5
en el que no había nada que perder. Para asegurar
entre nosotros el secreto de la farsa, prestamos jura-
mento a una fórmula de Eumolpo: nos dejaríamos
quemar, atar, azotar, asesinar y sufriríamos cualquiera
otra vejación ordenada por Eumolpo. Como gladiado-
res de profesión, nos ponemos solemnemente a su dis-
posición en cuerpo y alma. Después de prestar jura- 6
mento, saludamos a coro, con ademán de esclavos, a
nuestro patrono y estudiamos juntos nuestro papel;
Eumolpo acababa de perder a su hijo, joven de extraor-
dinaria elocuencia, una verdadera esperanza; por eso
había dejado su ciudad natal el desgraciado anciano:
no quería ver a los clientes y amigos de su hijo, y

menos todavía el sepulcro que diariamente renovaba
7 sus lágrimas. A esa triste desgracia se había sumado un reciente naufragio con una pérdida superior a los veinte millones de sestercios; pero lo que más le afecta no es esa pérdida, lo que su alta posición echa de
8 menos es la falta de servidumbre. Aún posee en África treinta millones de sestercios en fincas y títulos de inversiones; en cuanto a esclavos, tiene tal ejército desparramado por sus posesiones de Numidia, que podría, si quisiera, apoderarse de Cartago.

9 Siguiendo este esquema, recomendamos a Eumolpo que tosa lo más posible; que, en todo caso, haga malas digestiones y rechace abiertamente toda clase de alimentos; que no hable más que de oro y plata, de las fallidas rentas de sus fincas y de la eterna esterilidad
10 de las tierras; además de eso, que se siente a diario ante sus libros de cuentas y renueve a cada instante las cláusulas de su testamento. Y, para que no faltara detalle a la comedia, cada vez que intentara llamarnos a uno de nosotros, debía confundir nuestros nombres para dar a entender a las claras que el señor incluso recordaba a los servidores ausentes.

11 Dispuestas así las cosas, invocamos a los dioses para que nos acompañe el éxito y la suerte, y nos ponemos en marcha. Pero Gitón no resistía bajo la desacostumbrada carga, y el asalariado Corax, maldiciendo su papel y echando al suelo a cada paso sus paquetes, renegaba de nuestro paso ligero y decía que iba a echar
12 a rodar los fardos o iba a escapar con la carga. «¿Qué os creéis? —decía—. ¿Me habéis tomado por una caballería o por una nave destinada al transporte de la piedra? Me he colocado para desempeñar el oficio de una persona, no de un caballo. Soy hombre libre, tan libre como vosotros, aunque mi padre me haya dejado la pobreza por toda herencia.» No contento con refunfuñar, levantaba la pierna a cada paso y llenaba el camino

de inmundos y malolientes estampidos. Gitón se reía 13
de su desfachatez y remedaba con la voz cada uno de sus estallidos.

....

118. Eumolpo. «Una falsa ilusión de poetas ha hecho fracasar a muchos jóvenes. En cuanto uno logra montar el esquema de un verso e insertar en el período alguna idea sentimental, ya cree haber alcanzado la cumbre del Helicón. Así, pues, los profesionales del 2
foro acuden con frecuencia al apacible campo de la poesía como a un puerto feliz en busca de refugio, figurándose más fácil componer un poema que una controversia esmaltada de chispeantes retruécanos. Pero 3
una inspiración de buena ley está reñida con la superficialidad: el ingenio no puede concebir ni engendrar nada grande sin el riego fecundante de las grandes corrientes literarias. Yo diría que se han de evitar toda 4
clase de vulgaridades en los términos y usar un léxico inaccesible a la plebe, para lograr el

»*'Odio al profano vulgo y lo mantengo a distancia'* [102].

»Procúrese además que ningún pensamiento rompa 5
con la unidad de la obra, sino al contrario: que cobre su valor del contexto que lo arropa. Es lo que se comprueba en Homero y los líricos, en el romano Virgilio y en la depurada maestría de Horacio. Los demás o no han visto el camino que lleva a la poesía o, si lo han visto, no se han atrevido a pisarlo.

»Cualquiera, por ejemplo, que toque el tema de la 6
guerra civil sin una preparación literaria completa, sucumbirá en la pesada tarea. No basta en efecto con encerrar en sus versos la narración de los acontecimientos (lo hacen muchísimo mejor los historiadores), sino

[102] Verso de Horacio, *Odas* III 1, 1.

que la imaginación ha de lanzarse libremente entre peripecias, intervenciones divinas y fabulosos artilugios de la fantasía, para que resulte una obra más parecida al vaticinio de un espíritu profético que a la escrupulosa y fiel narración escrita al dictado de los testimonios: algo así como la siguiente improvisación, suponiendo que la deis por buena, aunque le falta la última mano:

LA GUERRA CIVIL

119. *Ya el romano victorioso dominaba el universo entero, el mar y la tierra de Oriente a Occidente, sin darse todavía por satisfecho. Ya los pesados cascos de sus naves iban y venían surcando los mares; si al fin del mundo había alguna oscura bahía, algún palmo de tierra dedicada a exportar el oro amarillento, era ya un enemigo, y el destino estaba listo para lanzarse a sangrientas guerras en busca de la fortuna. Ya carecían de aliciente las alegrías habituales y conocidas, carecía de aliciente el placer que disfruta a diario la plebe. El soldado admiraba los bronces de Corinto; un brillante arrancado a la tierra rivalizaba con la púrpura; de un lado, los númidas y, del otro, los seres*[103] *nos traían fibras desconocidas; y el pueblo árabe había saqueado sus propios campos.*

He aquí ahora nuevos desastres y nuevas heridas infligidas a la maltrecha paz. A precio de oro se va a las selvas en busca de fieras, se explora el último rincón de Hammón en África para que no nos falte el monstruo cotizado por sus mortíferos colmillos; se amontonan en nuestras naves animales exóticos ham-

[103] Los seres son los chinos; la fibra desconocida es la de la seda (cfr. Virgilio, *Geórgicas* II 121, y Plinio, *Historia Natural* VI 17, 54).

brientos, y el tigre desfila en jaula de oro a beber sangre humana ante los aplausos del pueblo. ¡Ay! Da vergüenza hablar y revelar oráculos de perdición: según moda persa, se roba la virilidad a desgraciados jóvenes en la flor de su vida: el hierro que mutila sus carnes los condena a ignorar el amor; en este esfuerzo por detener la huida acelerada de los años, la naturaleza se busca a sí misma y no se encuentra. De donde se sigue la entrega a una prostitución total, los ademanes de un cuerpo sin vigor y sin nervio, la cabellera suelta, tantas nuevas modas en la indumentaria y tantos disfraces de la virilidad. He aquí, arrancada del suelo africano, una mesa de cedro donde se reflejan batallones de esclavos junto a la púrpura de los invitados; las vetas de su madera rivalizan con el oro, que ni alcanza el precio de aquélla ni llama, como aquélla, la atención. Alrededor de aquel madero estéril y tristemente famoso se agolpa una multitud sepultada en vino; y el soldado, al pasar con las armas en la mano, siente ansias por todos los productos de la tierra. La gula tiene ingenio. El escaro que vive en el fondo del mar de Sicilia se sirve vivo en la mesa; y las ostras extraídas a orillas del lago Lucrino realzan nuestras cenas y renuevan el apetito a expensas del bolsillo. Ahora las aguas del Fasis echan de menos sus aves[104] *y en sus silenciosas orillas sólo las brisas animan el desierto follaje. No reina menor locura en el campo de Marte: los ciudadanos se dejan comprar y van con sus votos a la caza de un botín o de unas monedas contantes y sonantes. Está en venta el pueblo, en venta la curia senatorial: se subasta la popularidad. Hasta los ancianos han perdido la virtud de la prudencia; al difundirse las riquezas, el poder ha cambiado de mano*

[104] Sus aves son los faisanes: se criaban muchos en la desembocadura del Fasis, río de Cólquide.

y hasta la mismísima hierática majestad ha decaído bajo el impulso corruptor del oro. Catón, derrotado, se ve rechazado por el pueblo; el vencedor, más humillado que el vencido, se avergüenza de haber arrebatado los fasces a un Catón[105]*. Pues, para ignominia de un pueblo en decadencia moral, no fracasaba sólo un hombre, sino que en su persona sucumbían el poder y el honor de Roma. Y Roma, en tan completa derrota, pagaba su propia ruina y caía como presa indefensa. Por añadidura, consumían a la plebe, asediada entre dos precipicios, la plaga de la usura y la necesidad de acudir a empréstitos. Ninguna casa está segura, nadie está libre de hipotecas; una especie de lepra prende silenciosamente en la médula de los huesos e invade con virulencia todos los miembros arrancando al paciente auténticos ladridos. Los desgraciados optan por las armas y tratan de recuperar con sangre las comodidades que perdieron por un lujo abusivo. La audacia que nada tiene, nada teme. A una Roma empotrada en este cieno y aletargada en este sueño, ¿qué medidas razonables iban a sacarla del atolladero sin el furor y la guerra y las pasiones desencadenadas por el hierro?*

120. *La Fortuna había proporcionado tres caudillos*[106]*; a los tres, en distintas ocasiones, los aplastó bajo el peso de sus armas la fúnebre Enio*[107]*.*

El parto guarda a Craso en su poder; el gran Pompeyo yace bajo las aguas del mar de Libia; Julio ha regado con su sangre a la ingrata Roma, y como si la

105 El vencedor a quien se alude aquí fue Vatinio, candidato a la pretura frente a Catón en el año 54, durante el consulado de Pompeyo y César.

106 Los tres caudillos son Craso, Pompeyo y César.

107 Divinidad que personificaba la guerra. Pasaba por ser la madre (la nodriza o la hija, según otras fuentes) de Marte. Los romanos la identificaron con Belona.

tierra no pudiera con tantas tumbas, dispersó sus cenizas. He ahí los honores con que paga la gloria.

Hay un rincón perdido en el fondo de un abrupto precipicio, entre Parténope y el territorio de la gran Dicarcis[108]*; lo bañan las aguas del Cocito*[109]*, pues las emanaciones violentas que arroja al exterior impregnan el contorno de un vaho mortal.*

Esta zona no reverdece en otoño ni cría la hierba cuyo manto alegra la campiña; allí no se oye la canción primaveral de la suave y sonora enramada con sus variadas notas. No. Aquel caos y aquellas horribles rocas de oscura piedra pómez no quieren coronarse sino con el fúnebre ciprés. A estos parajes asomó su rostro el venerable Plutón —un rostro salpicado de pavesas y de la blanca ceniza de las piras— e increpó a la Fortuna alada en los siguientes términos: «Oh Fortuna, cuyo poder alcanza lo humano y lo divino, tú que no toleras ninguna autoridad excesivamente segura de sí misma, que te complaces en cambios siempre renovados y al instante dejas de lado cualquier logro, ¿no ves la derrota que para ti supone el equilibrio de Roma y que no es posible sostener por más tiempo su deleznable mole? La nueva generación de Roma odia la propia fortaleza y le cuesta sostener el edificio que ha levantado. Contempla en la lejanía qué lujo de despojos y qué fortunas locamente empeñadas en arruinarse. El oro es material de construcción y las casas alcanzan la altura del cielo; las aguas retroceden ante la piedra; surge un mar en los campos cultivados; se lucha por cambiar de sitio los elementos naturales. La ambición alcanza ya a mi propio reino. Minada por trabajos in-

108 Parténope es el nombre poético de Nápoles; Dicarcis es una denominación antigua de Puteoli.

109 El Cocito es afluente del Aqueronte: forman la laguna del Estigio, que han de atravesar las almas para llegar al reino de las sombras.

sensatos se abre la tierra: crujen las galerías en las montañas cuyos filones se agotan y, mientras la piedra sigue hallando inútiles aplicaciones, los Manes infernales confiesan su esperanza por llegar al cielo. Así pues, oh Fortuna, deja tu pacífica mirada y ponte el antifaz de la guerra: empuja a los romanos y tráeme muertos a mi reino. Ya hace tiempo que no me he teñido la cara con sangre; y mi Tisífone[110] *no baña sus miembros sedientos desde que la espada de Sila ha dejado de empaparse y la tierra estremecida ha dejado de producir cosechas regadas con sangre.»*

121. *Concluido este discurso, en un intento por estrechar con su mano la mano de la diosa, resquebrajó el suelo produciendo una amplia grieta. La Fortuna, entonces, dejó caer de su corazón inconstante las siguientes palabras: «¡Oh padre, a quien obedecen los abismos del Cocito, si me es lícito revelar impunemente la verdad, tus votos se verán cumplidos. Pues bulle en mi corazón un rencor no inferior al tuyo y una llama no menos ardiente me devora hasta la médula de los huesos. Siento horror por cuanto he concedido a las colinas de Roma; me sublevan mis propias dádivas. La misma divinidad que puso en pie el soberbio edificio lo va a destruir. Será para mí un placer ver a la gente consumirse en las piras y ahogar en sangre su afán de lujo. Ya veo por cierto las llanuras de Filipos cubiertas de muertos*[111] *por dos veces; veo las piras ardientes de Tesalia y el entierro del pueblo ibérico*[112]. *Ya resuena*

110 Una de las tres Furias.

111 Alusión a las batallas de Farsalia (en Tesalia) y de Filipos (en Macedonia) en los años 48 y 42, sucesivamente. En la primera, César derrotó a Pompeyo; en la segunda sucumbieron los asesinos de César, es decir, Bruto y Casio.

112 En la batalla de Munda, donde César derrotó a los hijos de Pompeyo con sus partidarios hispanos.

en mis oídos estremecidos el fragor de las armas. Veo igualmente, oh Nilo, tus barreras que gimen cubriendo a Libia; veo el golfo de Accio y los soldados atemorizados ante los dardos de Apolo[113]. *Ea, pues, abre las puertas de tu reino sediento y llama a tu lado nuevas almas. A duras penas podrá el barquero Portmeo transportar en su navecilla las sombras de tantos guerreros: necesitaría una escuadra. Y tú, pálida Tisífone, date por satisfecha con tu inmenso desastre; cébate en la carnicería: el universo desgarrado cae en poder de los Manes del Estigio.»*

122. *Apenas había concluido la Fortuna, cuando, rotas por un rayo centelleante, retumban las nubes y lanzan su carga de fuego. El padre de las sombras retrocede y, pálido de horror ante los dardos de su hermano, vuelve a cerrar el seno de la tierra. Acto seguido, los auspicios divinos ponen de manifiesto los desastres y calamidades que se ciernen sobre la humanidad. Desfigurado, con la cara ensangrentada, el Sol oculta su rostro entre tinieblas: ya parecía respirarse la atmósfera de la guerra civil. Por su lado, la diosa Cintia*[114] *apagó la luz de su cara llena y se negó a iluminar el crimen. Las montañas retumbaban al crujir y desplomarse sus cumbres, y los ríos iban a morir a la aventura sin dar con sus cauces habituales. El cielo se enfurece al ruido de las armas; la trompeta guerrera conmueve los astros y pone a Marte en guardia; el Etna se abrasa en insólita hoguera y lanza al espacio sus*

113 La batalla de Accio dio el imperio a Octavio en el año 31 antes de J. C. Apolo, que tenía un templo en Accio, decidió la victoria a favor de Octavio, según rezan los textos literarios (cfr., por ejemplo, Virgilio, *Eneida* VIII 704-706).

114 Febea o Diana (identificada con la Luna) es llamada Cintia porque había nacido al pie del monte Cinto, en la isla de Delos.

rayos. He aquí que entre las tumbas y los huesos por calcinar aparecen fantasmas profiriendo amenazas con voz estridente. Un cometa con su séquito de estrellas desconocidas provoca incendios en serie, y, por último, Júpiter nos manda una lluvia de sangre. Un dios pone pronto en claro todos estos presagios. César, en efecto, prescinde de toda demora y, llevado por su afán de venganza, tira su armadura gala y se pone la de la guerra civil.

En las cimas alpinas, que rayan al cielo, allí donde, por impulso del dios griego, se rebajan las rocas para dar libre paso, hay un lugar sagrado con altares dedicados a Hércules: el invierno lo recubre de dura capa de nieve y su blanca cima alcanza los astros. Se diría que el cielo se ha retirado de sus alrededores; no se ablanda a los rayos del sol en su plenitud ni al soplo de la suave primavera, sino que endurecido por las heladas y la bruma invernal permanece firme y es capaz de aguantar al mundo entero en su arrogante espalda. Cuando César, ante el aplauso de sus soldados, pisó esas cumbres y halló el lugar adecuado, desde la cima de la montaña contempló en la lejanía las llanuras de Hesperia y, tendiendo los brazos al cielo, dijo con energía: «Júpiter omnipotente, y tú, tierra de Saturno, satisfecha de mis éxitos militares y cargada de mis pasados triunfos, invoco vuestro testimonio: Marte me lleva, a pesar mío, a dar estas batallas; a pesar mío empuño las armas. Pero me arrastra una herida: se me expulsó de mi propia ciudad mientras yo teñía de sangre el Rin, mientras yo cerraba el paso de los Alpes a los galos que por segunda vez se lanzaban sobre nuestro Capitolio: mi triunfo aseguraba mi destierro. La sangre del germano, mis sesenta triunfos, he ahí la raíz de mi peligrosidad. Sin embargo, ¿quiénes se horrorizan de mi gloria? ¿Quiénes los que ven venir la guerra? Unos mercenarios a sueldo, unos viles intrigantes que sólo

ven en mi Roma a una madrastra. Pero saldrán mal librados, espero; mi brazo no se dejará encadenar impunemente por cobardía. Soldados victoriosos, dad rienda suelta a vuestra furia, corred, amigos, y defended con la espada mi causa. A todos nos llama el mismo agravio, a todos nos amenaza el mismo desastre. Debo daros las gracias: mi victoria no es exclusivamente mía. Por lo tanto, ya que el castigo amenaza nuestros trofeos, ya que nuestra victoria se ve pagada con vilipendios, decídase la suerte por arbitraje de la Fortuna. Emprended la lucha y poned a prueba vuestros brazos. Decididamente mi causa está ganada: con tantos héroes mis armas no pueden conocer la derrota.»

Al concluir estas enérgicas palabras, el ave de Delfos[115] *nos envió desde el cielo presagios favorables, surcando el espacio en diversas pasadas. Por el lado izquierdo de un bosque sobrecogedor se oyó igualmente un vocerío insólito seguido de una llamarada. Hasta el resplandor de Febo*[116] *brilló más de lo normal y acrecentó el tamaño de su disco; dorados fulgores circundaban su divino rostro.*

123. *Animado por esos presagios, César pone en movimiento las banderas de Marte y, en una marcha sin precedentes, se adelanta a dar un golpe audaz. Al principio ni el hielo ni el terreno endurecido por la blanca escarcha le opusieron resistencia: mantuvieron la calma del horror. Pero cuando los escuadrones forzaron la barrera de nubes y el tímido corcel rompió las amarras de la lluvia, vino el deshielo de las nieves. Muy pronto, de lo alto de la sierra, se vieron bajar súbitas riadas; pero también éstas —como cumpliendo órdenes— se detenían; sus aguas se petrificaban, como en-*

115 El ave de Delfos es el águila.
116 Es decir, el Sol.

cadenadas al caer; y lo que poco antes era un atolladero exigía ahora el uso del hacha. Pero si antes el hielo no ofrecía seguridad a nuestros pasos, ahora los burlaba y nos hacía resbalar: escuadrones, guerreros y armas caían por igual en deplorable revoltijo. Por añadidura, las nubes, sacudidas por una furiosa ventisca, descargaban su masa, sin que faltaran a la cita ni los vientos desatados en torbellino ni la enorme granizada que hacía crujir el cielo. Ya caían las propias nubes desplomadas sobre el ejército, que se veía aprisionado como bajo un mar de hielo. Estaba vencida la tierra bajo la ingente nevada, vencidos los astros del cielo, vencidos y agarrotados los ríos en sus cauces: César aún no se daba por vencido. Apoyado en su larga lanza, surcaba con paso firme la aterradora llanura, como desciende de su ciudadela del Cáucaso el impetuoso hijo de Anfitrión[117]*, o como de las cimas del gran Olimpo se descuelga Júpiter, el de la torva mirada, para desarmar a los Gigantes moribundos.*

Precisamente mientras César, irritado, supera esos orgullosos baluartes, la Fama veloz agita estremecida sus alas, gana al vuelo las cumbres del gran Palatino y hace vibrar todas las estatuas con este trueno que descarga sobre Roma: «Ya hay escuadras recorriendo el mar, y los Alpes en toda su extensión son un hervidero de escuadrones bañados en sangre germana.» En el ambiente se vislumbran armas, sangre, matanzas, incendios, guerra total. Los corazones palpitan, pues, de horror y en su pánico discrepan ante una doble solución. Éste quiere huir por tierra firme, el otro prefiere arriesgarse al líquido elemento: el mar le parece ya más seguro que el patrio solar. Hay quien opta por

117 Hércules, que, legalmente, era hijo de Anfitrión y de su esposa Alcmena, pero que, de hecho, era hijo de Júpiter y Alcmena.

la resistencia y por correr la suerte del destino. Quien más miedo tiene, más presto se da a la huida. En medio del desorden, el pueblo es el primero —lamentable espectáculo— que se va, guiado por el pánico y dejando la ciudad desierta. Roma se complace en la retirada, y los quirites, derrotados por los rumores que corren, abandonan sus moradas desoladas. Uno da nerviosamente la mano a sus hijos, otro oculta en el regazo a sus penates, traspasa llorando el umbral de su casa y echa maldiciones de muerte contra el enemigo ausente. Hay quienes, con el corazón angustiado, abrazan a sus esposas; los jóvenes, sin medir sus fuerzas, cargan con sus ancianos padres. Cada cual carga con lo que más siente perder. Un imprudente acarrea todos sus bienes: los lleva como botín al campo de batalla. Cuando en la alta mar se enfurece el potente Austro y levanta las olas con su impulso, de nada sirven a la marinería ni el lastre ni el timón: uno arría sobre el mástil el pesado velamen, otro busca una ensenada con playas tranquilas y seguras; un tercero iza la vela para huir y lo confía todo a la Fortuna.

¿Para qué he de lamentar tales menudencias? Con el otro cónsul, también el gran Pompeyo, el terror del Ponto, el explorador del salvaje Hidaspo, el escollo donde se estrellaron los piratas, el que con su triple triunfo había estremecido a Júpiter, el que había merecido veneración por forzar el abismo del Ponto y apaciguar las aguas del Bósforo, ahora —¡qué vergüenza!— también huye, sin atenerse a su nombre de poderoso, para que la veleidosa Fortuna pudiera ver la espalda del gran Pompeyo.

124. *Tan vergonzoso pánico alcanzó, pues, a las mismas potestades divinas, y el cielo despavorido se puso a tono con la desbandada. Por todo el orbe, el bondadoso escuadrón de los dioses abandona enojado*

la tierra enloquecida y se aparta de la maldita humanidad en pie de guerra.

La Paz es la primera que agita sus brazos blancos como la nieve: vencida, esconde su cabeza bajo el casco y, dejando este mundo, huye al inexorable reino de Plutón. Forman su séquito la Buena Fe, cabizbaja, la Justicia, con los cabellos sueltos, y la Concordia, llorosa con su manto desgarrado.

Por contraste, del precipicio que daba paso a la mansión del Érebo, surge en la lejanía el coro de Plutón: la espeluznante Erinia, la amenazadora Belona, Megera con su provisión de teas, la Destrucción, las Asechanzas y la lívida estampa de la Muerte. Entre ellas, el Furor, con las riendas rotas o sin ellas, yergue a lo lejos su cabeza sanguinaria y con el casco ensangrentado se cubre la cara surcada de mil heridas; Marte lleva colgado al brazo izquierdo su escudo desgastado y cargado de incontables dardos, mientras su diestra amenazadora inflama la tierra con un leño candente.

La Tierra acusa el paso de los dioses, y los astros, trastornados, quieren recuperar su equilibrio, ya que toda la corte celestial se ha escindido en dos bandos. Para empezar, Dione[118] *apoya a su querido César; a ella se adhiere Palas, y también Marte, blandiendo su gigantesca lanza. Al gran Pompeyo lo apoyan Febo, la hermana de Febo, el hijo de Cilene y el dios de Tirinto, parecido a él en todas sus hazañas*[119]*.*

Vibraron las trompetas, y la Discordia, suelta la cabellera, asomó al cielo su cabeza infernal. Un coágulo

[118] Dione, hija del Océano y Tetis, era madre de Venus; y César pretendía descender de Venus a través de Iulo, el hijo de Eneas.

[119] La hermana de Febo es Diana. El hijo de Cilene es Mercurio (que nació en el monte Cileno). El dios de Tirinto es Hércules (cfr. *infra,* nota 133).

de sangre le obstruye la garganta; sus ojos magullados lloraban, sus dientes rabiosos aparecían cubiertos de asperezas de sarro; su lengua destila sangre y su rostro está poblado de serpientes; ceñido el pecho con una túnica desgarrada, agitaba en su diestra temblorosa una sangrienta antorcha. Cuando dejó atrás las tinieblas del Cocito y el Tártaro, trepó por las altas crestas del ilustre Apenino para contemplar desde allí todas las tierras, todos sus litorales y los ejércitos desplegados por todo el orbe terráqueo. Entonces, de su pecho enfurecido, dejó escapar este grito: «Empuñad ya las armas, pueblos de corazón ardiente, empuñadlas y lanzad vuestras teas al centro de nuestras ciudades. Quien no da el pecho, caerá vencido; nadie retroceda, nadie, mujer, niño, o anciano ya desolado por los años; aunque tiemble la mismísima tierra, sigan resistiendo nuestras casas cuarteadas. Tú, Marcelo, predica la legalidad; tú, Curión, enardece a la plebe. Tú, Léntulo, no aplaques al valeroso Marte. ¿Cómo, divino César? ¿Por qué vacilan tus armas? ¿Por qué no fuerzas las puertas, no arrasas los recintos amurallados y arrebatas sus tesoros? ¡Oh gran Pompeyo! ¿No sabes defender las colinas de Roma? Refúgiate en las murallas de Epidamno[120] *y empapa de sangre humana los golfos de Tesalia.»*

Se cumplió en la tierra cuanto ordenó la Discordia.

....

Cuando Eumolpo, con extraordinaria facilidad de 2
palabra, concluyó este recital, entramos por fin en Crotona. Allí repusimos fuerzas en una modesta posada; al día siguiente, cuando íbamos en busca de alguna residencia más confortable, caemos sobre una cuadrilla que iba a la caza de testamentos y nos asedió

[120] Epidamno es la denominación antigua de Dirraquio.

a preguntas: quiénes éramos, de dónde procedíamos.
3 De acuerdo con el plan trazado en común, les explica-
mos con tan expresiva y fácil verborrea de dónde venía-
mos y quiénes éramos, que nos creyeron a pies jun-
tillas. En el acto se entabló entre ellos la más dura
competencia por arruinarse a fuerza de atenciones con
Eumolpo.

....

4 (Todos los cazadores de testamentos rivalizaban en
atenciones por congraciarse con Eumolpo.)

....

125. Pasamos, pues, así una buena temporada en
Crotona, y Eumolpo, en el colmo de la felicidad, había
olvidado su condición primitiva hasta el punto de vana-
gloriarse ante sus amigos de su irresistible influencia
y asegurarles que, aunque cometieran algún desmán,
gracias a la intervención de sus amistades, no les pasa-
2 ría nada. A pesar de todo, yo, aunque por nadar en la
abundancia engordaba más y más cada día y hasta me
figuraba que la Fortuna había dejado de acecharme, no
por ello reflexionaba menos en mi situación presente
3 y en su falta de base. «¿Qué pasará —me decía— si un
astuto captador de herencias mandara a Africa algún
espía que descubriera nuestra farsa? ¿Qué pasará si el
servidor a sueldo de Eumolpo, cansado de la felicidad
presente, diera la voz de alerta a sus amigos y, como
traidor celoso, delatara nuestra impostura en todos sus
4 detalles? Evidentemente tendríamos que huir una vez
más, y después de triunfar, por fin, de la miseria, acudir
de nuevo a la mendicidad. ¡Dioses y diosas del cielo!
¡Qué malo es vivir fuera de la ley! Siempre está uno
esperando el castigo que ha merecido.»

126. Crisis, sirvienta de Circe, a Polieno

«Consciente de tu atractivo, te sientes orgulloso y
vendes tus caricias: no haces favores. Pues ¿a qué 2
viene ese pelo ondulado por el peine? ¿A qué esa cara
desgastada a fuerza de tratamientos, y esos ojos lán-
guidos de provocativa mirada? ¿Qué proclaman tus an-
dares sabiamente estudiados y el movimiento impeca-
blemente acompasado de tus pies, sino que expones
tu hermosura en busca de comprador? Ya lo ves: no 3
entiendo de agüeros ni me preocupa nunca el horós-
copo de los astrólogos; sin embargo, por la cara, adivino
el carácter de la gente, y con sólo ver tus andares sé
lo que piensas. Si nos quieres, pues, vender lo que me 4
interesa, está a punto el comprador; y, lo que es más
galante, si lo das desinteresadamente, haz que te quede
agradecida. Pues con decirme que eres un esclavo y un 5
pobre hombre, no haces más que avivar la pasión de
quien por ti se muere. Hay mujeres que vibran por la
crápula y no se apasionan sino al ver esclavos u orde-
nanzas con la túnica arremangada. Algunas se enamo- 6
ran de un gladiador o de un mulero todo polvoriento,
o de un histrión que se exhibe en el escenario. Mi se- 7
ñora pertenece a esa categoría: de la orquesta, salta
por encima de las catorce graderías siguientes [121] y va
a las últimas filas de la plebe en busca de su amor.»

POLIENO. Rebosando satisfacción ante tan halaga- 8
doras palabras, pregunto: «Por favor, dime: ¿no serás
tú esa mujer enamorada de mí?»

La sirvienta se rió con ganas ante tan cruda salida
y me dijo: «Haz el favor de no ser tan fatuo. Hasta 9
la fecha no me he entregado a ningún esclavo y no

[121] La ley Roscia, del año 67 a. J. C., reservaba la orquesta a los senadores y las catorce filas siguientes a los caballeros. Detrás venía la plebe.

permitan los dioses que caiga en mis brazos un candi-
10 dato a la crucifixión. Si las señoras quieren besar las
huellas de los latigazos, allá ellas; yo, por muy sirvienta
que sea, nunca trato más que con caballeros.»
11 Me causó verdadera sorpresa tal contraste de gus-
tos y me pareció curiosísimo aquel caso de una criada
con pretensiones de señora, y el de una señora con
villanía de criada.
12 Luego, jugando más a fondo, rogué a la sirvienta
que me trajera a la señora a la avenida de los plátanos.
Le pareció buena idea; y, recogiéndose la túnica, se
dirigió al parque de laureles que linda con el paseo.
13 Sin hacerse esperar demasiado, saca a la señora de
su escondite y coloca a mi lado una mujer que supera
14 en perfección todas las maravillas del arte. No hay
voz humana capaz de expresar su hermosura; todo lo
15 que yo diga es poco. La cabellera, de rizado natural, le
caía en cascada sobre los hombros; su frente diminuta
aparecía despejada al arrancar el peinado directamen-
te hacia atrás; la línea de sus cejas se prolongaba por
un lado hasta las sienes y por el otro hasta llegar casi
16 a entrecruzarse sobre los ojos; éstos brillaban más
que las estrellas en una noche sin luna; su nariz era
ligeramente arqueada y su boquita recordaba la que
17 Praxíteles atribuye a Diana. Su barbilla, su cuello, sus
manos, el alabastro de sus pies con una graciosa ajor-
ca de oro, todo ello hubiera eclipsado el mármol de
18 Paros. Entonces, y por primera vez, yo, el eterno ena-
morado de Doris, vi que ésta no valía la pena.

¿Qué ha ocurrido, Júpiter, para que, tirando al suelo las armas, permanezcas silencioso entre los habitantes del cielo como estatua sin lengua? Este era el momento de aplicar unos cuernos a tu torva frente; el momento de disimular tus canas bajo un plumaje. He aquí a la auténtica Dánae[122]*. Prueba una simple caricia y verás una llamarada inflamar en el acto todos tus miembros.*

....

127. Ella, muy complacida, me sonrió con tanta dul-
zura que me pareció la luna llena asomándoseme entre
nubes. Luego, acompañando sus palabras con un gra-
cioso gesto de sus dedos, añadió: «Si no te molesta el
trato con una mujer distinguida y que ha tenido este
año la primera experiencia del amor, pongo a tu dis-
posición, oh joven, mi alma gemela a la tuya. Tienes 2
un hermano, es cierto, y no me ha importado averi-
guarlo; pero, ¿qué te impide adoptar además a una
hermana? Yo me sitúo en el mismo plano. Dígnate tan
sólo probar, cuando te venga bien, el sabor de mis
besos.» «Al contrario —le digo—, soy yo quien por tu 3
hermosura he de suplicar tu condescendencia para que
te dignes admitir a un pobre extranjero entre tus ad-
miradores. Tendrás en mí un fiel devoto, si me permites
adorarte. Y no vayas a creer que me presento con las
manos vacías en el templo del Amor: te cedo a mi her-
mano como ofrenda.» «¿Cómo —replica ella—, me ofre- 4
ces a ese hermano sin el cual no sabes vivir, a cuyo
cuello estás siempre colgado, a quien amas con el amor
que yo espero de ti?» Mientras así hablaba, era tal el 5
encanto seductor de sus palabras, tan dulce la melodía
que acariciaba el aire, que más bien me parecía oír entre
brisas un coro de sirenas. Maravillado, pues, y como
ante un resplandor más brillante que el del cielo, quise
averiguar el nombre de mi diosa: «¿Cómo —replicó—, 6
no te ha dicho mi sirvienta que me llamo Circe? Desde

---

[122] Alusión a varios amoríos de Júpiter, que se metamorfoseó en toro para seducir a Europa, en ave para conquistar a Leda, y, bajo apariencia de lluvia de oro, sedujo a Dánae.

luego ni yo soy hija del Sol ni es mi madre quien en sus buenos tiempos detuvo el curso de los astros. He de ver, no obstante, una intervención del cielo si el destino une nuestras vidas. Mejor dicho, ya desde ahora, tengo el secreto presentimiento de que la divinidad
7 actúa sobre mí en forma misteriosa. Por algo Circe se enamoró de Polieno: al contacto de esos nombres siempre surge una gran llamarada. Estréchame, pues, en tus brazos, si te parece. No ha de asustarte ninguna mirada indiscreta: tu hermano está muy lejos de aquí.»

8 Así habló Circe; y enlazándome en sus brazos más suaves que el plumón, me arrastró sobre una alfombra de césped florido.

9 *Como las flores que desde la cumbre del Ida derramó la madre Tierra cuando Júpiter se unió a Juno en lícito himeneo y se abrasó todo su ser en el fuego del amor, así resplandecieron las rosas, las violetas y la flexible juncia; los blancos lirios pusieron una sonrisa en la verde pradera; así invocó la tierra a Venus para que bajara al suave césped; y el día particularmente esplendoroso favoreció nuestros amores secretos.*

10 Sobre aquel césped retozamos estrechamente abrazados, preparando con mil besos un intenso deleite amoroso.

....

CIRCE A POLIENO

128. «¿Qué pasa? —dijo—. ¿Te disgusta, tal vez, que te bese? ¿Tengo acaso el aliento agriado por el ayuno, o me huelen los sobacos por falta de limpieza? Si no hay nada de esto, ¿no será tal vez que te asusta

Gitón?» Yo, vivamente sonrojado, perdí las escasas 2
fuerzas que me quedaban todavía y, como en el más completo desmayo, dije: «Por favor, reina mía, no hurgues mis miserias. Soy víctima de un maleficio.»

....

CIRCE. «Dime, Crisis, pero sinceramente: ¿Soy 3
acaso fea? ¿Voy acaso mal arreglada? ¿Algún defecto natural desluce acaso mi hermosura? Por favor, no mientas a tu reina. No caigo en la cuenta de mi error.»

Como Crisis permanecía muda, Circe le quitó de la 4
mano un espejo y, después de probar todas las caras que suelen reflejar la risa entre enamorados, sacudió su ropa toda arrugada de tumbarse en el suelo y entró
corriendo en el templo de Venus. Yo, en cambio, como 5
condenado y horrorizado por una pesadilla, me puse a reflexionar para cerciorarme si era realidad el placer que me había ilusionado.

Así en la soporífera noche los sueños ofuscan nues- 6
tros ojos extraviados, y la tierra socavada nos pone al descubierto un tesoro; nuestra mano perversa manosea el fruto del robo y arrambla con el hallazgo; el sudor baña nuestro rostro y un hondo temor embarga nuestra mente por si se le ocurriera a algún conocedor del escondite sacudir nuestra pesada faltriquera: luego, cuando se ha disipado la ilusoria alegría de nuestra mente y volvemos a la realidad, nuestro espíritu anhela lo que ha perdido y sigue totalmente absorto por la visión que se ha desvanecido.

....

GITÓN A ENCOLPIO

7 «En ese caso te doy las gracias, ya que me quieres con socrática buena fe. Alcibíades no fue más respetado cuando compartió el lecho con su preceptor.» [123]

....

ENCOLPIO A GITÓN

129. «Créeme, hermano, no veo en mí al hombre viril, no me reconozco. Ha muerto aquella parte de mi cuerpo que antaño hacía de mí un Aquiles.»

....

2 El chiquillo, para no dar lugar a habladurías en caso de ser sorprendido a solas conmigo, se arrancó de mis brazos y se fue corriendo a encerrarse en casa.

....

3 Crisis entró, pues, en mi habitación y, de parte de la señora, me entregó unas tablillas con la siguiente carta:

4 «CIRCE SALUDA A POLIENO.

»Si yo fuera carnal, me quejaría de verme defrau-
dada; pero al contrario, te estoy agradecida por tu
5 falta de vigor. Pude disfrutar por más tiempo a la
sombra de la voluptuosidad. No obstante, quiero saber
cómo estás y si tus piernas han podido llevarte a casa;
pues dicen los médicos que un hombre sin nervio no

123 Alusión a la continencia o impotencia de Sócrates, que, según Plutarco (*Vida de Alcibíades*, 4), dormía con su alumno Alcibíades sin dejar de respetarlo.

puede caminar. Te lo tengo que decir: ¡Joven, cuidado 6
con la parálisis! Nunca he visto a un enfermo en tan
grave peligro. Válgame el cielo: eres ya un caso per-
dido. Si la misma frialdad invade tus rodillas y tus 7
manos, ya puedes encargar la música de tu entierro.
Pero ¿qué importa? Aunque me has ofendido grave- 8
mente, no puedo, sin embargo, negar una medicina a
un desgraciado como tú. Si quieres ponerte bien, pide
el remedio a Gitón. Recobrarás, te lo aseguro, tus
energías si dejas de dormir tres días seguidos con tu
hermano. Por lo que a mí toca, ya no puedo temer dar 9
con otro amante a quien me sea más difícil complacer.
Ni mi espejo ni mi fama mienten. Cobra energías, si
puedes.»

Cuando Crisis comprendió que yo había leído la 10
diatriba de cabo a rabo, dijo: «Son frecuentes los per-
cances como el tuyo, sobre todo en esta ciudad, donde
hay hechiceras capaces de hacer bajar la luna del cie-
lo... Pues bien, también nos cuidaremos de este punto. 11
Pon tan sólo un poco de cariño en la contestación a mi
señora y vuelve a ganarte su simpatía con sincera con-
descendencia. He de confesarte la verdad: desde el ins-
tante que sufrió tu agravio, está fuera de sí.»

Accedí gustoso a la invitación de la sirvienta y es- 12
cribí sobre las tablillas la siguiente respuesta:

130. «POLIENO SALUDA A CIRCE.

»Te confieso, reina mía, que son muchas las culpas
en mi haber, pues soy hombre, y todavía joven. Hasta
la fecha, sin embargo, nunca había caído en delito mor-
tal. Ya lo ves: reconozco mi culpabilidad; ordena el 2
castigo que gustes: lo merezco. He cometido una trai-
ción, soy un asesino, he profanado un templo; busca
un suplicio para todos estos crímenes. Si decides ma- 3

tarme iré a ti con propia espada; si te das por satisfecha
con unos latigazos, de una carrera me presentaré des-
4 nudo ante mi reina. Recuerda tan sólo una cosa: no
fui yo el culpable, sino que me falló el instrumental.
Aunque era un soldado dispuesto al combate, no hallé
5 mis armas. No sé quién me las ha extraviado. Tal vez
mi impaciencia no dio a la naturaleza su tiempo, tal
vez por quererlo todo, acabé al instante. No acierto a
6 ver lo que me pasó. Me aconsejas que cuide mi paráli-
sis: como si pudiera agravarse ya más después de ro-
barme la posibilidad de hacerte mía. No obstante, he
aquí la última palabra de mi defensa: te daré satisfac-
ción, si me permites reparar mi culpa.»

7 Tras despachar a Crisis con esta hermosa promesa,
puse especial esmero en cuidar mi imperdonable cuer-
po; prescindiendo del baño, me di una ligera fricción;
luego, tomé alimentos especialmente excitantes, como
cebollas y cabezas de caracol, y bebí un traguito de
8 vino puro. A continuación, antes de ir a dormir, me
puse en forma con un ligero paseo, y entré en el dormi-
torio sin Gitón. Era tal mi empeño por quedar bien,
que me asustaba el menor contacto con mi hermano.

131. Al día siguiente me levanté sin malestar físico
ni moral y bajé a la misma avenida de los plátanos,
aunque me asustaba aquel sitio de funesto agüero; bajo
el arbolado me puse a esperar a mi guía de expedición,
2 es decir, a Crisis. Después de dar unas vueltas, acababa
de sentarme donde lo había hecho el día anterior,
cuando se presentó Crisis arrastrando con ella a una
3 viejecita. Cuando me hubo saludado, dijo: «¿Y qué,
desabrido, te sientes ya más animado?»

4 La vieja sacó de su seno una red tejida con hilos de
varios colores y me la echó al cuello. Luego amasó con

saliva un poco de polvo y, colocando la pasta en su dedo
cordial, me marcó la frente a pesar de mi repugnancia...

....

Concluido este encantamiento, me mandó escupir 5
tres veces y echarme tres veces al bolsillo unas piedre-
citas previamente encantadas por ella y envueltas en
púrpura; luego, palpándome, se puso a tantear mi vigor.
Sin dar tiempo a decirlo, mis fuerzas obedecieron a 6
la orden de mando, encontrándose la vieja con las manos
llenas por mi enorme sobresalto. Ella entonces, saltan- 7
do de alegría, dijo: «¿Lo ves, querida Crisis, ves cómo
he levantado la liebre para que otros la cobren?»

....

Había derramado sus sombras veraniegas el plátano 8
*ondulante, y con él también el laurel coronado de bayas,
y el tembloroso ciprés, y los pinos bien podados con
su copa estremecida. Entre el arbolado jugueteaban
las aguas caprichosas de un arroyo espumoso que arras-
traba piedrecillas en sus plañideras ondas.*

*Digno marco del amor: díganlo si no el ruiseñor del
bosque y la golondrina de querencias ciudadanas que,
describiendo círculos sobre el césped y las tiernas vio-
letas, animaban los campos con sus trinos.*

....

Circe, en actitud de descanso, apoyaba su cuello de 9
alabastro sobre un almohadón de oro y se abanicaba
tranquilamente con un ramo de mirto florido. Se son- 10
rojó ligeramente al verme, sin duda por recordar el
desaire de la víspera; luego, cuando retiró su séquito
y por invitación suya me senté a su lado, me colocó
ante los ojos su ramo de mirto y, como cobrando bríos
por esta especie de tabique que nos separaba, dice:
«¿Qué tal, paralítico? ¿Has venido hoy con todo lo que

11 has de tener?» Yo le replico: «¿Por qué no me pones a prueba en vez de preguntar?» Y, arrojándome en sus brazos con todo mi peso, saboreo plenamente sus besos, exentos, esta vez, de sortilegios.

....

Encolpio, aludiendo al joven Endimión

132. Sus encantos personales me incitaban por sí solos al amor que él me brindaba. Ya era seguido el crepitar de nuestros labios por multiplicarse los besos, ya nuestras manos enlazadas habían descubierto todas las posibles caricias, ya nuestros cuerpos ligados en mutuo abrazo entremezclaban hasta el aliento.

....

2 La señora, espoleada por tan manifiestos desaires, acude por fin a la venganza; llama a sus camareros y
3 les manda azotarme. Y sin darse por satisfecha con tan grave afrenta, convoca a todas sus hilanderas así como a los más viles de sus esclavos y les manda es-
4 cupirme a la cara. Cubro mis ojos con las manos y, sin formular ninguna petición de clemencia, por saber que bien merecido lo tenía, me dejo echar a la calle a
5 latigazos y escupitajos. Echan igualmente a Proseleno y azotan a Crisis; toda la servidumbre, consternada, comenta y se pregunta quién habrá podido perturbar así la alegría de la señora.

....

6 Bastante aliviado por esos desastres compensatorios, disimulé con habilidad las huellas de los latigazos por temor a que mi desventura fuera motivo de sonrisas
7 para Eumolpo o motivo de disgustos para Gitón. Sólo me quedaba, pues, un recurso para salvar mi honor: el

de fingir una indisposición. Me hundí, pues, en la cama y concentré todo el fuego de mi rabia contra la causa de todas mis desgracias:

Tres veces eché mano a la terrible segur de doble 8
filo, tres veces me sentí de pronto más lacio que el tallo de una col y me asustó el hierro inservible en mi mano temblorosa. Ya no estaba a mi alcance lo que momentos antes ansiaba ejecutar. Pues el miedo, más frío que el hielo invernal, había llevado al culpable a refugiarse en mis entrañas arropado en mil repliegues. Imposible, pues, descubrirle la cabeza para el suplicio. Burlado así por el susto mortal del maldito delincuente, hube de acudir a las palabras que más podían herirle.

Incorporado, pues, sobre mi codo, lancé contra el 9
terco recalcitrante una invectiva como ésta: «¿Qué me dices, oprobio de los dioses y los hombres? Pues ni es lícito pronunciar tu nombre entre las cosas serias. ¿Me-
recía de ti este trato? ¿Merecía que, después de verme 10
ya en el cielo, me precipitaras en el infierno?, ¿que traicionaras mis años en la primera flor de la pujanza y cargaras sobre mí el agotamiento de la más avanzada decrepitud? Un favor te pido: extiéndeme mi certificado de defunción.»

Cuando mi cólera se hubo explayado en esos tér- 11
minos,

Mi inculpado me daba la espalda con los ojos fijos en el suelo, más impasible a mis palabras que el flexible sauce o el flácido tallo de la amapola.

Sin embargo, concluida ya mi innoble amonesta- 12
ción, empecé a lamentar mis palabras y a sentirme interiormente avergonzado, ya que, olvidando mi propia dignidad, había dirigido la palabra a aquella parte de

mi cuerpo que las personas de cierto decoro hasta pretenden ignorar.

13 Luego, después de frotarme largo rato la frente, me
dije: «¿Y qué? ¿Qué delito he cometido por desahogar
mi irritación con esa diatriba tan natural? ¿O por qué
ha de ser normal referirse al cuerpo para quejarse del
vientre, de la boca o de la cabeza cuando nos duelen
demasiado? Y ¿qué? ¿No discute Ulises con su cora-
zón?[124] ¿No increpan ciertos héroes trágicos a sus ojos
14 como si éstos los pudieran oír? Los podagros se quejan
de sus pies, los quiragros de sus manos, los legañosos
de sus ojos y los que tropiezan con demasiada fre-
cuencia achacan a sus pies toda la culpa del daño que
se hacen:

15 *»¿Por qué, Catones, me miráis con el ceño fruncido y condenáis mi obra de una franqueza sin precedentes? Aquí sonríe, sin mezcla de tristeza, la gracia de un estilo limpio, y mi lengua describe sin rodeos el diario vivir de la gente. Pues ¿quién ignora el amor y las alegrías de Venus? ¿Quién prohíbe a nuestros sentidos inflamarse al calor de la cama? Hasta el sabio Epicuro, es decir, el padre de la verdad, lo ha recomendado positivamente en su doctrina y ha dicho que la vida no tenía otra finalidad.»*

....

16 Nada hay tan falso como un necio prejuicio de la gente ni tan insensato como una fingida austeridad.»

....

133. Concluido este manifiesto, llamo a Gitón y le digo: «Cuéntame, hermano, pero con toda sinceridad: aquella noche que Ascilto te arrancó de mi lado, ¿llegó en su culpable vela hasta el agravio, o se conformó con

[124] Véase *Odisea* XX 17 y ss.

una noche casta y pura?» El chiquillo se llevó la mano 2
a los ojos y con la mayor resolución juró que no había
sufrido la menor violencia de parte de Ascilto.

....

De rodillas en el umbral, invoqué así a la divinidad que me había vuelto la espalda:

«Compañero de las Ninfas[125] *y de Baco, numen de* 3
los ricos bosques por gracia de la hermosa Dione, tú que reinas sobre la ilustre Lesbos y la verde Tasos, tú a quien adora el Lidio de los siete ríos y a quien eleva un templo en tu querida Hipepe[126]*, asísteme, tutor de Baco y deleite de las Dríades, acoge mi humilde súplica. No vengo a ti manchado de sangre criminal, no puse mi mano impía en tus templos, como sacrílego enemigo, sino que, falto de recursos, agobiado por la indigencia, he pecado, aunque sin comprometer toda mi persona. Quien peca por debilidad, no es culpable del todo. Escucha mi súplica, te lo ruego; alivia mi espíritu y perdona mi leve culpa; y cuando vuelva a sonreírme la hora de la Fortuna, no dejaré de honrarte cumplidamente. Verás ir a tu altar, santo dios, un macho cabrío, padre del rebaño; verás ir a tu altar un cornudo borrego y, como víctima de leche, la cría de una cerda gruñona. En tus patenas hervirá el vino del año y la juventud embriagada dará tres veces la vuelta alrededor de tu templo en triunfante procesión.»*

....

Mientras pronunciaba esas palabras y observaba 4
atentamente mi parte muerta, entró en el templo una
vieja con la cabellera desgarrada, vestida de negro,

[125] Invocación a Príapo sin nombrarlo.
[126] Pequeña ciudad de Lidia, en la falda del monte Tmolo.

horrible. Me puso la mano encima y me sacó al vestíbulo.

....

LA VIEJA PROSELENO A ENCOLPIO

134. «¿Qué brujas te han roído los nervios? ¿Qué
porquería o qué cadáver has pisado de noche en la
2 calle? Ni siquiera te has desquitado con Gitón, sino
que flácido, endeble, agotado como un caballo cuesta
arriba, has perdido tu trabajo y tu sudor. Y no contento
con pecar tú, has excitado contra mí la ira de los
dioses.»

....

3 Entonces, sin encontrar en mí la menor resistencia,
vuelve a llevarme a la habitación de la sacerdotisa, me
empuja sobre el lecho, echa mano a una escoba en la
rinconera de la puerta y, sin réplica de mi parte, se
4 pone a sacudirme. Gracias que la escoba se partió al
primer golpe, frenando así el ímpetu de mi verdugo;
de no ser así, probablemente me hubiera partido algún
5 brazo o la cabeza. No pude menos de gemir, y más al
sentirme manoseado; me puse a llorar a lágrima viva
y, cubriéndome la cabeza con la mano derecha, me dejé
6 caer sobre la almohada. La vieja, no menos afligida y
llorosa, se sentó al otro extremo de la cama y con voz
temblorosa empezó a lamentarse de haber vivido tanto.
7 En esto se presentó la sacerdotisa: «¿A qué habéis venido a mi habitación? ¡Como si estuvierais ante una
pira recién apagada! Y eso que es día festivo, día de
alegría incluso para los que están de luto.»

....

PROSELENO A OENOTEA, SACERDOTISA DE PRÍAPO

«¡Oh Oenotea —dijo la vieja—, el joven que aquí 8
ves, nació con mala estrella; no encuentra muchacho ni
muchacha a quien poder vender su mercancía! Nunca 9
has visto a mayor infeliz: es una correa mojada, no una
verga. Para abreviar: figúrate cómo será, cuando salió
de la cama de Circe sin saborear el amor.» Al oír este 10
comentario, Oenotea se sentó entre nosotros dos y,
después de menear la cabeza un buen rato, dijo: «Es
esa una enfermedad que sólo yo sé remediar. Y no va- 11
yáis a pensar que yo hablo por hablar: sólo pido que
ese jovencito duerma conmigo una noche, y veréis si
no lo pongo más tieso que un cuerno:

»*Todo lo que ves por el mundo obedece a mis órde-* 12
nes. Los campos floridos, cuando se me antoja, se resecan mustios por falta de savia; y, cuando se me antoja, derraman riqueza los campos y brota a raudales el agua del Nilo entre rocas y ariscos peñascos. El mar amaina para mí la furia de su oleaje y el céfiro deja de silbar a mi paso. A mí me obedecen los ríos, los tigres de Hircania y los dragones encargados de montar guardia. ¿Para qué hablar de estas menudencias? La imagen de la luna baja del cielo por encanto de mi magia, y Febo, desazonado, se ve obligado a frenar sus caballos desbocados y volver sobre su órbita.

»*Tal es la eficacia de mis palabras. Se amortigua la llama de los toros, apagada por inmolación de vírgenes; Circe, la hija del Sol, metamorfoseó con sus cantos mágicos a los compañeros de Ulises. Proteo toma cuantas apariencias quiere. Experta en esta clase de artilugios, yo podría trasplantar al fondo del mar la vegetación del Ida o hacer volver a su cumbre la corriente de las aguas.*»

135. Me estremecí de horror ante tan fabulosas promesas y me puse a observar a la vieja con mayor atención.

2 «¡Ea, pues! —grita Oenotea—, ¡seguid mis órdenes!» Y, después de lavarse cuidadosamente las manos, se recostó en su lecho y me besó una y otra vez.

....

3 Oenotea colocó una mesa vieja en el centro del altar, la cubrió de candentes brasas y, ablandando un poco de pez, arregló una escudilla agrietada igualmente por
4 el tiempo. Luego, devolvió a la hollinienta pared el clavo que se había caído al descolgar la escudilla de madera. Entonces, poniéndose un mandil cuadrado, colocó en el fuego un enorme puchero; acto seguido, con un gancho, alcanzó en la despensa un fardo que contenía su provisión de habas y un trozo de cabeza de cerdo muy añeja y con mil muescas del cuchillo.
5 Cuando hubo desatado el fardo, echó sobre la mesa parte de las legumbres y me mandó limpiarlas con cuidado. Yo cumplo sus órdenes: con mano atenta voy
6 separando los granos cuya cáscara estaba sucia. Pero ella, echándome en cara mi lentitud, recoge lo que yo tenía por desperdicio, arranca las cáscaras a mordiscos y escupe al suelo dando la impresión de una lluvia de moscas.

....

7 Yo admiraba el ingenio de la pobreza y su habilidad hasta en los más mínimos detalles:

8 *Allí no brillaba el marfil indio incrustado en oro ni el suelo que pisábamos era de radiante mármol: la tierra no se veía mixtificada por sus propios dones. Sobre un zarzo de sauce había unos manojos de paja trillada y unas vasijas de barro recién moldeadas en ágil maniobra de un torno rudimentario. Al lado, junto a unas tinajas que destilaban suaves perlas de agua, había unas cestas de flexible mimbre y un cántaro con manchones de vino.*

Todo alrededor, sobre la pared —un conglomerado improvisado de paja seca y barro en abundancia—, había cantidad de ganchos rústicos; de ellos colgaba una fina escoba de juncos recién cortados. También colgaban de una viga ahumada las provisiones que almacenaba la humilde choza: dulces acerolas entrelazadas en aromáticas coronas, ajedreas añejas y racimos de uvas pasas. Tal fue la hospitalaria Hecale que en tierras de Actea acogió antaño a Teseo; Hecale, acreedora de honores divinos y cantada por la elocuente musa del hijo de Battos[127] *para admiración de los siglos.*

....

136. Todavía descuelga un trocito de carne, y, cuando con el gancho quiere volver a su sitio la media cabeza de cerdo coetánea de su propio nacimiento, se le rompe el taburete carcomido que debía servir de complemento a su estatura, y la vieja, arrastrada por su propio peso, cae despedida sobre el hogar.

Rompe, pues, la parte superior del puchero y ahoga 2
el fuego, que empezaba entonces a coger fuerza; personalmente sufre quemaduras en un codo y levanta una nube de polvo que le tizna toda la cara. Acudí 3
ciertamente asustado y, sin poder contener cierta sonrisa, puse de pie a la vieja; ella, para que nada demorara el sacrificio, inmediatamente echó a correr por la vecindad en busca de la chispa que reanimaría su fuego.

Entonces yo me adelanté hasta el portillo de la choza, 4
y he aquí que tres ocas sagradas, acostumbradas sin duda a reclamar a la vieja su pitanza a mediodía, se

127 Es decir, Calímaco.

lanzan sobre mí y me asustan asediándome con sus chi-
rridos horribles y como rabiosos. Una de las ocas me
desgarra la túnica, otra me desata y estira los cordones
del calzado; la tercera, guía y capitán del cruel asalto,
llegó incluso a marcarme una pierna a picotazos como
5 si usara una sierra. Dejándome pues de bromas, arran-
co una pata a la mesa y con esta arma al brazo la em-
prendo con la agresiva alimaña, y, sin darme por satis-
fecho con unos palos de cumplido, no ceja mi venganza
hasta ver muerta a la oca:

6 *Así me figuro que huyeron al cielo las aves del Es-*
tínfalo[128] *espantadas por la estratagema de Hércules;*
así huyeron las Harpías con sus inmundas secreciones
cuando hubieron infectado con su veneno los manjares
engañosos destinados a Fineo[129]*. El éter se estremeció*
horrorizado por inauditos gritos de dolor, y la mansión
del cielo vio perturbada su paz.

....

7 Las dos ocas supervivientes ya habían recogido las
habas desparramadas al azar por todos los rincones
del piso; y, descorazonadas sin duda por verse sin jefe,
habían regresado a su sagrado recinto. Yo, tan satisfe-
cho de mi botín como de mi venganza, tiro la oca muer-

[128] El lago Estínfalo, en Arcadia, estaba infestado por unas aves de descomunal tamaño que atacaban a la gente; los habitantes de la comarca suplicaron a Hércules que los liberara de aquella plaga. Hércules consiguió sacar aquellos monstruos de la espesura de sus bosques y ahuyentarlos haciendo ruido con calderas (PAUSANIAS VIII 22, 4; PLINIO, *Historia Natural* VI 32).

[129] Fineo, rey de Tracia, por mostrar a los argonautas la ruta de Colcos, sufrió el castigo de la ceguera y quedó a merced de las Harpías. Estos monstruos le quitaban de la mano y hasta de la boca los alimentos que él iba a tomar; y, después de comerse ellas los mejores bocados, le dejaban sólo los residuos, y aun éstos infectados con olor tan nauseabundo que ningún mortal lo podía aguantar.

ta detrás de la cama y me pongo a desinfectar con
vinagre la herida —bastante superficial— de mi pierna.
Luego, por evitar un escándalo, tomé la decisión de lar- 8
garme. Recogí mis cosas y salí de la casa para empren-
der la marcha. Pero aún no había cruzado el umbral 9
de la sala, cuando veo llegar a Oenotea con un cacharro
lleno de brasas. Di, pues, marcha atrás y, dejando caer 10
mi manto, me planté en la entrada como si la estuviera
esperando con impaciencia. Colocó sus brasas bien 11
dispuestas sobre unas cañas secas, y, después de poner
encima unos cuantos leños, empezó a disculparse por
su tardanza: su amiga —decía— no la había dejado
salir antes de agotar las tres copas de ley[130]. «Y tú
—me dice—, ¿qué has hecho en mi ausencia y dónde
están mis habas?» Yo, por figurarme que mi acción era 12
incluso digna de encomio, le expliqué detalladamente
el combate, y, para no prolongar su disgusto, le ofrecí
otra oca en compensación de la que había perdido. Pero 13
al ver a esta última prorrumpió en tan estridentes chi-
llidos, que me hacía creer en una segunda invasión de
ocas. Atolondrado, pues, y sorprendido ante mi inaudita
fechoría, yo intentaba comprender el motivo de su
furor y por qué la oca le daba más lástima que yo.

137. Pero ella, golpeándose las manos, me dijo:
«¡Criminal! ¿Aún te atreves a hablar? No te das cuenta 2
del inmenso crimen que has cometido: has dado muerte
al ejemplar favorito de Príapo, al macho que era el
ídolo de todas nuestras señoras. No vayas, pues, a creer
que no tiene importancia lo que has hecho: si los ma-
gistrados se enteraran, te mandarían crucificar. Has 3
manchado de sangre mi morada, sin mancilla hasta el
día de hoy; has logrado que cualquiera de mis enemigos

[130] Según ley de los banquetes, el número de copas apuradas debía ser tres o un múltiplo de tres.

pueda, cuando quiera, despojarme de mi carácter sacerdotal.»

....

4 «Por favor —le digo—, no chilles; yo te daré una avestruz en sustitución de tu ganso.»

....

5 Mientras ella, con gran estupor de mi parte, con-
tinúa sentada en la cama deplorando la suerte de su
ganso, he aquí que se presenta Proseleno con el importe
del sacrificio; al ver el ganso muerto y averiguar la
causa de la desolación de Oenotea, también ella pro-
rrumpe en más sentidos sollozos y empieza a compa-
decer mi suerte como si yo hubiera dado muerte a mi
6 padre y no a un vulgar ganso. Así, pues, harto de insul-
seces, les digo: «Vamos a ver: ¿puedo expiar el crimen
de mi brazo a precio de oro? ¿Aun suponiendo que os
haya faltado o incluso que haya cometido un asesinato?
Ahí van dos piezas de oro; con ellas os será posible
7 comprar ya sea unos dioses, ya sea unos gansos.» Al
ver las monedas, Oenotea dice: «Perdóname, joven; el
motivo de mi inquietud es tu propia suerte: te estoy
8 dando una prueba de cariño, no de maldad. Procurare-
mos, pues, que nadie se entere. Por tu parte, ruega a
los dioses que perdonen tu conducta.»

9 *Todo aquel que disponga de dinero tendrá asegurado el viento favorable para navegar y dominará la fortuna a su arbitrio: podrá casarse con Dánae y convencer a Acrisio como antes a Dánae*[131]*; si quiere ser poeta o declamador, arrancará el aplauso cerrado de todo el auditorio; si quiere defender pleitos, su prestigio superará el de Catón. Si es jurisconsulto, repartirá los «es evidente que...», «es evidente que no...», y tendrá toda la autoridad de Servio y Labeón*[132]*. Me estoy alargando demasiado: con dinero contante y sonante, manifiesta el antojo que te apetezca; lo tendrás. Una caja fuerte encierra a Júpiter en su seno.*

[131] Es decir, convencer sucesivamente a la hija y al padre mediante una lluvia de oro.

....

La vieja colocó bajo mis manos un cuenco de vino; 10
luego, extendió por igual todos mis dedos, me los purificó con puerro y apio, y, pronunciando una oración, echó en un poco de vino unas avellanas. Según flotaran o se fueran al fondo, ella deducía su pronóstico. Para mí era cosa sabida y evidente que salían a la superficie del líquido las avellanas fofas o con aire en vez de almendra, y, al revés, que las llenas y bien granadas se iban al fondo.

....

Abriendo, pues, el pecho del ganso, le sacó el hígado, 11
muy firmemente adherido, y en él me leyó el porvenir.
Más todavía: para que no subsistiera el menor vestigio 12
de mi crimen, partió a trozos todo el ganso y lo puso en el asador, preparando así un selecto manjar al que ella había condenado a muerte minutos antes, según decía.

Entretanto, las copas de vino puro volaban de boca 13
en boca.

....

138. Oenotea saca un falo de cuero y, después de frotarlo con una mezcla de aceite, pimienta molida y

[132] Servio Sulpicio, amigo de Cicerón (éste le dedica varios capítulos en el *Brutus*), fue autoridad máxima en Derecho civil y como tal se le cita en el *Digesto*. Antistio Labeón fue el jurisconsulto más célebre en tiempos de Augusto; entre los autores que nos hablan de Labeón, destaca Aulo Gelio (*Noches Aticas* XIII 10).

semilla de ortigas trituradas, me lo introduce suavemente por el ano.

2 Luego, la despiadada vieja me unta una y otra vez las piernas con la misma sustancia.

....

Mezcla un poco de jugo de mastuerzo con abrótano y, rociándome las partes, coge un puñado de ortigas verdes y se pone a golpearme suavemente todo el cuerpo hasta la altura del ombligo.

....

3 Las dos viejecitas, aunque ebrias de vino y lujuria, intentan seguir mis pasos y corren tras de mí por algunas calles gritando: «¡Al ladrón, detenedlo!» Logré
4 escapar, sin embargo, pero con los pies todos ensangrentados en mi precipitada evasión.

....

5 «Crisis, que despreciaba tu posición anterior, pretende compartir tu felicidad actual aunque ello le cueste la cabeza.»

....

6 ¿Hay algún punto de comparación entre esta belleza y la belleza de Ariadna o de Leda? Frente a esta belleza, ¿qué papel haría Helena?, ¿qué papel haría Venus? El propio Paris, el juez de las diosas enamoradas, de haber comparecido en el concurso esta belleza con su mirada arrebatadora, hubiera sacrificado por
7 ella a Helena y demás diosas. Si al menos me fuera permitido robarle un beso, abrazar aquel seno angelical y divino, tal vez mi cuerpo recobrara su vigor y se reanimaran mis sentidos entorpecidos sin duda por un
8 maleficio. Ningún desaire me desalienta: ¿se me ha azotado? No quiero saberlo. ¿Se me ha despedido? Lo

tomo a broma. ¡Con tal que llegue a congraciarme con ella!

....

139. Deshice mi lecho con múltiples arrebatos como si allí tuviera no sé qué imagen de mi amor.

No soy el único en verme perseguido por la divinidad 2
y el implacable destino. Ya antes, el héroe de Tirinto[133]*, atormentado por el enojo de la Inaquia Juno*[134]*, hubo de cargar con el peso del mundo; también antes sufrió Pelias*[135] *la maldición de la siniestra Juno, Laomedonte empuñó las armas sin saber cómo, Télefo aplacó la cólera de una doble divinidad, y Ulises sintió pánico en el reino de Neptuno. También yo, sobre la tierra firme como sobre la líquida llanura del canoso Nereo, siento la pesada cólera de Príapo Helespóntico*[136].

....

Se me ocurrió, pues, acudir a mi querido Gitón para 3
saber si alguien había preguntado por mí. «Hoy, nadie

---

133 Es decir, Hércules (hijo de Júpiter y Alcmena); se le llamó el héroe de Tirinto porque Alcmena era esposa de Anfitrión, rey de Tirinto.

134 Argos, ciudad especialmente consagrada al culto de Juno, había sido fundada por Ínaco; de aquí el calificativo de «Inaquia» aplicado a Juno.

135 El rey Pelias, cuya ambición le había llevado a cometer diversos crímenes, fue finalmente asesinado por sus propios hijos con la ayuda de Medea.

136 Laomedonte, padre de Príamo, no pagó a Neptuno y Apolo el precio convenido por la construcción de las murallas de Troya; el castigo de los dioses no se hizo esperar y Laomedonte se vio envuelto en conflictos y obligado a pelear. Las dos divinidades que persiguieron en Troya a Télefo fueron Minerva y Baco. Neptuno y Nereo son las primeras divinidades marítimas; «el reino de Neptuno» o «la llanura de Nereo» son, pues, simples nombres poéticos del mar.

—me dijo—; pero ayer vino cierta mujer (no estaba nada mal) y, después de una larga conversación y un sinfín de cargantes preguntas, acabó diciéndome que habías incurrido en una falta, y que si la persona agraviada persistía en su reclamación, tendrías que sufrir el castigo reservado a los esclavos.»

....

4 Aun no había concluido mi protesta, cuando apareció Crisis y, echándose a mi cuello, me estrechó en sus brazos con la mayor efusión: «Ya eres mío —dijo—, tal como yo lo había esperado: ¡oh anhelo de mi alma! ¡Delicias de mi vida! ¡No verás morir la llama de mi amor, a menos que la apagues con mi sangre!»

....

5 Uno de los nuevos esclavos acudió de pronto y me aseguró que el amo estaba irritadísimo conmigo por llevar faltando dos días a mi servicio. Lo mejor que podía hacer sería preparar alguna disculpa válida, pues parecía poco menos que imposible ver calmada su iracunda rabia sin llegar a los azotes.

....

140. Una señora de las más respetables, llamada Filomena, que antaño había aprovechado su juventud para escamotear muchas herencias, ahora, vieja y ajada, presentaba a los ancianos sin familia un hijo y una hija que tenía; intentaba así transmitir a sus sucesores
2 la propia profesión. Acudió, pues, a casa de Eumolpo recomendando sus hijos a la prudencia y bondad del anciano: se ponía en sus manos y cifraba en él sus mejores esperanzas. No había en toda la redondez de la tierra otro hombre capaz de formar día a día a la
3 juventud en los sanos preceptos de la moral. Conclusión: la señora dejaba sus hijos en casa de Eumolpo para que siguieran sus lecciones: era la única herencia que podía legar a los jóvenes.

Poniendo exactamente por obra sus palabras, dejó 4
a la niña —una verdadera preciosidad— en el dormitorio, acompañada del joven que era su hermano, y se retiró so pretexto de ir al templo a cumplir una solemne promesa. Eumolpo, cuya bondad iba hasta con- 5
siderarme todavía un niño, sin perder minuto, invitó a la jovencita a una sesión de gimnasia sagrada. Pero 6
él había proclamado a todo el mundo que padecía de la gota y era tullido de espalda; y si no mantenía su impostura sin excitar sospechas, corría el riesgo de hacer fracasar totalmente nuestro teatro. Así, pues, 7
para acreditar firmemente la mentira, rogó a la chiquilla que descansara encima de él, confiada en aquella bondad que le acababan de recomendar; luego, dio a Córax la orden de meterse bajo la cama que él mismo ocupaba: con las manos apoyadas en el suelo debía poner en movimiento las caderas del amo. Córax se- 8
guía hábilmente sus instrucciones y sincronizaba el balanceo con la experta maniobra de la niña. Cuan- 9
do la cosa tocaba a su término, Eumolpo pedía claramente a Córax que activara su tarea. Entre su servidor y su amante, el viejo parecía jugar al columpio. Ya 10
había renovado Eumolpo por dos veces la operación entre grandes carcajadas, incluidas las suyas. Por mi 11
parte, para no perder la forma en la inacción, viendo que el hermano, por una rendija del tabique, admiraba la acrobacia de su hermana, me acerqué a él para probar si daba facilidades. Como chiquillo bien aleccionado, no rechazaba mis caricias, pero también en aquella ocasión me encontré con la misma divinidad hostil.

....

12 «Pero hay divinidades más poderosas: éstas me han
devuelto mi integridad. Mercurio, el encargado de llevar
y traer las almas, es quien, con sus favores, me ha
devuelto lo que una mano airada me había cercenado;
ya puedes tener por cierto que estoy mejor dotado
13 que Protesilao[137] o cualquier otro héroe antiguo.» Pro-
nunciando esas palabras, levanté mi túnica e hice com-
probar a Eumolpo todo mi poder. En un principio se
estremeció de horror, pero luego, para convencerse,
tocó con ambas manos el obsequio que yo había reci-
bido de los dioses.

....

14 «Sócrates, el más sabio de los mortales a juicio del
cielo y de la tierra, solía vanagloriarse de no haberse
fijado nunca en una tienda ni haberse parado a contem-
plar una multitud un tanto nutrida. Tan cierto es que lo
mejor es consultarlo siempre todo con la sabiduría.»
15 «Todo eso es exacto, lo reconozco; pues nadie cae
más pronto en desgracia que quien ambiciona los bie-
nes ajenos. Pues ¿de qué iban a vivir los merodeadores,
de qué iban a vivir los rateros si no lanzaran, como
anzuelos, a la multitud sus bolsas de menor o mayor
tamaño con monedas contantes y sonantes? Los mudos
animales no caen sin cebo: tampoco se dejarían cazar
los hombres sin la esperanza de encontrarse con algo
que morder.»

....

141. «No llegó el barco que, según tus promesas, debía traer de Africa tu dinero y tu servidumbre. Los cazadores de testamentos, agotados ya sus recursos, han recortado su generosidad. O mucho me engaño,

---

137 Protesilao fue el primer héroe griego que desembarcó en Troya y cayó bajo los dardos de Héctor. Era célebre por sus éxitos amorosos.

o la Fortuna de nuestra comunidad empieza a arrepentirse del trato que nos ha dado.»

....

«Todos cuantos tienen asignados legados en mi tes- 2
tamento, todos, excepto mis libertos, como condición
para entrar en posesión de lo que les dejo, tendrán
que partir a trozos mi cadáver y comérselo en presen-
cia del pueblo.»

....

«En ciertos pueblos sabemos que hay todavía en 3
vigor una ley según la cual los allegados han de comerse
a sus muertos; tanto es así que con frecuencia se echa
en cara a los enfermos el que dejen una carne de calidad
inferior. Con esto quiero advertir a mis amigos que no 4
recusen mi voluntad, sino que consuman mi cadáver
con el mismo valor que han puesto en maldecir mi
vida.»

....

La inmensa fama de su fortuna cegaba los ojos y 5
las mentes de aquellos desgraciados.

....

Gorgias estaba dispuesto a cumplir hasta el final.

....

«En cuanto a la repugnancia de tu estómago, no 6
tengo por qué preocuparme. Obedecerá a tu voluntad
si por una hora de asco le prometes en compensación
un sinfín de bienes. Basta con que cierres los ojos y 7
te figures que no te tragas las entrañas de un hombre,
sino un millón de sestercios. Añade a esto que ya en- 8
contraremos algún adobo para quitarles el sabor. Pues
ninguna clase de carne tiene en sí buen gusto: pero

cierto aderezo la altera y la concilia con la aversión
9 del estómago. Y si quieres antecedentes en apoyo de
mi determinación, los saguntinos, apurados por Aníbal,
llegaron a comer carne humana, y eso que no espera-
10 ban herencia; los petelinos hicieron lo mismo en una
gravísima situación alimenticia, y no pretendían más
11 objetivo que no morir de inanición. Cuando Numancia
cayó en poder de Escipión, se encontraron madres que
tenían en su regazo los cadáveres de sus hijos a medio
devorar.»

APÉNDICE: FRAGMENTOS

I

SERVIVS *ad Vergili Aen. III 57*: «maldita hambre, la del oro»: maldita, es decir execrable. La expresión ha sido tomada de una costumbre de los galos. Pues cada vez que los marselleses sufrían una epidemia, uno de sus pobres se ofrecía a ser mantenido durante un año entero a expensas del pueblo y con una alimentación muy selecta. Después, tal individuo, coronado de verbena y con indumentaria de maldito era llevado en procesión por toda la ciudad colmado de execraciones, para que sobre él recayeran las desgracias de toda la población; y en tales condiciones se le despeñaba. Esto se lee en Petronio.

II

SERVIVS *ad Vergili Aen. XII 159*: (sobre el género femenino de los nombres terminados en -TOR). Si no fueran derivados verbales, son epicenos, ya que la terminación -TOR vale igualmente como masculino y como femenino; por ejemplo un hombre o una mujer pueden ser *senator* (= senador), *balneator* (= bañista), aunque Petronio haya usado una forma femenina diciendo *balneatrix*.

III

PSEVDACRO *ad Horati epod. 5, 48*: «mordiéndose Canidia el dedo pulgar»: ha expresado el comportamiento y ademán de una persona furiosa. Petronio, para presentar a una persona furiosa, dice: mordiéndose el dedo pulgar hasta ponerlo en peligro.

IV

SIDONIVS APOLLINARIS *carminis XXIII*: ¿Para qué ensalzaros, maestros de la lengua del Lacio, Cicerón, Livio, Virgilio? ...y tú, Árbitro, devoto del tronco sagrado[1] en los jardines de Marsella, émulo de Príapo, el dios del Helesponto?

V

PRISCIANVS *institutionum VIII 16* (*Grammatici Latini, Keil, II 381*) *et IX 29* (*ibidem II 567*): Petronio: El alma contenida en nuestro pecho.

VI

BOETHIVS *in Porphyrium translatum dialogo II p. 45*: Lo haré —dijo— con muchísimo gusto. Pero, «ya que el sol de la mañana» —como dice Petronio— «ha desplegado su sonrisa sobre nuestra morada», levantémonos, y, si la cosa tiene su importancia, se tratará luego con mayor consideración.

1 El tronco sagrado es el que, a modo de falo, simbolizaba a Príapo.

VII

FVLGENTIVS *Mythologiarum I p. 23 Munckeri*: No sabes ...qué temor inspira la sátira a las señoras. Aunque ante las oleadas de las palabras de las mujeres hayan de callar los abogados y se queden mudos los maestros de gramática, aunque el profesor de retórica guarde silencio y el pregonero apague su voz, la sátira y sólo ella impone un freno a sus furores, por mucho que la Albucia de Petronio se enardezca.

VIII

FVLGENTIVS *Mythologiarum III 8 p. 124*: Por eso también Petronio Árbitro cuenta que se tomó una copa de jugo de mirra como estimulante de la libido.

IX

FVLGENTIVS *in expositione Vergilianae continentiae p. 156 s.*: Ya expusimos más arriba la fábula de Cérbero presentada como una discusión o proceso forense. De aquí el dicho de Petronio en Euscio: «Tal abogado era un Can Cérbero en el tribunal».

X

FVLGENTIVS *in expositione sermonum antiquorum 42 p. 565 Merceri*: Se llama *ferculum* al servicio de las carnes. De aquí el dicho de Petronio Árbitro: «Después que se presentó el *ferculum*».

XI

FVLGENTIVS *ibidem 46 p. 565 s.*: *ualgia* son las convulsiones de los labios que se producen en un trance espasmódico. Así dice Petronio: «con los labios convulsivamente deformados».

XII

FVLGENTIVS *ibidem 52 p. 566*: *alucinare* se dice de los sueños de pesadilla; la palabra deriva de *alucitae* (= mosquitos), a los que nosotros llamamos *conopes* (= cínifes). Como dice Petronio Árbitro: «Efectivamente a mi camarada le molestaban los cínifes».

XIII

FVLGENTIVS *ibidem 60 p. 567*: Se llaman *manubies* a las galas de los reyes. Así dice Petronio Árbitro: «Tantas galas de reyes halladas en poder de un esclavo fugitivo».

XIV

FVLGENTIVS *ibidem 61 p. 567*: *aumatium* se dice de un rincón retirado en un lugar público, por ejemplo en el teatro o en el circo. Así dice Petronio Árbitro: «Me lancé yo mismo al *aumatium* (= rincón)».

XV

ISIDORVS *originum V 26, 7*: *dolus* es un engaño de la mente: viene de *deludere* (= burlar). Se hace una

cosa y se simula otra. Petronio tiene otra opinión al decir: «¿En qué consiste el dolo, jueces? Precisamente en hacer una cosa que *dolet* (= duele) a la ley. Ya sabéis lo que es dolo: ved ahora lo que es malicia».

XVI

GLOSSARIVM *S. Dionysii*: *petaurus* es una clase de juego. Petronio: «Como manda el juego del petauro, a veces arriba (y a veces abajo)».

XVII

(*Ibidem*): Petronio: «Se sabía que ellos no podían atravesar la gruta de Nápoles sin agacharse».

XVIII

NICOLAVS PEROTTVS *Cornu copiae p. 200, 26 editionis Aldinae anni 1513*: Cosmo fue un excelente fabricante de perfumes: de él deriva el nombre de (perfumes) Cosmianos. Así (Juvenal 8, 6): «Sumérjase en una caldera llena de Cosmo». Petronio dice: «Tráenos un frasco de alabastro con Cosmiano».

XIX

TERENTIANVS MAVRVS *de metris* (*Gramm. Lat.*, *Keil VI p. 399*): Vemos que Horacio nunca colocó en serie versos de esta medida; en cambio el habilidoso Árbitro los usa a menudo en sus libros. Podéis reconocer estos versos que solemos cantar: «Muchachas de Menfis, dis-

puestas al servicio divino. Teñido del color de la noche, muchacho de la mano que habla».

MARIVS VICTORINVS *III 17* (*ibidem p. 138*): Sabemos que algunos poetas líricos incluyeron en sus poemas versos de este tipo y medida, como los hallamos en Árbitro; he aquí un ejemplo: «Muchachas de Menfis, dispuestas al servicio divino».

Igualmente: «Teñido del color de la noche; coros egipcios».

XX

TERENTIANVS MAVRVS *de metris* (*Gramm. Lat. Keil, VI p. 409*): El apartado que sigue en nuestra exposición mostrará el metro en el que Anacreonte, como se recuerda, compuso sus amables canciones. Resulta que lo usó Petronio —cuando nos cuenta que el lírico en cuestión cantaba una letra al unísono con las musas— y otros muchos. Pero voy a explicar con qué cesura se construye este verso:

«*Iuuerunt segetes meum laborem*» (= Las mieses agradecieron mi esfuerzo»).

iuuerunt es el comienzo de un hexámetro; el resto, *segetes meum laborem*, es exactamente como

«*triplici uides ut ortu*	Ves cómo la resplandecien-
triuiae rotetur ignis	te luna gira en triple fase,
uolucrisque Phoebus axe	y el sol en su carro veloz
rapidum pererret orbem»	recorre su arrebatadora órbita.

XXI

DIOMEDES *in arte* (*Gramm. Lat., Keil, I p. 518*): Y de aquí el verso quebrado que Árbitro formó como sigue:

anus recocta uino	Vieja cocida en vino,
trementibus labellis.	de labios temblorosos.

XXII

SERGIVS *in artem Donati* (*Gramm. Lat., Keil, p. 432, 22*): *Quirites* (= ciudadanos romanos) se dice igualmente sólo en plural. Sin embargo leemos en Horacio *hunc Quiritem* (=este ciudadano), lo que supone un nominativo *Quiris*. Así mismo el propio Horacio escribe *quis te Quiritem?*, cuyo nominativo será *hic Quirites*, como dice Petronio.

POMPEIVS *in commento artis Donati* (*Gramm. Lat., Keil, p. 167, 9*): Nadie —aunque lo leamos— dice *hic Quirites*. Leed a Petronio y veréis que lo hace nominativo singular. Efectivamente Petronio dice: *hic Quirites.*

XXIII

GRAMMATICVS *de dubiis nominibus* (*Gramm. Lat., Keil, p. 578, 23*): *Fretum* (= estrecho marítimo) es del género neutro y su plural es *freta*, como aparece en Petronio: *freta Nereidum* (= los estrechos marítimos de las Nereidas).

XXIV

HIERONYMVS *in epistula ad Demetriadem CXXX 19 p. 995 Vallarsi*: De los muchachitos peinados con tirabuzones y rizos, así como de los delicados cutis perfumados con aromas exóticos, a quienes puede aplicarse aquel dicho de Árbitro: «No huele bien quien siempre huele bien», huya la púdica doncella como de la peste y el veneno.

XXV

Fvlgentivs *Mythologiarum II p. 45 s. Helmii de Prometheo*: Aunque Nicágoro... cuente que él (= Prometeo) formó aquella primera figura (humana) y que ofrecía su hígado a un buitre como si pintara un retrato de la envidia. En el mismo sentido dice Petronio Árbitro: «El buitre que explora lo más hondo de su hígado, que le desgarra el pecho y lo más hondo de sus entrañas, no es el que cantan deleitosamente los poetas, sino un vicio del corazón: la envidia y el boato.

XXVI

Anthologia latina *690*: Así, contraviniendo conocidas normas de la naturaleza, el cuervo pone sus huevos al madurar las mieses. Así, en cuanto ha dado a luz, la osa con su lengua pone en forma a su criatura, y los peces paren sin ninguna previa unión amorosa. Así la tortuga consagrada a Febo, libre de las ataduras de Lucina, incuba sus huevos con su tibio aliento. Así, sin acoplamiento, las abejas, fruto de los trabados panales de cera, bullen y llenan de audaces guerreros sus cuarteles. La naturaleza, insatisfecha, no despliega su vigor en un solo empeño, sino que se complace en promover sucesivos cambios.

XXVII

Anthologia latina *466*: El primero en introducir dioses por el mundo fue el miedo, cuando caían los fulminantes rayos del cielo, se derrumbaban las ciudades en medio de las llamas y ardía el Atos alcanzado

por ellas; luego Febo, devuelto al oriente tras iluminar la tierra, y el menguante de la luna, y su esplendor renaciente; después las estrellas esparcidas por la bóveda celeste, y el curso del año marcado por el cambio de los meses. La superstición progresó y un necio error obligó a los labradores a entregar a Ceres las primicias de sus mieses, a coronar a Baco con sarmientos cargados de uvas y a complacer a Pales con intervención de los pastores. Aunque oculto, los llama a todos[2] Neptuno, sumergido bajo el agua, y Palas reivindica para sí las tiendas. Tanto el comprometido con un voto como el que ha vendido el mundo, cada cual se inventa en ávida porfía sus propias divinidades.

XXVIII

Anthologia latina *476*: Pues el hombre aguantaría el fuego en su boca antes que guardar un secreto. Toda palabra que dejes escapar en palacio corre e inquieta la ciudad con inmediatos rumores. Y no basta con divulgar la confidencia: la revelación traidora sale aumentada y se afana por agrandar la noticia. Así, tan temeroso como ansioso de descubrir su secreto, un servidor[3] escarbó la tierra y le dio a conocer las orejas ocultas de su rey; la tierra encontró un modo de expresión, y las cañas, hechas lenguas, divulgaron el secreto de Midas, como lo había narrado el delator[4].

---

[2] Texto muy inseguro.

[3] El peluquero del rey Midas.

[4] La conocida leyenda de Midas con sus misteriosas orejas puede leerse en Ovidio, *Metamorfosis* XI, 182-193.

XXIX

ANTHOLOGIA LATINA *650*: Nos engaña la vista, y, ahogando la razón, nos miente la instintiva sensibilidad. Así la torre que de cerca se levanta cuadrada, se redondea de lejos borrándose sus ángulos. La persona saciada rechaza el licor del Hibla[5] y el olfato con frecuencia detesta el perfume de la casia. Una cosa no podría agradarnos más que otra sin la fatal complacencia de los sentidos luchando con caprichoso empeño.

XXX

ANTHOLOGIA LATINA *651*: Los sueños que burlan nuestra mente con sombras vaporosas no nos los mandan los santuarios divinos ni las deidades del cielo, sino que cada cual se los forja a sí mismo. Pues, cuando el descanso se apodera de nuestros miembros relajados por el sueño y la mente ingrávida se evade, se representa en las tinieblas cuanto pasó de día. Quien ataca en guerra plazas fortificadas y arrasa mediante el fuego desgraciadas ciudades, ve dardos, y tropas en retirada, y muertes de reyes, y campos empapados con la sangre derramada. Quienes suelen defender pleitos se representan las leyes y el foro, y, nerviosos, hasta el tribunal rodeado de público. El avaro esconde sus riquezas y descubre un tesoro enterrado; el cazador bate con su jauría los bosques; el marinero arranca a las olas su embarcación o, varada ésta, se sostiene encima a punto de morir; escribe la querida a su amante, la adúltera hace regalos... [el perro, en sueños, sigue ladrando el rastro de la liebre]. Las heridas de los desgraciados perduran a lo largo de toda la noche.

---

[5] Es decir la miel; en el monte Hibla, en Sicilia, con variadas plantas aromáticas, se daba una miel de afamada calidad.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

(Remitimos a capítulos)

ÍNDICE GENERAL

Págs.